



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

De odores, frailes y vecinos

Índice

Prólogo

Al lector

Rebujina y remoquetes

Lo Barrenechea

La Calle del Galán de la Burra

Un gobernador porteño de mano dura

Las liviandades del oidor

La mujer de don Ñuflo

Una riña de mujeres

Un ahorcado en La Serena

Gamboa, el Sarmiento de mago de Lima

El curaca Vitacura

La recoleta franciscana

El Barrabás Meneses

Franciscanos versus franciscanos

Fray Bardesi

El corregidor Zañartu

Magallanes descubre Chile

La Compañía de Jesús en la colonia

Francisco de Aguirre, rumbeando para el Tucumán

Los agustinos en Valparaíso

José Antonio Manso de Velasco
El fundador de ciudades
Progreso colonial en Chile
Reforma del Ejército
Virrey del Perú
Regreso a España
Casa de huérfanos
Bibliografía

Prólogo

Desde hace años, nutrido en las leyendas, tradiciones y consejas criollas, y con el afán de mostrar la vida cotidiana de los personajes de la historia de Chile, enmarcándolos en lugares concretos (tierras, casas, pueblos), y en un período determinado, con sencillez y fina percepción de los sucesos, Carlos Valenzuela Solís de Ovando posee la gran virtud de amar aquello sobre lo cual levanta sus estructuras para fijar algo de lo que recoge, con probada emoción, en las páginas del pasado. Lo más sublime de los seres humanos y lo más deleznable pueden ser objeto de una de estas crónicas de gran amenidad, de severa construcción, con pruebas muy claras de dominio del asunto al cual se refiere. Es un retablo vivo, centrifugado, movido por un poder mágico, el que ofrece la recreación de una época y el dominio y conocimiento de unos personajes, mayores o menores, que le permiten reconstruir lo que ha sido el país. El escenario histórico no aparece aquí rectilíneo, en medio de hechos de una pieza, sino que hay algo de juguetero y de poético que agrega calidades a un modo de mirar algo que, a veces vaporoso, a veces sin redondear, le ofrece ocasión de elevar a la altura de sus ojos para aproximarse al tema y afinarlo hasta que se halle a punto. He sido, sigo siendo, un buen lector de las crónicas de Carlos Valenzuela Solís de Ovando. Lo he visto, paso a paso, a través de más de veinte años, ajustando con fidelidad esta verdadera fuerza que lo lleva a suscitar, la vida, imponiendo en sus varias visitas a la historia, una forma que le permita, más que descubrir un hecho nuevo, aludir a él, en un sistema de señales que arranca del vivir. Hace años, Ortega y Gasset advirtió de las variedades de la vida en la historia, de un «clima sentimental» que daba el carácter de una época. Además, precisó algo que cabe decir aquí, por amor de la integridad. Ortega precisaba que posiblemente no había un placer «más denso y elevado» que el ir olfateando «la vida que fue», poniéndose en la intimidad de las personas del pasado para obtener de cada una de ellas, formas del vivir. La vida no se detiene, más bien de modo irremediable «sucede», nos sucede. Por ello, al recoger el autor, aquí, ese «pulso vital», al que se refería el filósofo español, nos hace revivir tiempos idos y obtener en ellos un movimiento eléctrico, en donde no cabe el dato muerto o la rigidez.

Sin estar exento de la pasión de descubrir, nuestro escritor se solaza en ir dando un tono conversacional a sus escritos. Para ello se vale de una adecuada pormenorización, venida del arte de novelar, que embellece su obra, permitiéndonos aprender con alegre voluntad, sin los caracteres de un gravamen. Y eso es una enorme virtud que le agradecemos.

Alfonso Calderón

Al lector

En vetustas casonas achaparradas cubiertas por tejados musgosos, y entre murallones de adobes carcomidos por los años, se reunían en las noches de invierno, alrededor de un brasero, una o más viejas a contarles a los jóvenes antiguos episodios. Cuando los oyentes muchachos cargaron años, transmitieron a su vez esos chismes y consejas, hasta llegar a nuestros tiempos.

Nos encargamos de comprobar su rigor histórico en los archivos de la Real Audiencia y de la Capitanía General, en amarillentos papeles conventuales y en libros ya extinguidos, y comprobamos que eran verdaderos, sólo modificados por el paso de bocas a oídos y de oídos a bocas. ¡Créalo, amigo lector!... ¡Son ciertos... y disfrútelos!

El Autor

Rebujña y remoquetes

Consta en documentos muy antiguos, que por el año de 1743 dos familias vecinas, de lo más encopetadas, protagonizaron un largo y ruidoso incidente, que terminó con algunas costillas quebradas y una cabeza herida. No hemos de extrañarnos, pues la ardiente sangre española no se detiene en miramientos de condición social cuando hay que defender los fueros, o cuando de terquedad se trata.

Vivían en la calle de San Francisco, que por aquel entonces se llamaba de San Juan de Dios por la iglesia que se levantaba en la esquina de la Cañada, dos familias que, si bien no tenían castillo por heredad, ostentaban al menos sendos blasones sobre los áticos de sus zaguanes. Eran éstas los Zárates y los Velásquez, aunque si queremos ser fieles a la verdad, deberíamos decir «las», pues el pleito comenzó con las señoras y se extendió a la servidumbre, razón por la que hemos tomado el apellido de ellas, ya que los maridos intervinieron, uno muy tarde y el otro jamás. Esta callejuela de desvencijados portones había comenzado como un sendero entre la Cañada y el Zanjón de la Aguada, hasta que los padres capachos

decidieron lotear una parte de la chacra con que mantenían su hospital. En la primera cuadra vivían, una al lado de la otra, las familias de don Francisco Hosta, esposo de doña Teresa Velásquez, y la del capitán Francisco Durán, que había otorgado el sí matrimonial, hacía ya unos cuantos años, a doña María Zárate.

Quizá la ausencia prolongada de sus maridos, uno en Lima y el otro en la guerra de Arauco, hizo que ambas vecinas iniciaran una calurosa amistad que, como todas aquéllas que se «toman de priva», terminan por transformarse con el tiempo en eterna inquina. Eran amigas inseparables, se prestaban mutua ayuda, cosían juntas las tiras de encajes sobre sus basquiñas, se acompañaban en los trajines religiosos y, como hacen todas las mujeres, endilgaban consuetudinariamente sus pelambrillos al calor de un reconfortante matecito.

Pero, cuando el ingenio del demonio comienza a escapar de la labia, se expone el hablador a que las malas lenguas empiecen a lamer los cimientos de su propia casa. Así, en una de esas lluviosas tardes de chismes, fue cuando doña María Zárate dejó caer, con toda inocencia, un comentario sobre la prolongada soltería de misiá Francisquita, hermana de doña Teresa.

-¿Sabéis, Teresita? El zambito José llegó el otro día con el cuento de que en el mercado de la plaza, unas criadas comentaban que la Panchita se mantenía soltera, no por falta de oportunidad, sino por tener demasiadas. Y esas enredosas decían que para qué quería marido, si lograba lo mismo sin amarrarse a un matrimonio.

Al oír esto doña Teresa brincó como si le hubieran clavado un aguijón en el centro de una llaga. Con los ojos relampagueantes, temblándole la mandíbula, apenas pudo articular en el paroxismo de la ira:

-¡Salid de mi casa, víbora asquerosa!

Doña María enmudeció estupefacta. Jamás imaginó que su amiga reaccionaría en forma tan violenta ante un chismecillo. Quiso agregar que ella no participaba de tales mentiras, mas no alcanzó a emitir palabra, pues doña Teresa, armada de una escoba, comenzó a propinarle tal cantidad de trancazos que optó por retirarse, primero con mucha dignidad, para poner luego los pies en polvorosa con los fustanes arremangados.

Este fue el inicio de una sostenida batalla vecinal que habría de prolongarse por mucho tiempo. La Velásquez, no contenta con la zurra de escobazos que le había largado, la persiguió hasta su casa, y, no pudiendo entrar pues la otra se había fortificado, comenzó a llamarla a voz en cuello con los peores improperios, atrayendo la atención del vecindario que, ingenuo y beligerante, unió sus ditirambos y denuestos contra la infeliz propietaria, sin saber a qué se debía tal alboroto.

Cuando la rebujiña se hubo calmado y doña Teresa regresó a su casa más tiesa y digna que un oidor ofendido, la barriada comenzó recién a preguntarse qué había acontecido. Todos sabían la fuerte amistad que unía a las vecinas, y no faltó una vieja que asegurara que todo se debía al mal de ojo, mientras alguna beata afirmaba que el capitán Durán se había metido en cercado ajeno.

Malquistadas las señoras, comenzó una guerra sorda entre la servidumbre de ambas casas. El zambo José María, que antes soplabla frases sabrosas y picantes a la mulatita María Engracia, sentado a horcajadas sobre la

albardilla del paredón de la huerta, empezó ahora a espiarla, desde ese mismo mirador, para lanzarle cualquier basura al verla aparecer. A los pocos días fueron frecuentes las corontas de choclos, las cáscaras de sandías y melones y uno que otro excremento. Todo volaba sobre el tapial para ir a ensuciar el patio de la otra casa, cuyas criadas, ni cortas ni perezosas, devolvían con un buen aporte de sus propios desperdicios. Por quítame allá estas pajas, alguna de las negritas desencadenaba de inmediato una sarta de dicterios que, al ser respondidos, transformábanse en una verdadera competencia de los más soeces insultos. Se enredaban en una de dimes y diretes que, partiendo desde las respectivas patronas, ensuciaban hasta las bisabuelas, pasando por todos los ancestros de las contendoras.

En esta guerra insólita, la Zárate llevaba las de ganar, pues el contingente de su servidumbre era mayor y con más abundante repertorio de palabras gruesas, toda vez que entre sus filas se contaba el zambo José María que se había criado entre los muchachos de la Chimba, a alguno de los cuales llevaba de vez en cuando para ensayar alguna nueva partitura. La Velásquez, en cambio, sólo podía apoyarse en la mulatita María Engracia, que si bien era suelta de lenguas metiendo cucharón y cucharilla, no podía competir con los chiquillos de la otra banda del río y terminaba por retirarse llorando a su habitación.

No contento con esta gresca de basuras y palabrotas, el zambito y sus amigos chimberos, generosamente regalados con el vino del repostero, idearon jugar otra mala pasada a sus vecinas.

Corría a través de todos los solares, por el fondo de las huertas, una acequia que, aprovechando el suave declive hacia las casas, servía para el riego de árboles y hortalizas, y como pasaba primero por la propiedad de la Velásquez para luego llegar al patio donde se encontraban los truhanes, taponearon el paso con ramas, trapos y barro del canal, de tal suerte que el agua rebalsada subió durante toda la noche, anegando no sólo la huerta, sino entrando también a las habitaciones de las moradoras que despertaron mojadas como taguas sobre un turbión de aguas sucias.

Sin embargo, esta bellaquería no satisfizo al negro ni a sus amigos que, si no en forma abierta y descarada, contaban con la tolerancia de la Zárate. Reunidos en conciliábulo, discurrieron otra granujada. Desde la Chimba trajeron, encerrada en una caja, una sarta de ratas hambrientas que durante la noche y saltando la tapia medianera, soltaron en las habitaciones de las pobres mujeres, dándose a la fuga antes de ser sorprendidos. Esta vez la escandalera fue terrible. Las infelices huyeron despavoridas a la calle sin percatarse de que sólo estaban cubiertas por sus camiones, mientras daban gritos atroces y juraban que había culebras y otras sabandijas.

Algunos peones madrugadores que guiaban sus carretas hacia la plaza mayor, se detuvieron para prestarles auxilio; mas, al ver a los inofensivos roedores, no pudieron esconder sus risas de burla. Un fraile franciscano, que venía desde el Conventillo a la primera misa del Convento Grande, se ofreció para espantar los ratones, y tras mucha persuasión logró que las mujeres regresaran a la casa.

Durante un tiempo las cosas se mantuvieron más tranquilas. Las Velásquez, que eran devotas de San Antonio, asistían diariamente a los oficios de la

iglesia de San Francisco. Doña Teresa rezaba insistentemente para que regresara su esposo desde el Perú y pusiera término a este estado de cosas; doña Francisquita pedía con urgencia un marido que la sacara de su soltería y de ese vecindario tan atroz; y la mulatita Engracia suspiraba porque volvieran los tiempos en que el zambito José le hacía arrumacos desde arriba de la tapia.

Pero el señor San Antonio parecía estar colmado de pedidos, que seguramente iba cursando en estricto orden de llegada, a diferencia de los señorones de la Real Audiencia que lo hacían según sus propias conveniencias. Pasaba el tiempo y, ni regresaba el esposo ausente, ni aparecía ningún doncel en el horizonte de doña Panchita, ni la negra Engracia alcanzaba la dicha en las telarañas de su alma.

Y así, todos los días desfilaban las dos Velásquez hacia la iglesia seguidas por la criada que les llevaba las alfombrillas en que se sentaban las señoras en el piso de tierra del templo, mientras escuchaban la santa misa. En aquel entonces la que tenía una alfombra podía ser mujer, pero la alfombra con mulata hacía a la señora.

Una de esas mañanas, el 30 de agosto de 1743, día de Santa Rosa, las mujeres venían entrando por la calle de San Francisco, cuando frente a la puerta falsa de la iglesia de San Juan de Dios, se encontraron con el zambo José que, con un cántaro sobre la cabeza, se dirigía al cequión de la Cañada en busca de agua, llevando en la mano el asta de un carnero que había recogido entre algunos desperdicios.

Al acercarse, no dio señal alguna que previniera a las damas; pero al pasar por su lado comenzó a escupirles las basquiñas con singular desenfado. Ante tal atrevimiento, la criada le atacó con el rollo de las alfombrillas; mas el descarado le dio un empujón y lanzó luego el cántaro sobre doña Francisquita, golpeándole fuertemente las costillas. Acto seguido, mientras las desvalidas mujeres se desgañitaban pidiendo socorro, golpeó la cabeza de doña Teresa con el asta, abriéndole una fea herida.

Un chacarero vasco llamado Javier Zubicueta, que transitaba al tranquilo paso de su caballo por el sendero de la Cañada, escuchó los gritos y, galante defensor de damas en apuros, clavó espuelas en la bestia y se lanzó por sobre el cauce en procura del asaltante. Sin desmontar, empezó a descargar una retahíla de fustazos sobre el desalmado que bien merecidos los tenía, en tanto urgía a las mujeres a abandonar el lugar.

Sin embargo, a los clamores femeninos y a los denuestos del caballero contra el tunante agresor, había salido al zaguán de su casa la terrible enemiga, doña María Zárate, seguida de cerca por su marido que venía armado con una vara de medir. Al ver que el enardecido vasco castigaba sin piedad a su esclavo, dirigieron su ira contra las damas que estaban por entrar en su casa y empezaron a insultarlas.

-¡Beatas! ¡Amigas de frailes! ¡Alcahuetas! -y una serie de otros insultos que aquí no se pueden repetir, pero que constan en los autos del proceso. Curiosamente están consignados en castellano, pues según las costumbres de la época, todo aquello que pudiera herir el pudor se escribía en latín en los documentos oficiales. Cabe pensar, sin embargo, que ya habían nacido algunos chilenismos que no tenían traducción a la lengua del Latio.

Al penetrar a su casa doña Teresa mandó inmediato aviso al alcalde Pedro Balbontín de la Torre. La obesa y cómoda autoridad se hallaba saboreando

un segundo desayuno y pretextó que era fiesta de guardar; mas, como la criada le hizo ver que su ama se encontraba herida, hubo de dejar los subterfugios con temor de que se le acusara de rémora en el cumplimiento de la ley. Agitando una campanilla, llamó a su sirviente:

-¡Lucas! ¡Ve y dile al escribano don Juan Bautista Borda que acuda a la casa de las Velásquez!

-¿Velásquez? -preguntó el bobalicón.

-¡Las Velásquez, gandul! ¡La mujer de don Francisco Hosta!

El notario Borda se había hecho célebre porque fue quien notificó a los jesuitas de su expulsión del reino. Ambos certificaron la gravedad de las heridas y dejaron constancia escrita de que el mulato las había atacado «con sus infames manos».

Doña Teresa entabló querrela criminal en contra de sus vecinos, como instigadores del atentado, solicitando la reparación del reciente ultraje y de todos los anteriores de que había sido objeto.

Pero el capitán Durán tenía sus amigos entre los encopetados de la justicia y, pese a la publicidad que se dio al escándalo y a la rapidez con que circuló por todos los corrillos santiaguinos, se movió el eterno empeño, la gestión, el favor con favor se paga y todas las influencias de costumbre. Lo cierto es que al cabo de cuatro días, el corpulento alcalde declaró sobreesido el proceso, ordenando que se guardara perpetuo silencio sobre él, bajo multa de quinientos pesos.

La ofendida ocurrió a la Real Audiencia, pero los estirados y sordos oidores confirmaron la sentencia dos meses después, disponiendo que se siguiese causa sólo contra el esclavo agresor.

El granuja pagó sus delitos, pero los verdaderos culpables resultaron ilesos. Sin embargo, como siempre sucede cuando las autoridades son corruptas, el pueblo se toma la justicia. El propio vecindario de los Durán comenzó a hostigarlos en tal forma, que en corto tiempo hubieron de mudarse al otro lado de la ciudad.

Lo Barrenechea

El hacendado José Antonio Bonechea no sólo era un fantasmón de mala traza, sino además un viejo atrabiliario y trapisondista que pretendía acrecentar sus tierras recurriendo a artimañas tan sucias como la falsificación de instrumentos públicos. Su propiedad tenía origen en una merced del Cabildo que, antes de 1583, otorgó a Francisco Páez de la Serna diez cuadras planas y de regadío entre la actual entrada a Lo Barrenechea y la Quebrada del Ají. Sucesivamente había pasado por las manos de doña Jerónima Justiniano, del escribano Diego Rotal y de los descendientes de don Mateo de Lepe hasta 1771 en que Bonechea la compró a don Pedro Antonio Lepe. Aprovechando que los títulos originales de la merced se habían extraviado, Bonechea quiso extender sus límites sirviéndose de triquiñuelas legales. Ciertamente es que las primitivas diez cuadras correspondían a cien; pues, según las costumbres de la época, siempre se consideraban incluidas las

tierras altas y las vertientes que aseguraban el riego. Pero en cuanto el belicoso Bonechea sentó sus reales en el caserón del predio, comenzaron los disturbios con su vecino el conde de Sierra Bella; y, para probar sus derechos, sacó a relucir un antiquísimo pergamino, fechado en 1585, que resultó ser tan falso como el propio Judas; pues el bellaco plumario que lo había fabricado olvidó, en su ignorancia, algunos datos y fechas históricas que lo denunciaban como apócrifo. El metálico sonido de las monedas de oro que Bonechea dejó caer sobre su escritorio le causaron tanto entusiasmo, que ascendió a Pedro de Valdivia a Capitán a General y le convirtió en íntimo amigo de Páez de la Serna, en circunstancias de que este último llegó a Chile diez años después de la muerte del Conquistador, aparte de otra sarta de disparates como el nombre de los testigos, que jamás habían existido, y la firma del escribano Toro Mazote que en nada se parecía a la verdadera.

Pero el desabrido vasco no iba a detenerse en los dengues de la ley, e inventó un nuevo artilugio haciendo aparecer otro documento en el que Diego Rotal compraba la hacienda a doña Jerónima Justiniano con límites mucho más amplios. La letra era idéntica a la del pergamino anterior, por lo que no cabía duda que había intervenido el mismo torcido amanuense; pero el título contenía la firma de doña Jerónima, olvidando que en otros documentos contemporáneos se deja constancia de que dicha dama no sabía firmar. Igualmente en su apuro por presentar pruebas falsas, colocaron una fecha en la cual le faltaban a don Diego Rotal más de diez años para ser mayor de edad.

La falsificación quedó en descubierto. Pero cuando el agrimensor designado por la Real Audiencia le entregó el documento de dominio sobre sus 100 cuadras, el mañoso viejo no se pudo conformar y transformó el primer cero en un flamante 5, aumentando sus tierras, de una sola pincelada, en un cincuenta por ciento. Cuando su vecino descubrió la engañifa, le denunció y Bonechea hubo de terminar para siempre con sus trapacerías. Sin embargo, había acumulado tanta ira en todas sus bellaquerías, que cuando el juez agrimensor Antonio Lozada procedió a tapan una acequia de la hacienda de las Condes que el vasco aprovechaba ilegalmente, no se pudo contener y cubrió de insultos al juez, al escribano y a un sacerdote que, como licenciado, representaba al conde de Sierra Bella. Tal fue el desaguisado, que el cura se vio en la obligación de acusarle de «contumelioso» y la Audiencia le aplicó \$ 50 de multa.

Durante ochenta años la propiedad estuvo en manos que no se han podido precisar, hasta que en 1862 la adquirió en pública subasta don Francisco de Paula Barrenechea, quien le dio su nombre, que el pueblo transformó, al correr de los años, simplemente en Lo Barrenechea.

La Calle del Galán de la Burra

Ese era el nombre de la calle que hoy conocemos por Erasmo Escala. El pueblo comenzó a llamarla así, desde que se hizo pública la aventura de un

conocido galán colonial que, además de enamorado, era definitivamente miope. Pero como todo hombre con decidida afición a las faldas, don Casimiro había sucumbido a los embrujos de una de las más hermosas doncellas que vivía en la Cañada de Saravia y, para colmo de su languidez, no tardó en verse correspondido pese a la constante vigilancia de la estirada madre, quien, aparte de fea, ostentaba un grueso bozo en el labio superior.

Pero el muchacho había derramado algunos doblones en la mano ansiosa de una vieja que servía en la casona de la niña, y la habilidosa recadera se las arregló para concertar una cita nocturna junto al cequión de la callejuela que corría tras la tapia de la huerta.

Esa noche, el joven salió de su casa en la Cañada de San Lázaro y viró hacia el norte por la calle del Nogal (actual García Reyes), guiando sus pasos por la débil luz de la luna que se reflejaba en el camino. Llegado al lugar del encuentro, sentose sobre un tronco a esperar a su amada que saldría por una pequeña portezuela del alto tapial. La tibia brisa del estío y el silencio absoluto que reinaba, lo sumieron en un caos de pensamientos amorosos y pecadores mientras llegaba el ángel de su vida. De pronto, un ruido cauteloso le hizo latir apresuradamente el corazón. Pasos callados sobre el mullido colchón de hojas le anunciaron su presencia. Estático y anhelante, cerró los ojos en espera de su proximidad y, cosa osada, sintió un aliento caliente junto a su cuello. No pudiendo contenerse más, giró el cuerpo y, al tiempo que estiraba los brazos para estrecharla, estampó el más ardiente beso en esa boca que se le ofrecía tan próxima. En los primeros instantes no comprendió qué sucedía; mas pronto advirtió que aquellos labios que tan amorosamente saboreaba no eran los de su amada, sino los belfos de una burra, morronguera y hambrienta, que vagabundeaba hurgando en busca de comida.

Fue tal el espanto y la desilusión del enamorado, que comenzó a dar gritos creyendo que se trataba de un fantasma. Sus alaridos alertaron al vecindario que, en un dos por tres, se enteró del chasco entre risas y burlas. Al día siguiente, la aventura corrió por la ciudad transformándose en la comidilla de chincheles, tabernas y pulperías, donde los mozos jaraneros la comentaban, entre carcajadas y lebrillos de vino, como si ellos hubieran estado presentes en el lance.

Las «chinitas» de las casas adineradas recogieron la noticia en los mercadillos, y de mulata en mulata, y de vieja en vieja, llegó hasta los salones más principales, donde los caballeres tuvieron pretexto para alargar las tertulias, asegurando al oído de sus señoritas que ellos jamás habrían sufrido tal confusión.

Desde aquel entonces la callejuela del cequión, que nunca antes había sido bautizada, quedó con el mote de Calle del Galán de la Burra, y no faltaron algunos osados que, pensando que la niña había equivocado la fecha, se aventuraron durante la noche con la esperanza de que acudiese a la cita. Pero la celosa y altiva matrona, a quien habían llegado apagados rumores, extremó su vigilancia sobre la doncella que jamás volvió a ver a don Casimiro, a pesar de las numerosas diligencias de la vieja celestina, ansiosa de duplicar sus doblones.

El buen hombre desapareció del poblachón de Santiago, y algunas malas lenguas afirmaron haber comprobando que el pobre había partido hacia

Potosí como mayoral de una recua de mulas.

Un gobernador porteño de mano dura

Gobernaba Valparaíso, doscientos años atrás, un capitán de mano tan dura que no dio cuartel ni a los caballeros de alto copete ni a los rufianes del muelle, e hizo sentir su mando tanto a las niñas de vida alegre como a los perros hambrientos que asolaban el puerto. Era éste, don Antonio Martínez de la Espada y Ponce de León, quien jamás dejó de rubricar sus escritos y despachos con nombre y apellidos completos.

En 1759 enarboló el pendón de su autoridad en el Castillo de San José, residencia de los gobernadores de aquel tiempo, y se aplicó a administrar la ciudad con el extremado celo de su carácter altanero y activo, que llevaba hasta los límites de la severidad. Y tal como Santiago tuvo a un imperioso corregidor Zañartu, y más tarde a un despótico capitán San Bruno, Valparaíso, para no ser menos, tuvo a un La Espada soberbio y arrogante.

Dispuesto a poner orden en el principal puerto de Chile, arremetió primero contra los verduleros que habían concentrado su comercio en la plazoleta de la iglesia parroquial. Desde tiempo atrás, por orden del presidente Ortiz de Rosas, debían éstos pagar cada sábado medio real para que el ayudante del gobernador hiciese barrer aquel sitio, limpiándolo de todas las miasmas que siempre dejan las ferias de chacareros, sumadas en esos años a los recuerdos que depositaban los bueyes de las carretas y las recuas de mulas, único medio de transporte que existía.

Pero desde que los comestibles comenzaron a pagar tributos, los mercaderes empezaron a protestar, negándose a entregar el medio real; y, para tener a quien los apoyara en sus peticiones, designaron a uno de sus compañeros, un hortalicero de Melipilla llamado Fernando Yáñez, que presumía de tinterillo. Tal alboroto armó éste en el cumplimiento de su gestión, que terminó en uno de los calabozos del Castillo bajo la acusación de «revoltoso y sublevador», mientras los canasteros continuaban soltando el medio real para la policía de aseo.

En otra ocasión, el afectado fue don Gregorio González Blanco, un encumbrado asentista que había rematado los derechos de aduana, llamados por aquel entonces almojarifazgo o alcabalas. Cierta día de diciembre, en que acababa de zarpar el Fénix con gran cantidad de pasajeros, las arenas de la playa quedaron, como de costumbre, plagadas de despojos de equipajes. Allí una petaca de ropa vieja, allá una bolsa de harina tostada y acullá una tira de charqui machacado con ají, excelente remedio contra el mareo.

Ocurrió que don Gaspar de Briones, el ayudante del gobernador andaba esa mañana hurgando entre las sobras, quizá porque aún no había desayunado, cuando pasó el alcabalero y le reprendió tratándole de: «¡Picarón!».

Enredáronse en una de denuestos y floripondios que vinieron a terminar dentro del Castillo de San José, en la sala misma del gobernador, donde

éste tomó parte en la disputa. Don Gregorio González fue a dar, con todo su orgullo y posición, a una de las celdas de la cárcel, y fue necesario que el oidor Verdugo, quien se hallaba allí en paseo veraniego, intercediera para lograr su libertad.

La Espada tuvo que inclinar la cerviz ante tan empingorotado personaje; pero, cosa increíble, el obstinado reo se negó a salir en espera de las excusas de Martínez de la Espada. El pleito terminó en la Real Audiencia, que finalmente conminó a ambos a guardar la paz.

Más adelante las emprendió contra las pobres pecadoras de la noche que, a la sombra de zaguanes y rincones, alegraban la vida a los marineros que caían por el puerto. Larga es la lista que hay en el rescripto firmado por el gobernador. Aduciendo la enorme escasez de criadas y buscando un medio para que se mantuviesen en forma honesta, las condenó a servir puertas adentro en las casas más principales, con gran alegría de los señoritos que, curiosamente, abandonaron desde esa fecha sus nocturnas escapadas. Los que no libraron la vida en aras de la rigurosa autoridad, fueron los perros vagos que pululaban en jaurías por la ciudad, causando estropicios, desparramando basuras y transportando infecciones. Daba acceso al castillo de San José una rampa en forma de caracol, a cuyo pie montaba guardia un cabo de ojo avizor. El gobernador publicó un bando en que se ordenaba a todos los pulperos (había treinta y cinco en aquel tiempo), que cada uno presentara al «cabo del caracol», en el plazo de siete días, cuatro perros muertos para que éste los arrojara al mar. Así, de una sola plumada, borró del mapa porteño a ciento cuarenta canes que buscaban su comida entre los desperdicios de la calles. Mas, como el resultado fuera poco, extendió la orden al Almendral subiendo a más de doscientos la cifra de perros occisos.

Manuel de la Paz, un tendero desabrido y belicoso que había abierto en domingo sin tener la puerta entoldada según se había dispuesto, se negó a pagar el peso de multa que le aplicó el comisario. Saberlo el gobernador y presentarse en la pulpería, fue una sola cosa. Y como el comerciante diera unos manotazos sobre el mesón en apoyo a sus iracundos argumentos, La Espada lo condenó a cinco años de destierro so pena de servir veinticuatro meses en alguno de los presidios de la frontera.

Si bien las medidas del despótico gobernador iban en pos del buen orden y administración del puerto, hubo algunas que dolieron fuerte a los pobladores, quienes no tenían otro pasatiempo lícito que las carreras de caballos en días festivos. Como las apuestas debían formalizarse ante el alguacil, La Espada las limitó a cuatro reales. Y cuando se enteró de que un tal José Bracho arriesgó secretamente veinte pesos y los ganó, dio por nula la corrida; aunque las malas lenguas aseguran que el perdedor era nada menos que su ayudante, el discutido Gaspar de Briones.

No obstante su severidad, que en algunos casos podía calificarse de tiranía, en los veintiún años que ejerció el mando en Valparaíso enseñó a todos el respeto e impuso el orden y la disciplina sin miramientos de clases ni fortunas.

Las liviandades del oidor

El honorable oidor don José de Meneses caminaba tieso y majestuoso por la calle del Presidente (actual Puente) hacia el barrio de La Chimba. Un fresco vientecillo otoñal agitaba el alto copete de su peluca y le traía el perfume de los naranjos de las huertas vecinas. Su tranco pesado y altanero lo llevaba en pos de un lance amoroso, a esa hora del atardecer tan propicia para acogerse al regazo de una alcoba, junto al rojizo resplandor de un brasero y al reconfortante calor de un colete de aguardiente.

Una hermosa morena, coqueta y retrechera, había aprisionado en sus redes al enamorado cuarentón, quien se esmeraba en satisfacer las inquietudes de la niña, cuyo alejado esposo, enredado en los afanes de la guerra de Arauco, se veía impedido de calmar. A cambio de esta dedicación y de algunas ayuditas, ora en regalos, ora en patacones, Juanita le otorgaba sus favores con largueza y fidelidad, a pesar de su enorme corpulencia. Al otro lado del Mapocho, una turba de chiquillos bullangueros interrumpió sus agradables pensamientos. Un señorón de tan imponente figura no era cosa habitual por esos andurriales. La muchachada le siguió gritándole motes divertidos, mas como el caballero no estaba para fiestas, les amenazó agitando el bastón en alto:

-¡Bergantes, malandrines! ¿No tenéis nada mejor que hacer?

La montonera de rapaces se alejó por el pedregal del río, no sin antes de que uno, seguramente el más travieso, le arrojara una bosta seca con enorme desenfado. Mascullando algunas imprecaciones contra el atrevimiento de la rotada, el oidor continuó su marcha tratando de no ensuciar la blancura de sus calzas en el lodo de las pozas.

Con el pomo de la vara dio discretos golpecitos en la puerta de una casona humilde. Un ronco traqueteo se escuchó en el interior; luego el descorrer de cerrojos, y la hoja se abrió dejando ver el rostro de una hermosa mujer en la plenitud de sus formas.

-¡Oh, don José, al fin llegáis!

-Las graves preocupaciones del cargo me han traído sumamente atareado -se disculpó el pisaverde- pero, ¿no me hacéis entrar?

-¡Pasad, pasad, su señoría! Instalaos en la habitación mientras os traigo un refresco de aloja de culén.

-No está la tarde para refrescos, querida niña. Traed mejor el aguardiente

-masculló apoltronándose en una silla de vaqueta. Luego, sacando una pequeña cajuela de su bolsillo, la abrió y sorbió una larga narigada de rapé. Al cabo de unos instantes lanzó tan tremendo estornudo, que su pesada humanidad se sacudió peligrosamente.

-¡Ahhh! No hay nada que despeje más -habló a solas, atisbando hacia el dormitorio a través de la puerta- ¡Oh, esa alcoba, qué de recuerdos le traía! Aquellos que le tildaban de gordo se habrían puesto amarillos de envidia si supieran su secreto- ¡Gordito, sí, pero enamorado! -pensó con satisfacción.

Juanita volvió con una botella y dos vasos que llenó generosamente. Luego se sentó a su lado. Don José se echó un largo trago, después miró a la muchacha con malicia, y le preguntó:

-¿Por qué no os sentáis mejor sobre mis rodillas?

Juanita lo contempló con picardía, entrecerrando los ojos:

-¿Tenéis frío o sois regalón?

-Ambas cosas, querida niña -susurró mientras la abrazaba con pasión.

Tarde ya, cuando en la quietud de la noche sólo se escuchaba el canto alegre del río sobre el cascajal, Juanita encendió un candil, a cuya luz don José observó su rostro entristecido.

-Os veo preocupada, mujer. ¿Qué os traéis entre manos?

-¡Oh, su señoría!, no me atrevo a confesároslo porque os vais a molestar.

El oidor interrumpió el reconfortante trago que había comenzado a sorber y la miró con sus ojillos redondos, interrogante y alarmado.

La muchacha bajó la vista y, casi en un susurro, musitó:

-Tengo miedo de contaros que vais a ser padre.

-¡Pa... pa...! -se atragantó y comenzó a dar manotazos como si le faltara el aire.

-¡No os muráis, señor, que os voy a necesitar! -suplicó la asustada Juanita.

-¡Que horrendo desacato! -exclamó consternado, olvidando en las telarañas de su mente que a las criaturas no las traen las cigüeñas sin un permiso especial del padre. Su corpachón comenzaba a temblar, cuando la mujer agregó:

-Y os falta aún saber lo peor.

-¡Recáspita! ¿Es que hay algo peor? -un frío sudor lo empapó copiosamente.

-Su señoría debe recordar que se aproxima el invierno y las tropas de Arauco se vendrán a la capital.

-¡Nooo! ¡Vuestro esposo llegará! -balbuceó casi llorando- Es necesario detenerlo allá en la frontera, con cualquier pretexto, hasta la próxima invernada. He dispensado muchos favores a algunos jefes militares; creo que ha llegado el momento de cobrarlos -agregó tranquilizándose- debo ponerme de inmediato en actividad.

-Pero, señor, ¿no os vais a quedar toda la noche? Os había esperado ansiosa -se quejó la muchacha.

-¡No estoy para amores, sino para la guerra! -concluyó abotonándose el levitón.

Marchando con aire de general en jefe que parte a la batalla, deshizo el camino hacia la Plaza de Armas, espantando con airados movimientos de su bastón, a los perros sueltos que intentaban morderle las piernas.

De más está decir que el oidor consiguió lo que se había propuesto. En una época en que todo se arreglaba con favores mutuos, hoy por mí y mañana por tí, la destinación del inocente marido de Juanita a una de las plazas más alejadas, fue inmediata.

Al fin respiró tranquilo el galán. Pero sus constantes visitas y el engrosar progresivo de su manceba, no pasaron inadvertidos para el vecindario, que comenzó a comentarlo en forma medrosa en las chinganas, luego en los mercadillos de los vendedores, donde lo cogieron las «chinitas» de las casas y, al corto tiempo, lo supo toda la ciudad.

Don José de Meneses, que se tenía por hombre de avanzadas luces, sabía que por cualquier nimiedad más de alguien podía escribir una carta al rey denunciándole. Y comenzó por abstenerse de sus visitas al otro lado del

río, por lo menos hasta que su azarosa aventura se hubiera olvidado. Pero el hombre, que aumentaba cada día su cuerpazo, estaba demasiado acostumbrado a los placeres terrenales para ceñirse el cordón del celibato, como él llamaba a las relaciones con su esposa.

No pasó mucho tiempo sin que reiniciara sus andanzas, mas esta vez cayó bajo el encanto sutil de una moza de corta edad. La niña María Cerón, que sólo contaba con diecisiete primaveras, era hija de la costurera que atendía las labores de la aguja e hilo en la casa del señorón.

Cierto día en que la mozueta había ido a entregar unos trabajos de su madre, acertó a pasar por el corredor frente a la sala privada de don José y, al escuchar los estruendosos estornudos que lanzaba tras sus narigadas de rapé, creyó que el señor estaba a punto de sufrir un soponcio y acudió en su ayuda.

Cuando Meneses logró abrir los ojos enrojecidos de sangre, distinguió apenas la figura angelical de la niña que el sol dibujaba a lo vivo jugando a sus espaldas. Poco a poco la visión se fue aclarando y comprendió que no se trataba de una aparición, sino de la más bella criatura humana que jamás había visto. La muchacha se acercó, inocente, y comenzó a sacudirle por un hombro.

-Señor, señor, ¿os sentís bien?

El vivaracho oidor, que no dejaba escapar falda alguna, se percató de que ésta era su oportunidad. En esos tiempos, en que la mayoría de las jóvenes contraía matrimonio a los trece o catorce años, una niña de diecisiete era ya toda una mujer, con la inocencia infantil, pero físicamente una mujer. Y ésta, en forma particular, estaba muy bien dotada.

Haciéndose el enfermo, le rodeó el talle con su brazo atrayéndola, para sentir más de cerca el perfume que exhalaba su cuerpo.

-¡Ay, hija, ayudadme!

-¡Decidme, señor, qué os pasa!

-Me falta el aire -mintió el desvergonzado- acercaos y soplad sobre mi rostro.

Sin sospechar las intenciones del patrón, la muchacha acercó su boquita suavemente junto a la nariz del caballero, y al mirarlo tan de cerca advirtió que, después de todo, no era tan feo ni tan adusto como había imaginado. Sus rasgos maduros, como tallados en piedra, la impresionaron. Además, la curiosidad en las hijas de Eva ha sido y será siempre su gran perdición.

Mientras la niña lanzaba su suave brisa al rostro del conquistador, éste comenzó a acercarse hasta rozar sus labios, y al no ser rechazado, la estrechó fuertemente al tiempo que la besaba con pasión. La Mariíta Cerón estaba como embrujada. Por primera vez en su vida recibía tal caricia, y era tanto el transtorno que le producía, que no atinaba a reaccionar.

Estaba la pareja en estos afanes, la una en el cielo y el otro en el infierno de los deseos, cuando pasó por el corredor la negra Sebastiana que se jactaba de ser la única que atendía al señor, y no quería tener rivales dentro de la casa, y menos de la hermosura de la jovencita María. Penetró en la habitación sin que la sintieran, y cuando vio que el amo iba a pasar a mayores, hizo ruido con la jarra sobre el peinador. Luego carraspeó y dijo:

-¿Se le ofrece algo más a vuestra merced?

-¿Qué haces aquí, mentecata? -vociferó don José mirándola con los ojos hinchados de furia. La negra se turbó temiendo que el señor descargara sobre ella su ira y no atinó a responder.

Entretanto, la niña María arreglaba su vestido sin mayor preocupación, toda vez que ella consideraba perfectamente naturales estas caricias del patrón.

-¿Cuánto rato llevas aquí, negra entrometida? -insistió el oidor cogiendo su bastón y acercándose amenazadoramente a la criada.

-Reciencito, no más, su señoría.

-Bien, te daré una tunda de palos para que no vayas a abrir la boca, negra jetona.

-¡Señor, no lo hagáis, bien sabe su merced que yo cuido sus secretos!

-gimió la infeliz, cuyo rostro se veía más blanco que moreno.

-¡Con que así!, ¿eh? Pues bien, qué tal si continuas guardándome otros secretitos -continuó levantando el amenazador bastón.

-¡Yo haré lo que vuestra merced quiera! -suplicó la negra, cayendo de rodillas estremecida por los sollozos.

-No le hagáis daño, señor, es mi amiga -intervino Mariíta con dulzura.

-Por esta vez tendré compasión. Pero tú te arreglarás, con cualquier pretexto, para traerme a esta niña todas las tardes aquí sin que nadie se entere. Si me impongo de que has abierto la boca, o de que alguien sospecha, te daré tal zurra que no volverás a conocer a un hombre, pues nadie te mirará por lo fea que quedarás.

-¡Sí, sí, mi señor, lo que vuestra merced mande!

-Pues ahora acompaña a esta niña donde su madre, e ingéniate las para que regrese mañana al atardecer.

Sebastiana abrió los ojos de sorpresa, se había librado de una buena.

A partir de ese día, la Mariíta comenzó a visitar cotidianamente la alcoba del oidor, lugar donde bajó desde las nubes de su doncellez al tráfago violento de una pasión tumultuosa. Lo peor de todo, es que la muchacha esperaba con ansias la hora de la cita, pues el nuevo juego que había aprendido era mucho más entretenido y tentador que las agotadoras costuras al lado de su madre.

Sin embargo, las andanzas de la muchacha no podían pasar inadvertidas a su madre y, no creyendo el cuento que la negra le había endilgado, la retuvo en su casa con prohibición terminante de salir. Cuando la criada la fue a buscar, le manifestó que María no volvería a tal trabajo. Sebastiana, por su parte, supuso una riña de enamorados y volvió a la casa de su amo, diciéndole que la joven no quería verlo.

El oidor se dolió profundamente, pues la gracia y hermosura de María le habían enamorado. Al transcurrir los días, volviendo la negra siempre con la misma respuesta, decidió enviarle suntuosos regalos, pensando que así vencería su resistencia. En efecto, al día siguiente el zambo Melchor partió a la casa de la niña con «una húngarina de terciopelo negro, una pollera de tafetán doble carmesí en corte, otra de chamalote picado y acabado, dos pares de medias de seda y dos de calcetas».

Al ver los regalos, la madre comprendió cuál había sido la razón de las salidas de su hija e, indignada, devolvió al lacayo con los paquetes.

Don José de Meneses interpretó tal devolución como un rechazo de parte de la muchacha y montó en cólera. Poco acostumbrado a que alguien, y menos

una jovencita, se opusiera a sus deseos, usó de su cargo de oidor e hizo encarcelar a la joven. La noticia cundió por el pequeño pueblo de Santiago con la rapidez del viento. El mismo día de la aprehensión, al anoecer, se comentaba en las ramadas, en los chincheles, en los toldillos de los vendedores de ojotas, en fin, lo supo toda la ciudad y llegó hasta el propio presidente Juan Henríquez, quien hizo levantar un proceso en contra del oidor que causó enorme revuelo, dada la importancia del personaje implicado.

Pero, como todas las cosas de aquel siglo apacible y picaresco, se arregló el pleito a satisfacción de las partes, a excepción de la esposa de don José de Meneses, quien, si bien sabía y disimulaba las andanzas de su marido, no podía soportar el escándalo. Luego de amenazarle con escribir al rey dando cuenta de su conducta, le conminó a permanecer en su casa, dándole diarias muestras de su celibato.

Mas el inveterado galán había comenzado mucho antes otra aventura, que hasta el momento no había pasado a mayor intimidad. En un sarao en casa de doña Beatriz de la Barrera, anciana de gran alcurnia y posición, había conocido a su nieta, Elvirita Tello, que no pecaba precisamente de falta de coquetería. La fama de mujeriego del oidor le había precedido y le hacía más interesante a los ojos de las niñas en estado de merecer que, por falta de hombres jóvenes en la ciudad, no lograban contraer matrimonio.

El siglo XVII se caracterizó por un relajamiento en las costumbres de la sociedad, quizá la expansión lógica del período duro y espartano de la Conquista. Por eso no es de extrañar que las mujeres, obligadas a llevar una vida aburrida y monacal, buscaran la diversión en todas las formas que podía darles un poblachón tan pobre y dormilón como era Santiago.

Lo cierto es que el oidor se las arregló para quedarse a solas con la muchacha, y tener con ella sabrosos y comprometedores paliques que fueron día a día en aumento, hasta que misió Elvirita, aprovechando que la vejez de su abuela no le significaba un estrecho cerco de cuidados, facilitó al enamorado galán la llave de una puertecilla que daba al callejón lateral. En esta forma, don José de Meneses había logrado penetrar al santuario de la niña sin que nadie se percatara.

Al ocurrir lo de María Cerón, el oidor se acordó de aquello de «a rey muerto, rey puesto», y empezó a visitar diariamente a Elvirita, olvidando todas las promesas que le había hecho a su mujer.

Sin embargo, las cosas no fueron fáciles. La joven había sabido de la escandalera y se hallaba sumamente molesta de haber tenido una rival. Mas don José la tranquilizó diciéndole que ella sabía, desde un comienzo, que él era un mujeriego. Pero ahora la cosa había cambiado, pues debía mantener limpia su imagen o perdería el cargo. De esta suerte se dedicaría nada más que a ella. Satisfecha doña Elvira de tenerlo sólo para sí, prefirió dar por terminado el asunto y dedicarse a vivir momentos de gloria.

La niña, como toda joven de la alta sociedad, era educanda en el monasterio de las monjas clarisas, convento que competía con el de las agustinas respecto a la alcurnia de sus alumnas. Por esta razón no podían verse durante el día, situación que venía de perillas a don José para mantener las apariencias en su casa. Mas, cuando anunciaba que se retiraba

a su alcoba, salía por el portón carretero del último patio y se dirigía, con el corazón palpitando como muchacho travieso, a la casa de Elvirita. Escaldado con sus aventuras anteriores, en especial con la mujer del soldado que aún le penaba, se había dado ciencia y maña para evitar que la muchacha quedara embarazada. Así transcurrió largo tiempo en que los amantes vivieron momentos maravillosos; pero como toda felicidad tiene su fin, sucedió lo imprevisto.

Cierta noche la abuela, no pudiendo dormir, se dirigió a las habitaciones de su nieta, y cuál no sería su sorpresa al encontrar en ella nada menos que al oidor don José de Meneses, quien felizmente acababa de llegar y se hallaba solamente besando los labios de Elvirita.

Esta vez el alboroto fue tremendo, tanto que casi costó la vida de doña Beatriz, a quien sobrevino tal patatús, que todos la dieron por muerta. No obstante, gracias a la desenvoltura de una mulatilla llamada Tomasa, que era el «corre ve y dile» de la casa, se salvó de emprender el viaje que la habría librado para siempre de las desvergüenzas del oidor Meneses. La criada se apresuró en llamar a maese Julián del Carpo, dueño de una botica y conocido por su habilidad de «sangrador».

En cuanto se recuperó, doña Beatriz de la Barrera se fue directo a hablar con el obispo don Diego de Humanzoro, fiel vigilante de la moralidad pública y única persona que podía intervenir habiendo un oidor de por medio. El prelado dispuso que la joven fuera encerrada en el convento de las agustinas; mas, al saber que una tía de la pecadora, doña Aldonza Tello, era abadesa de Santa Clara, ordenó su inmediata reclusión en dicho monasterio, con gran temor por su parte, claro está, de que una mujer lasciva pudiese corromper a las santas religiosas.

Sin embargo, como la niña era bastante rebelde, habría que secuestrarla con el consentimiento tácito de la abuela. Todo dispuesto, esa noche se presentó en casa de doña Beatriz, el corregidor acompañado de tres alguaciles disfrazados de campesinos. Al sentir el golpe del aldabón en la puerta señorial, las únicas alarmadas fueron la Elvirita y su «mama» la negra Analora, pues todo el resto de la servidumbre estaba en el secreto. La abuela penetró en el aposento y le ordenó que se vistiera, pues su tío Tomás de Toro, dueño de una estancia en Melipilla, quería que fuera a pasar unos días en su casa hasta que hubiese pasado el escándalo. Con todo desparpajo, la joven rió:

-Pues decidle a mi tío que no me gusta el campo.

-Hija, la conmoción en la ciudad ha sido mucha. Te conviene estar ausente hasta que todo se haya calmado y comience a olvidarse -argumentó, conciliadora.

-¡No quiero que me encierren! ¡No me moveré de aquí!

El corregidor, que había estado escuchando detrás de la puerta y tenía instrucciones terminantes del obispo de llevársela, aun a la fuerza, cruzó el umbral y dijo con voz autoritaria:

-Si no os vestís de inmediato, os llevaremos tal como estáis. Tengo tres ganapanes esperando en el patio. ¡Vamos, ayudadla a cubrirse! -ordenó a las sirvientas que se hallaban contemplando la escena con los ojos más grandes que tortilla de rescoldo.

En menos de lo que se demora una beata en rezar tres Avemarías, Elvirita Tello se halló en el interior de una calesa, vestida y arropada con unas

mantas, dispuesta para un largo viaje.

El propio corregidor don Antonio Montero del Aguila, jinete en un caballo negro, dio la orden de partir al cochero, asestando al mismo tiempo sendos rebencazos a las mulas para que se movieran.

Dejando la calle de la Merced, enfilaron por la del Rey para dirigirse al convento de las clarisas; mas don Antonio, sabedor de los deseos de don Tomás de Toro respecto a que la joven desapareciese de Santiago un buen tiempo, y conociendo los temores del obispo de recluir a una niña tan libertina en un lugar destinado a las más excelsas virtudes, se decidió a continuar viaje de inmediato hacia la hacienda de Melipilla.

-¡Con lo que costó sacarla de su casa...! Si pasamos por el monasterio va a ser otro alboroto para llevarla donde el tío -terminó convenciéndose.

Ordenó al auriga que tomase por la calle del Chirimoyo (Moneda) hasta la de Ahumada, para cruzar el ancho cequión de la Cañada por el vado que allí había, y luego dirigirse al Callejón de Padura (Almirante Latorre), que era el camino real a Talagante.

Mientras todo esto sucedía, el oidor Meneses no se había estado quieto. Hombre de muchos recursos, no estaba dispuesto a dejarse arrebatar la paloma, y había destacado dos o tres vigilantes para que le avisaran lo que sucediese en casa de doña Beatriz.

En cuanto vio partir el carruaje, el peón que se hallaba observando desde un zaguán cercano, montó en un caballo medio derrengado y lo siguió, para saber en cuál de los dos conventos encerrarían a la muchacha. Al verles tomar el camino de la costa, comprendió que el destino era la estancia de Melipilla y corrió a avisar a su amo.

El oidor se alegró sobremanera. El cambio era mucho más beneficioso para sus planes. Lo largo del viaje y el trote corto de las mulas, le darían tiempo para organizar una partida y alcanzar el grupo antes que cruzaran el río Maipo.

Reunió entre sus peones a aquéllos de más mala traza, rotos bravos de cuchillo y malas palabras, ganosos de una buena pelea, y partió en demanda de la niña.

Entretanto, el carruaje había demorado su marcha debido a lo áspero del camino y a la poca luz que repartía la luna, alumbrando entre nube y nube. Al aproximarse a las márgenes del Maipo, divisaron la lumbre de algunos candiles que anunciaban la posta para viajeros, situada antes del inicio del puente.

Don Antonio Montero se adelantó con uno de los mocetones para despertar al posadero que dormía pesadamente, digiriendo una soberbia borrachera entre botellas y jarras vacías. Los gritos del corregidor no fueron suficientes para sacarle de sus bellos sueños. Fue necesario que el caballero le propinara unos buenos puntapiés en salva sea la parte, para que abriera los ojos adormilado y con cara de idiota. Sólo cuando vio el rostro de la autoridad terminó de despejarse y masculló algunas excusas, que don Antonio atajó con severo ademán:

-¡Callad, gandul, flojonazo! ¡Despertad a vuestra mujer para que atienda a una dama muy principal que nos acompaña!

Cabeza gacha partió el hombre rascándose la barriga con ambas manos y, a gritos, consiguió que la mulata con quien vivía abandonara la cama y comenzara a preparar un abundante y reconfortador desayuno, pese a que aún

no amanecía.

Los peones ayudaron a bajar a la señorita y la instalaron, tras estirar las piernas, junto al fogón recién encendido. Hasta allí, todo marchaba perfecto, pero el corregidor no se iba a sentir tranquilo, mientras no la hubiese entregado a su tío, por lo que comenzó a apurar al grupo para continuar la marcha.

En cuanto las mulas de recambio tuvieron los arneses puestos, don Antonio dio orden de partir y se acercó a doña Elvira:

-Señorita, tened la bondad de subiros al carruaje.

-No tengo la menor intención de continuar el viaje -respondió calmadamente la joven- toda la gente de estos alrededores me conoce desde que era pequeña. Si me forzáis, gritaré diciendo que me habéis raptado con malas intenciones. O regresamos de inmediato a Santiago, o armaré tal escándalo que saldréis mal parado.

El corregidor no era hombre que se arredrara por las amenazas de una niña mal criada. Llamó a sus peones y ordenó que la llevaran a la calesa. Justo cuando salían los hombres de la covachuela con la muchacha en brazos, gritando como una desafortada, se escuchó el resonar de los cascos de una partida que se acercaba al galope, y antes de que alcanzaran a reaccionar, les cayó encima una tromba.

Los huasos del oidor Meneses lanzaron sus caballos corraleros contra los alguaciles, dándoles con los pechos, y los lanzaron por tierra. El que llevaba a la joven, la dejó caer para desenvainar la espada; mas, antes de tocar la empuñadura, recibió un golpe en el cráneo que lo dejó fuera de combate.

En la oscuridad que reina antes del amanecer, todos peleaban contra todos. El propio Meneses fue quien dio tal pechazo al corregidor, que lo botó del caballo a varios de metros de distancia, quebrándole un tobillo en la caída.

Aprovechando la confusión, subieron a Elvira al coche, dieron media vuelta y regresaron a Calera de Tango, donde tomaron un largo descanso, para luego dirigirse, nuevamente al atardecer, a la casa del fiscal de la Audiencia, don Francisco de Cárdenas, muy amigo del oidor.

El polvo que levantó el asunto permaneció mucho tiempo flotando en el habitualmente límpido aire del Santiago colonial. Un oidor que desafiaba tan abiertamente a la autoridad eclesiástica, dando escándalo por sus relaciones ilícitas con una joven de la alta sociedad, no podía quedar sin castigo. Todo el mundo se mantenía a la espera de los acontecimientos, e incluso se comenzaron a cruzar apuestas en los chincheles y tugurios donde se reunía la gente de mal vivir con algunos señoritos calaveras. Los hombres y el populacho aplaudían al señor oidor, las jóvenes casaderas envidiaban secretamente a Elvirita, y las adustas matronas clamaban al cielo por la corrupción de la sociedad y por la falta de seguridad para la honra de sus hijas. Todos, quien más, quien menos, se sentían protagonistas del asunto. El único que echaba denuestos e imprecaciones desde la cama donde se hallaba postrado, era el corregidor con su tobillo roto.

El obispo Humanzoro, que se caracterizó por su gran virtud y su tenacidad en la defensa de las buenas costumbres, no se había estado quieto. Una larga carta a la reina, en que le daba cuenta de los desmanes y

liviandades del personaje, que justamente por su cargo era quien debía velar por la justicia, demoró a España lo que un velero rápido necesitaba para llegar desde Buenos Aires a Cádiz.

La reina tomó cartas en el asunto, que le parecía de suyo inmoral e inaceptable, y facultó al obispo para que confinara al empedernido enamorado al presidio de Valdivia, e impusiera a la pecadora el castigo que estimara más prudente.

Don Diego recordó que los extremos siempre se tocan, y que el deseo pecaminoso podía trocarse en ansias angélicas. Sabía que el mejor material para una santa se halla en el alma de una pecadora, y no estaba errado. Decidió que la niña tomara los hábitos de Santa Clara, para lo cual exigió a don José de Meneses, a título de multa, los dos mil pesos necesarios para pagar la dote de una monja de aquellos tiempos.

Esta vez el renuente oidor tuvo que resignarse. Abrió los cordones de su bolsa, hizo entrega del cargo, y preparó sus petacas para el largo viaje a Valdivia por tierra. Llevaba ya un mes de camino, marchando lentamente gracias al séquito que le acompañaba para mantener su dignidad a pesar de ser convicto, cuando le alcanzó un propio para avisarle que el obispo había fallecido.

De inmediato regresó a la capital, esta vez apurando el tranco y dejando atrás a sus asistentes, para reclamar la devolución de su cargo, en tanto Su Majestad no dispusiera otra cosa.

No todo le resultó tan hermoso. Una peste, contraída quien sabe dónde, le atacó súbitamente y le tuvo largo tiempo postrado en cama, dejándole finalmente privado de aquellas energías de todo varón que se precia, y como «por donde pecas, pagas», sucedió que su fama de mujeriego le persiguió abriéndole el acceso a gran cantidad de alcobas de las mujeres más bellas de la ciudad, que le esperaban ansiosas, pero a quienes no podía complacer.

La mujer de don Ñuflo

-¡Ya, mi niña! Ahora puede echar las hierbas -dijo la vieja desdentada revolviendo las brasas con un atizador- cuando veas un rostro de hombre entre el humo, llámalo y él no podrá resistirse a tu deseo.

-¡Ay, Manuela, me da temor! -respondió doña Anita, la joven dueña de casa. Luego, volviendo el rostro hacia Isabel, su criada favorita y amiga predilecta, le preguntó- ¿No crees tú que esto es malo?

-Pero amita, os sentís sola. El señor don Ñuflo es demasiado viejo para vos y jamás lo veis. Más que un esposo es como vuestro tío. No debéis sentir remordimientos. Por lo demás, estas brujerías de la Manuela nunca dan resultado.

-¡Ya verán, ya verán! -sentenció la hechicera, apartando una guedeja de su sucio cabello con los dedos tiznados.

Convencida de que sólo se trataba de un inocente juego sin mayor trascendencia, la joven cogió un atado de ramas y lo dejó caer sobre el

rescoldo. Al instante, una gruesa nube de humo se desprendió del brasero y, luego de tomar la forma de un globo, se estiró en difusos espirales hacia el techo de quinchas de la miserable alcoba.

Algo indefinible y compulsivo obligó a las muchachas a fijar la vista en el centro de la enorme voluta que se mantenía quieta. Lentamente empezó a tomar forma, impreciso al comienzo pero nítido después, el rostro de un hombre. Ambas creyeron que su imaginación les estaba jugando una mala pasada, o que eran víctimas de un encantamiento, pero cada una podía jurar que los ojos de la aparición, con una mueca burlona cargada de sensualidad y deseo, sólo la miraban a ella.

La fascinación era tan poderosa que ninguna podía apartar la mirada. Sus cuerpos quietos y laxos eran atraídos con fuerza irresistible por la figura. Anita se levantó inconscientemente y estiró los brazos hacia el hombre, mas sus manos chocaron con las de la criada Isabel que hacía lo mismo. Bruscamente se deshizo el encanto y se escuchó la voz cascada de la vieja:

-¡No me creían, ah! Cada una vio al amor de su futuro. ¡Ja, ja, ja!

Lo que ninguna de ellas podía saber, era que ambas habían visto al mismo hombre...

Vivía en Concepción, allá por año 1572, un acaudalado vecino de avanzada edad y precaria salud, don Ñuflo de Herrera, que compensaba la fealdad de su nombre con el sonoro contenido de una enorme bolsa con patacones de oro. A fin de remozar un poco su achacosa vejez y contar con alguien que manejara su espaciosa casa, contrajo matrimonio con una joven santiaguina que aún no cumplía las dieciocho primaveras. Los padres de Anita, preocupados por su futuro, le habían dado a escoger entre la paz del claustro o la de un matrimonio con un vejete cargado de dinero, a quien quedaban muy pocos años.

La vida de la desigual pareja transcurría en la tranquilidad que permitían los azares de la guerra de Arauco. Escasísimas eran las comodidades que podían permitirse los habitantes de la capital de la frontera, y más pobres aún las diversiones con que contaban. Las actividades se desarrollaban puertas adentro, en grandes casonas de tres patios y huerta. Sólo se abandonaban sus muros para los acontecimientos religiosos o para refugiarse en el convento de San Francisco, ante un eventual ataque de los indios.

Tan terrible monotonía del elemento femenino se quebraba únicamente con las tertulias familiares, con la llegada de un barco y nuevos soldados, o con el corro de pelambres en que las pobres mujeres daban alas a su imaginación.

Aprisionada en ese quehacer apacible y sin esperanzas, Anita comenzó a buscar la compañía de las indias y mulatas de su edad que servían en la casa, para compartir con ellas, y hacer más cortas las interminables tardes estivales. Las consejas de brujas y hechizos eran más atractivas que los rezongos y tosidos del vejete, y se alargaban hasta que la noche cubría la ciudad.

Largas conversaciones bajo la sombra de los limoneros con la india Isabel, la criada que había sido destinada a su servicio personal como un regalo de su flamante esposo, la fueron poniendo en contacto con el alma y la

naturaleza de esos esclavos, indios, mestizos y mulatos, cuyas hijas y hermanas se encargaban del cuidado de la casa. Se abrió para la muchacha un mundo nuevo y misterioso, preñado de leyendas, supersticiones y ritos extraños, en esos patios arbolados en que se mezclaban seres de tan distinta procedencias: indescifrables africanos, esotéricos araucanos e impasibles indios del Altiplano. Todos ellos, y en especial las mujeres, conformaban una rara enjundia llena de arcanos.

La india Isabel, tan joven y bella como su ama, al hablar de románticos galanes imaginarios, le había sugerido llamar a la machi Manuela, tan experta en hechizos y conjuros, como inexpertas y llenas de deseos eran las mozuelas.

La sesión con la bruja y lo que en ella presenciaron, las dejó alteradas y Anita comenzó a observar un cambio extraño en Isabel. Ya no la miraba con sus ojos transparentes de antes y, en muchas ocasiones, rehuía hablar del tema acostumbrado: el amor. La misma niña se sentía inquieta y en las largas moches en que no podía conciliar el sueño, veía dibujarse en la penumbra el rostro de la aparición. Sentía que esos ojos penetrantes la llamaban y, cosa misteriosa, experimentaba un impulso incontrolable de acudir a ellos.

Mas la joven era valiente y decidida. Juzgando que esas visiones eran obra del demonio, por haberse metido en asuntos de hechicería, encendía una vela y se ponía a orar en un duro reclinatorio de madera, a los pies de un cuadro religioso. Al cabo de un rato sentía su alma reconfortada y sólo la atormentaba la preocupación de haber faltado a su esposo. Cogía la palmatoria y caminaba hasta la habitación del anciano que dormía con la puerta abierta. Permanecía en el umbral contemplándole, pidiéndole mentalmente perdón por haberle sido infiel con la imaginación, mas, al escuchar las toses y gruñidos que el carcamal emitía junto con sus ronquidos, una triste desilusión la envolvía, y comenzaba a vagar por los corredores como alma en pena, tratando de llevar paz a su corazón vacío. Una de esas noches estivales, en que caminaba silenciosa aspirando el perfume de los azahares y contemplaba los rayos de la luna que se filtraban por entre las ramas, fue cuando divisó una sombra furtiva que, luego de salir de uno de los ranchos de la servidumbre, trepó calladamente la pirca de adobones y saltó al exterior.

La niña quedó sorprendida, pues la figura le era familiar. No podía ser uno de los esclavos, porque el caminar arrogante y seguro delataba a un militar, ¡sí, y llevaba espada!, ahora lo podía recordar. Pero, ¿qué hacía un soldado en las habitaciones de las criadas?... ¡Bah, qué tonta!, sólo podía tratarse de una cita de amor... ¡Una cita de amor!, y en la casa donde ella reinaba, ¡qué falta de respeto!, ¡ya pondría las cosas en su lugar!

Volvió a su alcoba estremecida de indignación. Su cabeza era un torbellino de pensamientos encontrados. ¿Cuál de las esclavas podía cometer tal infamia y tan gran desacato? ¿Cómo podía permitirse alguna, pasando por encima de todas las normas que su estado les imponía, el placer que a ella le estaba vedado? ¿Placer? ¿Vedado? Las palabras quedaron resonando en su cerebro y comprendió que no era indignación lo que sentía, sino envidia. ¿Por qué otra, quizá más fea que ella?

Al día siguiente, comenzó a mirar con sospecha a todas las criadas. Rosa,

la mulatilla que servía la mesa, era joven y agraciada, y cuando la miraba interrogante bajaba la vista, ¿ocultaría algo?. Juana, la diligente negrita que hacía el aseo, pretextaba algo cada vez que se le acercaba. Antonia la lavandera, ¡no!, era demasiado gruesa. ¿Y si al soldado le gustaban gorditas? ¡Ya, Isabel! Pero la indiecita era su amiga y le habría confiado su secreto. ¿Quién podría ser? Anita se devanaba los sesos tratando de indagar la verdad. Todas eran sospechosas y ninguna lo era. Transcurrió el día, alternó con todas las criadas como de costumbre, y al caer la noche se tendió a dormir. Nuevamente le acometieron toda clase de pensamientos que le impidieron conciliar el sueño. La visión del hombre que la miraba con lascivia y el impulso de ceder a la tentación, se sumaban ahora al recuerdo de la sombra sigilosa en el patio de la servidumbre. Esa sombra que, siendo furtiva, caminaba airosa como si lo hiciera en su propia casa.

Decidida a averiguar de quién se trataba, se levantó y caminó hacia el corredor de servicio. Sus pies desnudos no producían ruido sobre los baldosines de greda. Sin percatarse de que sólo se cubría con un largo camisón que apenas ocultaba sus formas juveniles, permaneció estática espiando las humildes ranchas, hasta que de pronto vio salir a la misma silueta de la noche anterior. Sin poderse contener, con gran indignación se acercó y le espetó:

-¡Badulaque!, ¿qué hacéis a esta hora en casa honrada?

El hombre se detuvo estupefacto. Jamás pensó ser sorprendido y menos por una figura fantasmal, de larga túnica blanca, que le hablaba desde las sombras.

-¡Repámpanos! ¿Quién sois? -atinó a decir, mientras reaccionaba creyendo que se trataba de una figura celestial que venía a cobrarle cuentas.

-¡Soy la señora de esta casa, y contestad pronto qué hacéis aquí, o llamaré a mi esposo para que os entregue a la justicia!

Al escuchar estas palabras, el bribón comprendió que las tenía todas a su haber y, con gran desparpajo, confesó mientras se aproximaba lentamente a la joven:

-Soy el amante de Isabel, esa india que es tu criada.

La voz sonó extrañamente conocida, y a medida que se acercaba, pudo distinguir que era el mismo rostro que tantas veces la había visitado en su alcoba. Haciendo acopio de valor, pese a las raras sensaciones que sentía, insistió:

-¿Cómo os permitís tal ultraje? ¡Habré de denunciaros! ¿Cómo os llamáis?

-Juan de Carvajal, señora, pero en adelante podéis llamarme sólo Juan

-replicó, escrutando a la tenue luz de la luna las formas turgentes de Anita, que se denunciaban bajo el delgado camisón.- Nada diréis, porque a partir de ahora, os visitaré a vos en vuestra habitación, y si os negáis, contaré a todos mis compañeros de armas que sois mi amante desde hace mucho tiempo.

Anita quedó alelada ante la amenaza, y más aún, por la mirada de ese hombre que tantas veces había visto en sus noches de vigilia. Se sintió dominada y sin poder resistir. Ella también lo deseaba, pero sacó fuerzas de flaqueza para agregar:

-De acuerdo, pero si alguna vez mencionáis algo de esto a cualquier persona, ¡os mato!, ¿habéis entendido?, ¡os mato! -repitió como acallando

sus culpas. Luego le cogió de la mano y condujo a su alcoba.

Hay que reconocer que desde ese momento cambió la vida de Anita. De niña pasó a mujer, y junto con perder su inocencia en manos del venturoso galán, comenzó a vivir los días, mejor dicho las noches más felices de su existencia.

Pasó el tiempo, y en la medida que aumentaba la felicidad en el rostro de Anita, crecían las sombras en el de Isabel. Ya no se miraban como amigas, y cuando la dama sorprendía muestras de contento en sus rasgos, se llenaba de celos pensando que su Juan, antes de abandonar la casa, pasaba a satisfacer las ansias de la indiecita.

Algunos meses después, arribó a la casa de don Ñuflo un hermano de Anita, Rodrigo Blas, que venía de Santiago a enrolarse en las campañas de Arauco. Cuando tras las atenciones de su cuñado quedó a solas con su hermana, le manifestó:

-Antes de venir a veros he escuchado en algunas tabernas unos comentarios que dejan en muy mal pie vuestra reputación, y ello me ha costado más de un duelo. ¡Decidme que han mentido!

Anita quedó sobrecogida. Su amante había hablado. Era un infame que no la amaba y, por fatuidad, pasaba por encima de su honra. Entre lágrimas y sollozos, relató a su hermano cómo había sido presionada por aquel bribón para que accediera a sus requerimientos bajo la amenaza de la deshonra, y la advertencia que ella le había hecho sobre no violar el secreto de sus relaciones.

Rodrigo Blas reaccionó indignado:

-¡Mataré con mis propias manos a ese badulaque!

-No, hermano, lo mataremos entre los dos -sentenció la joven.

Juntos planearon la venganza. Esa noche Rodrigo invitaría a cenar a dos amigos inseparables que le eran muy fieles, para que les ayudaran en la tarea. Doña Anita envió a Isabel con un recado para Juan de Carvajal, advirtiéndole que por estar mejor su marido, dormiría esa noche en la habitación de su hermano, que era la que tenía ventana a la calle.

Cerca de la medianoche llegó Juan de Carvajal a la ventana y llamó suavemente. La niña le esperaba prevenida y mandó aviso a su hermano.

Luego, entreabriendo los postigos, preguntó con voz callada:

-¿Hay alguien en la calle que pueda veros?

-No, está totalmente desierta -respondió el rufián.

-¡Apuraos! -apremió la joven- dadme vuestra espada para que podáis pasar por entre los barrotes.

El galán se desembarazó del arma y de la bandolera y las entregó a la dama. Luego, con grandes dificultades, comenzó a introducirse a través de la reja; mas, cuando tenía medio cuerpo adentro, Rodrigo Blas le asestó un fuerte barretazo que lo mató en el acto. Enseguida, ayudado por sus amigos Francisco Celada y Gerónimo de Almansa, le metieron en un costal y llevaron a enterrar a la viña de un vecino llamado Martín Monje.

Todo habría terminado ahí sin mayores complicaciones, si la víctima no hubiese sido un soldado. Cuando no llegó a presentarse a la hora de la recogida, sus compañeros de aventuras informaron al capitán de la misteriosa desaparición de Carvajal y de sus hablillas. La autoridad militar recurrió a la Audiencia y ésta mandó levantar una información.

Transcurrieron los meses y la investigación no arrojó luces sobre el

asunto, salvo las veladas sospechas sobre la esposa de don Ñuflo, tema intocable, dada la alta posición que el vejete ocupaba. Rodrigo Blas y sus compañeros se enrolaron en las levas para Arauco y partieron hacia el sur, mientras en Concepción dos mujeres rumiaban calladamente su pena y desilusión.

Los escasos noctámbulos que transitaban algo chispas por la oscuridad del callejón, juraban haber visto la silueta de un soldado que caminaba tambaleando con la cabeza ensangrentada. Y así fueron cundiendo las historias, hasta que cierta noche uno de los serenos que cumplía funciones acompañado por su perro, divisó la fantasmagórica figura. La visión lo dejó helado, pero al ver que el can ladraba alarmado y trotaba en persecución de la sombra, lo siguió apurando el tranco.

A poco andar el animal se puso a escarbar junto a unas vides lanzando nerviosos gruñidos. De pronto apareció el saco y el hombre corrió en busca de ayuda.

Las diligencias se sucedieron con rapidez, y en corto tiempo se esclarecieron los hechos. La Audiencia condenó a doña Ana López a recibir cien azotes en la plaza pública y a ser desterrada por un plazo de seis años. Su hermano Rodrigo, profundamente afectado por este castigo, no alegó en su defensa sino en la de Anita, argumentando que el infame soldado la había obligado mediante golpes y amenazas para accediera a sus deseos. No obstante, fue sentenciado a «ser sacado caballero en una bestia de albarda, con los pies y las manos atadas y con voz de pregonero que manifieste su delito hasta dejarle en el rollo». Allí murió, ahorcado, el 30 de abril de 1573.

De sus socios en la empresa, Celada se salvó pues había muerto a manos de los araucanos. En cambio, Almansa también fue paseado en bestia de albarda y condenado a que le fuese clavada una mano en la picota durante una hora, pena que se conmutó por galeras perpetuas.

El destierro de Anita se cambió por cuatro años de servicio en un hospital, y mientras el viejo don Ñuflo moría en Concepción a causa de la deshonra, la apasionada joven comenzaba a ver, casi enloquecida, la cara de su amante en cada soldado herido que atendía en el hospital.

Una riña de mujeres

Gobernaba Valparaíso, allá por 1770, don Antonio Martínez de la Espada y Ponce de León, quien, al decir de Vicuña Mackenna, manejaba el puerto con la espada fuera de la vaina. No obstante la tiranía que desplegaba y los bandos que hacía públicos a través de un negro pregonero, a quien el pueblo apodaba el Comequeso, el Puerto y el Almendral se mantenían como dos pueblos separados, no sólo por la cuesta del Chivato, sino también por una enorme rivalidad entre sus moradores.

Mientras el primero era una caleta llena de postes y argollas donde los barcos echaban sus amarras, el segundo era una chacra de sandías, setos de membrillos y huertos de almendras y aceitunas. Y si en uno todos andaban

en bote, en el otro nadie se apeaba del caballo. Pero esta misma diferencia hacía que los pobladores se esmerasen en el progreso de sus aldeas, llegando a tener entre sí severos incidentes por el cuidado excesivo de sus frutales y por el daño que les causaban, o podían causarles, los animales de sus vecinos.

La mano dura del gobernador la Espada había dejado al pueblo muy pocas entretenimientos, una de las cuales era las carreras de caballos que se realizaban en ese lugar ancho y espacioso que después se llamó calle de la Victoria, en medio del valle del Almendral. Las apuestas, concertadas ante notario, concentraban la atención de mestizos, negros y caballeros, muchos de ellos venidos especialmente del Puerto, entre los que se contaba el propio ayudante del gobernador, don Gaspar de Briones, de quien se decía, sotto voce, que cuando perdía no pagaba.

Estas pocas diversiones no lograban calmar la excesiva tranquilidad de los vecinos que, por cualquier tontera, se agarraban del moño y terminaban con un ojo morado, algún hueso roto, o un feo corte en la mejilla que, por analogía, le llamaban «fiel», como al barboquejo del sombrero de huaso.

Uno de estos incidentes que pasó a mayores, al punto de quedar consignado en el Conservador de Valparaíso, fue el protagonizado por seis mujeres y un hombre que, aparte de defender a la propia, no consiguió otra cosa que un par de chichones causados por el taco de un indignado botín femenino.

Vivía en el Almendral un griego llamado Tomás, antiguo marinero que después de vagabundear por los mares había venido a dejar correr apaciblemente los días, convertido en laborioso chacarero. Tenía, entre otros, un par de puercos muy intrusos que no respetaban el cerco de las vecinas, una familia compuesta por cinco mujeres, tres de ellas hermanas y las dos hijas de una, viuda ya del capitán Pedro de Aguirre. Las Pérez, como las conocía todo el vecindario, formaban un verdadero destacamento mujeril, tan de armas tomar, que los almendrinos se cuidaban mucho de provocar su ira.

Cierto día en que las Pérez salieron de paseo, se encontraron a boca de jarro con Tomás el Griego y su mujer, Antonia Lezama, una brava chilena tan buena para los denuestos como para los rasguñones. No perdieron el tiempo las hermanas para empezar una salmodia quejándose del perjuicio que los puercos hacían en sus hortalizas; y el reclamo fue tan altisonante y deslenguado, que provocó la airada respuesta de Tomás y de su esposa. La disputa cobró calor, y se encendieron las palabras y vituperios a tal extremo que, sin poderse contener más, el griego levantó la voz y las trató de: ¡grandísimas...! A esto respondió el batallón femenino diciéndoles el peor insulto de aquella época: «¡ladrones de la Ermita!», que consta en actas y que no hemos podido desentrañar, pero que debe haber sido muy grave porque Tomás desenvainó el puñal, en tanto su mujer cogió una piedra enorme que arrojó a las hermanas.

Como obedeciendo a una consigna secreta, el escuadrón de mujeres se lanzó sobre el matrimonio y empezaron una rebujiña tal de arañones, gritos, mordiscos y tiraduras de cabellos, que se animó todo el vecindario como en un día de fiesta. Unos apostaban por las Pérez, otros por la mujer del griego quien, imposibilitado de usar el cuchillo en esa masa informe de basquiñas y fustanes que se revolcaba por el suelo entre alaridos e insultos, contemplaba la escena con la boca abierta recibiendo, de cuando

en cuando, un taconazo que le aplicaba doña Juana Pérez, la más hombruna, esgrimiendo un botín en lo alto como en medio de una guerra santa.

Antonia de Lezama llevaba todas las de perder, a pesar de que las hermanitas, cegadas por la furia, ya se daban mamporros entre sí.

Felizmente la bullanga atrajo a un guardia de alcabalas llamado Fernando Bocanegra, el que con la ayuda de los espectadores, algo renuentes, consiguió separar a las mujeres, sacando desde abajo del montón a doña Antonia que manejaba con soltura las uñas de sus manos, mientras con la otra tenía asido el zarcillo de una de las solteronas, con tanta fuerza, que al arrastrarla le partió la oreja.

Las Pérez presentaron de inmediato una querrela criminal. Fueron todas examinadas por el barbero Antonio Poveda, quien dejó constancia escrita de los magullones que el puño de doña Antonia les había producido. Puesto en conocimiento del gobernador la Espada, éste falló la causa condenando a muerte... a los dos puercos que habían provocado el incidente, los que debían rendir sus vidas en el plazo de ocho días.

Tal plazo indignó a las Pérez y exigieron que la ejecución se llevase a cabo de inmediato. Para conseguirlo, viajaron a Santiago y recurrieron a la Real Audiencia. Pero entre el viaje y las antesalas se les fue el tiempo. Entretanto, los cochinitos habían pasado a mejor vida, regalando la mesa del griego y sus amigos, que celebraron la pelea con una gran comilona y abundantes cazos de vino.

Un ahorcado en La Serena

Los primeros conquistadores que llegaron a Chile fueron una especie de superhombres, a juzgar por las hazañas que realizaron. Y dentro de ese grupo selecto de soldados pueden considerarse como las tres mejores espadas del reino de España en América, a Pedro de Valdivia, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagra, exactamente en ese orden. Por esta razón, cuando los aborígenes del norte se alzaron y destruyeron la recién nacida ciudad de La Serena, Valdivia encargó a Aguirre no sólo la refundación de la villa, sino además la pacificación total del norte.

Grandes esfuerzos tuvo que desplegar este capitán en la misión que se le había encomendado; pero, especialmente, una mano de hierro inexorable que ya se había hecho conocida. Aguirre aplicó una política que podía resumirse más o menos como sigue: «el que no se somete, muere».

Finalmente, logró la pacificación en todos los contornos de La Serena.

Después seguiría con esta acción hacia el norte. Pero, entretanto, la nueva villa comenzó a desarrollar en paz su agricultura, comercio y demás actividades que permitían a los vecinos crear sus fortunas. El lugar, enormemente estratégico para las comunicaciones por tierra con Perú, hacía que fuera de gran importancia consolidar esta situación. Finalmente, el resultado de todo este proyecto dependía de la firmeza del carácter del nuevo gobernador, don Francisco de Aguirre.

Juan Bautista Garibaldi, un poblador que por haber nacido en Génova era

conocido como Bautista Genovés, vivía apaciblemente tras reunir un caudal de cinco a siete mil pesos, tratando por todos los medios de pasar inadvertido a los ojos del gobernador. La dureza de don Francisco de Aguirre era conocidísima. Bien lo sabían los indios que había domeñado y los colonos que querían prosperar. El Genovés ya había tenido el pescuezo en el cepo por haber prestado su yegua a un amigo, Julio de Silva, para que se fugara de la justicia. Sabía que el gobernador lo vigilaba, y sólo mientras no le diera motivos para que descargara en él sus furores, podía vivir tranquilo.

Mas no duró mucho su paz. Pronto le llamaron a integrar un piquete de soldados que viajarían a Santiago con la misión de libertar a un hijo de Francisco de Aguirre que el Cabildo de Santiago mantenía retenido. Un oficial fue a requerirle y el Genovés le respondió en forma desabrida, sin percatarse de que el gobernador en persona iba pasando por el lugar. Al escucharle, don Francisco le conminó a obedecer la orden, pero al italiano ya se le había subido la mostaza a la nariz y respondió:

-«¡No tengo con qué aderezarme, y por lo tanto doy al diablo el arcabuz!»
Don Francisco, que no podía permitir tal falta de respeto y obediencia, comenzó por ponerse amoratado. Luego, cuando pudo sacar las palabras, rugió:

-«¡Ahórquenme a este bellaco traidor!»

Sólo ante tan terrible conminación, el Genovés le tomó el peso a su acto de rebelión. Pensó en escapar y, dando un salto, corrió a buscar asilo en la iglesia con los soldados pisándole los talones.

Allí permaneció hasta que llegaron García Díaz, primer alcalde, y Luis Ternero, regidor perpetuo, portadores de una buena noticia: Francisco de Aguirre le había perdonado.

Garibaldo les escuchó con suspicacia y aguardó hasta el anochecer. Por una ventana de la casa parroquial atisbó los alrededores y comprobó que todo se hallaba en calma. Salió con precaución, se dirigió a su casa y se acostó.

Cerca de las diez de la noche unos golpes en su puerta le sacaron de la cama. Un piquete de soldados le llevó a la plaza cubierto sólo por una miserable camisa y sin comprender qué estaba ocurriendo. Mas, al escuchar el fuerte vozarrón de un negro pregonero que anunciaba el castigo que se le había impuesto por traidor, comenzó a gritar llamando a los vecinos en su ayuda. Muchos se despertaron alarmados, y mientras algunos corrían a la casa del gobernador para implorar su perdón, otros se acercaron a la horca que se alzaba en la plaza.

Ante la estupefacción de los asistentes, que aún no se percataban de los acontecimientos, el alcalde ordinario Juan Gutiérrez comenzó a dar las órdenes para proceder a la ejecución. Armado con cota, celada borgoñesa y con la vara de la justicia en sus manos, no descuidaba detalle. El infeliz italiano vio a través de sus lágrimas al escribano Juan de Céspedes, y a su lado al alguacil mayor Luis Gómez, montado en un excelente caballo y con la lanza en la mano. Más atrás, el alguacil Diego de Carmona, acompañado de tres arcabuceros y tres negros que portaban hachones encendidos para iluminar el lugar.

A una señal de Juan Gutiérrez, el negro que oficiaba de verdugo se trepó a la horca y preparó el dogal. En tanto, la monótona voz del pregonero

repetía:

-«Esta es la justicia que manda a hacer Su Majestad, y su real nombre el magnífico señor Francisco de Aguirre, gobernador de este reino, a este hombre por amotinador y traidor incorregible, para que a él sea castigado y a otros escarmentado».

Un coro de protesta se elevó de la muchedumbre atónita. Garci Díaz se culpaba de haber dado su palabra a Garibaldi de que nada tenía que temer. Otros, entretanto, le gritaban al alcalde Gutiérrez que cómo podía ajusticiar a este hombre si no se le había juzgado. La autoridad no tenía respuesta, sólo cumplía las terribles órdenes de Aguirre. Con voz enronquecida, se limitó a exclamar:

-«¡Ahórquenle, ahórquenle, que bien lo merece ese traidor, enemigo de Francisco de Aguirre!»

En segundos, el cuerpo del Genovés quedó balancéandose en el aire. Pero el acto, que estaba destinado a producir escarmiento, sólo consiguió despertar la furia de los pobladores que se abalanzaron sobre la horca. De un solo tajo cortaron la cuerda y el ajusticiado cayó exánime en los brazos de Alonso de Villadiego, que se apresuró en quitar el lazo del cuello. Ana López, rasgando sus polleras, cubrió el cuerpo semi desnudo del infeliz. El resto de la gente se arremolinó para impedir que se acercaran los soldados.

Mientras esto sucedía en la plaza, en casa del gobernador se desarrollaba otra escena bastante agitada. Luis Ternero, su mujer y Juan Mallorquín, imploraban por el perdón del Genovés:

-«¡Señor, a Bautista Garibaldi lo ahorcan!»

-«¿Está ahorcado?» -preguntó Aguirre.

-«Aún no, señor» -respondió Mallorquín, expectante.

-«¡Pues, ahórquenle a ese bellaco!»

Varias voces de otras personas que se habían congregado en la habitación comenzaron a rogar, con tanta pasión, que Francisco de Aguirre hubo de acceder:

-«Pues tomen esta daga, y si no está ahorcado, que no le ahorquen».

Diego de Saldaña, caballero del gobernador, corrió a la plaza seguido del resto, gritando que no le ajusticiaran, pues había sido perdonado, al tiempo que blandía en alto la daga de Aguirre en señal de testimonio. Cuando llegaron, Garibaldi acababa de ser salvado, mientras los soldados todavía no reaccionaban. Si no se lo hubieran quitado a la horca, el perdón habría llegado demasiado tarde.

Dentro de la cabeza del Genovés había un sin fin de confusiones. No atinaba a pensar. Una hora antes dormía en su cama, algo después escuchaba su sentencia de muerte, minutos más tarde se vio colgado de la horca y alcanzó a sentir que se le escapaba la vida. Ahora yacía en el suelo atendido por los otros vecinos, que lo levantaron en vilo y le condujeron con grandes muestras de alegría a la casa de Ternero, donde alojó esa noche.

A partir de aquella ocasión, el Genovés no podía conciliar el sueño. Pasaba las noches en vela viendo cómo se le aparecía la macabra figura de la horca en su habitación. Varios meses después, mientras se hallaba desvelado, escuchó el redoblar de tambores y la voz del pregonero apagada por la distancia. Salió a la calle y pudo distinguir al mismo negro que

había anunciado su sentencia. Ahora comunicaba que había un barco fondeado en Coquimbo, pero que el gobernador prohibía terminantemente que fuera abordado bajo pena de muerte.

-¡Una nave, la gran salvación! -pensó el sujeto, y sin detenerse a recoger ni lo más necesario, saltó las tapias y corrió furtivamente hasta el puerto, guiándose por las luces de la embarcación.

-¡Eh, los del barco! -llamó desesperadamente, temiendo que en cualquier momento aparecieran las patrullas del gobernador.

A sus gritos, los marinos enviaron una lancha y fue recibido en persona por el capitán Arnao Cegarra Ponce de León. Al poco rato llegó otro prófugo, un tal Hernando de Alvarado.

Al arribar a Santiago pidieron al Cabildo su protección contra las posibles represalias de Francisco de Aguirre, alegando su carácter atrabiliario y dictatorial.

Había escapado justo a tiempo. A los días de descubrirse su fuga, el alcalde Juan Gutiérrez abrió un proceso y pidió a Santiago la captura y envío del Genovés a la Serena. Y mientras esto se llevaba a efecto, le condenó nuevamente a la pena capital con secuestro de sus bienes.

Tras la muerte de Pedro de Valdivia en Tucapel, había tomado el mando desde Santiago al sur, Francisco de Villagra, eterno enemigo de Francisco de Aguirre. Bastó que fuera éste quien perseguía a Garibaldo, para que el nuevo mandatario lo tomara bajo su protección. Villagra declaró nulo todo lo obrado por el alcalde Gutiérrez de La Serena y le condenó a pagar los perjuicios, alegando que en su gestión «no tuvo para ello causa justa ni colorida».

Gutiérrez apeló de la sentencia a la Audiencia de Lima. Garibaldi también lo hizo en 1559. La causa no siguió su trámite, seguramente, por haber medido un avenimiento entre las partes.

Gamboa, el Sarmiento de mago de Lima

Natural de Alcalá de Henares, era hijo de Bartolomé Sarmiento, natural de Pontevedra, y de María Gamboa de la ciudad de Vizcaya en Bilbao. De España viajó a Méjico, a Guatemala y después al Perú alrededor de 1557.

Había sido un destacado estudiante en Alcalá de Henares, esa universidad que fundara el Cardenal Cisneros casi cien años atrás en Castilla. Allí aprendió el griego, el latín, el itálico, el francés y otros idiomas romances. Luego le tentó la aventurera vida de soldado en Flandes y permaneció cinco años, entre 1550 y 1555, combatiendo en Alemania e Italia.

Pero lentamente fue penetrando en su alma la fiebre que enloquecía a la muchachada de aquel tiempo: partir hacia las Indias. Abandonó España y consiguió sumarse a una Armada que viajaba a Méjico. Allí se empapó de la maravillosa cultura de sus razas indígenas, recorrió las selvas de Guatemala y llegó hasta las piedras milenarias de los mayas. Desde allí hasta Perú fue cosa vertiginosa.

Desde niño había tenido la afición de averiguar el destino de sus amigos a través de las líneas de las manos o de las variaciones de los astros. Y le había gustado que le calificaran de adivinador. Impelido por ganarse el sustento en el Perú, echó mano a su inmensa cultura y comprendió que podía usar sus capacidades ejerciendo de mago en una sociedad ignorante y superficial como era la de esos años, que adquiriría vida cuando la lumbrada del poniente encendía las torres virreinales de los templos limeños.

El virrey del Perú, don Diego López de Zúñiga y Velasco, Conde de Nieva, que sabía de una historia sobre los Incas escrita por Sarmiento de Gamboa, lo tomó bajo su paternal protección y le brindó su amistad.

Comenzó fabricando una tinta que encendía el amor en la niña a quien iba dirigida la misiva. Luego unos anillos cabalísticos que se entregaban por pares; uno guardaba el varón y otro se obsequiaba a la dama de sus preferencias, que caerían rendidas a sus pies.

Estos conocimientos le granjearon el interés y el aprecio de toda la comparsa cortesana de damas y caballeros de vistosos atuendos y elegantes maneras. En esa Corte, caldo de cultivo de chismes y pelambrillos, de palabras furtivas y romances ocultos, el deseo pecaminoso iba desplegando la añagaza de las mujeres.

La sabiduría de Sarmiento de Gamboa causó tal conmoción, que todos empezaron a requerir de sus servicios. Los caballeros y más de alguna dama que estaba quedando para vestir santos, le pidieron ayuda. Nadie había que no quisiera poseer de esa tinta maravillosa con la cual obtendrían los favores de la niña de sus desvelos o del galán indiferente.

El mayor problema que se presentó a todo este conjunto de damas empingorotadas y señorcetes de chape largo, fue que no sabían escribir.

Muchos de los jóvenes que habían tenido la ocasión de viajar, habían aprendido a garabatear algunas frases, pero de las niñas no se podía hablar, en una época en que se mantenía a la mujer absolutamente ignorante, en particular de la lectura, para alejarla del pecado.

Pero, como de costumbre, surgió un cúmulo de plumarios dispuestos a aprovechar la gran ocasión que se les ofrecía para ganarse unos patacones.

Estos eran normalmente escribanos que se situaban en los portales de la Real Audiencia, y a pesar de que manejaban la pluma con algunas dificultades, eso ya les confería un halo de sabiduría especial. De más está decir que los que recurrieron a sus servicios les hicieron jurar silencio sobre su encargo bajo secreto confesional, so pena de hacer caer sobre ellos el peso de sus altas posiciones. Los pícaros callaron y comenzaron a redactar las más encendidas cartas de amor. En aquella época la palabra «amor» sonaba a escandalosa, por ello se referían al «aprecio» que sentían por la destinataria de sus misivas.

Esta casta de escritores fue la mejor clientela de Sarmiento de Gamboa, quien les confesó el secreto que aunque la niña no supiera leer, el solo hecho de tener en sus manos la esquila y aspirar el penetrante olor de su tinta, obraría milagros sobre ella. Esto vino a solucionar la otra mitad del problema, porque si las hermosuras no podían leer las esquelas, a su vez no podían pasarla a nadie de su confianza para que las tradujera. Sus madres tampoco sabían leer, las mulatas de servicio, menos. Por eso el astuto Gamboa ideó esta explicación que vino a solucionar el problema, y bastaba que la chinita recadera que les traía la misiva, les dijera el

nombre de su remitente, para que supieran quien era el pretendiente. Al poco tiempo, comenzaron a cruzarse misivas en todos los sentidos, y pronto también empezaron a verse los resultados. Fuera porque una niña muy interesada en un galán no podía demostrar el interés que ella también sentía, y con la excusa de la magia de la tinta podía darse por enterada, o porque los señoritos se atrevieron a enviar cartas a niñas a quienes jamás se habían atrevido a dirigirse, lo cierto es que al poco tiempo, en las tertulias de la corte, comenzaron a cruzarse miradas decidoras o cargadas de intención, que se manifestaron en las elecciones de parejas para los minués y las contradanzas de la corte virreinal.

El revuelo fue creciendo a tal punto, que el prodigio que había inventado Gamboa llegó a oídos del virrey, cosa que venía de perillas a la alta autoridad, quien también andaba en requilorios por los favores de una hermosa jovencita, quizá la más bella de la corte, a quien sus aristocráticos padres, que se hallaban prácticamente en la miseria, habían casado con un enteco vejete de piernas y bastón encorvados, pero con una bolsa bien repleta.

El carcamal, que había sido un buen espadachín en sus años mozos, mantenía los arrestos para disimular su avanzada edad. Pero todo el mundo pensaba, aunque nadie lo decía, que el matrimonio no se había consumado porque el vejete ya no estaba en condiciones de enviar ninguna carta a Francia para pedir el viaje de la cigüeña. Así pues, la sociedad limeña daba por hecho que la niña se mantenía virgen, a pesar de ser una de las más encantadoras e ilustradas damas de la corte.

Tal jovencita traía loco al Conde de Nieva, quien se había jurado que aquella joya habría de ser suya sin esperar que el antañón pasara a mejor vida, toda vez que cada día se le veía más rozagante y sano, haciendo frecuentes viajes a las encomiendas que poseía en las afueras de Lima. Estas ausencias, que a veces pecaban de demasiado largas, daban la ocasión para pensar en visitas. El virrey, que no hallaba cómo pedirle a la jovencita que le facilitara la llave de su alcoba, vio en la tinta mágica de Gamboa la solución a su problema. Pero su alto rango le impedía hablarle personalmente de sus deseos, y menos confesar sus malas intenciones. Para solucionar su problema, se valió de una mulata de su servicio, la de más confianza, que se llamaba Payba.

-Escucha mujer. Se habla mucho en la corte de una tinta que tiene poderes mágicos inventada por maese Sarmiento de Gamboa.

-Sí, mi señor, en el pueblo también se menciona mucho y se asegura que ya ha producido casos asombrosos. ¿Sabía Su Señoría, que la señorita Eufrosia de Carvajal, conocida por su gordura que la mantenía bastante soltera, ha sido pedida formalmente en matrimonio nada menos que por uno de sus mejores soldados, el apuesto capitán Miguel de Olivares?

-¡No lo puedo creer! -bramó, asombrado, el virrey.

- Y son muchos los casos, Su Señoría, que se comentan entre la servidumbre de las casas más importantes. No se imagina Su Merced la de encuentros que se han producido, entre personas que nadie se había imaginado.

-Me habéis dejado lelo. Quiero que visites al señor Sarmiento de Gamboa, y que me consigas de esa tinta maravillosa, contándole que es para tu caso personal. Por ningún motivo puedes mencionarme. ¿Has entendido, Payba? Bien sabes que si me traicionas, te haré aplicar unos doscientos azotes en

el rollo de la Plaza Mayor.

-¡No, Su Señoría!, le juro que haré como usted dice.

Un día la mulata Payba se acercó a Sarmiento de Gamboa, y respetuosamente le habló:

-Su merced, mucho se rumorea de que poseéis poderes ocultos que aprendisteis de los incas.

-Algo, algo -respondió don Pedro, para no comprometerse.

-Pero dicen que habéis inventado una tinta mágica que puede hacer que otra persona os dé su afecto. ¿Es cierto, mi señor?

-¿Por qué preguntáis, mulata? ¿Acaso tenéis a alguien en la mira? No vaya a ser cosa que seáis tan osada de querer conseguir los favores de algún caballero español. Eso sería muy peligroso.

-No, mi señor, se trata de un mulato como yo. El desgraciado se manifiesta indiferente, aunque yo sé que le gusto. Pero o es muy tímido, o lo hace intencionadamente para encender mi pasión. El sabe que soy muy seria y que jamás le aceptaría proposiciones deshonestas.

-Pero, mujer, si le escribís, te estáis exponiendo a que la pasión de ese infeliz sea tan grande que no podáis contenerlo.

La negra abrió los ojos desmesuradamente. Realmente esa tinta debía poseer un poder irresistible. Pero Sarmiento de Gamboa ya se había dado cuenta de que la negra le había soltado un embuste, porque era evidente que no sabía escribir. Y como la negra pertenecía al servicio del virrey, comprendió enseguida de dónde venían los dardos. Por eso, le largó la siguiente frase:

-Para que el poder tenga efecto, debéis escribir la carta delante mío.

La mulata Payba quedó helada. El mago la había descubierto y enmudeció mientras pensaba. El caballero se había dado cuenta de la verdad y de quién era el verdadero interesado.

-¿Os envió vuestro amo, no es cierto? ¡Di la verdad o te dejo tiesa!

La mujer creyó a pie juntillas lo que decía don Pedro. Cayó de rodillas y le confesó:

-Sí, mi señor, pero no podéis decírselo porque me mandará a azotar en la Plaza Mayor. ¡Os lo suplico, no me delatéis!

-Mira, mulata, te facilitaré un poco de mi poción, pero aconséjale a tu señor que hable directamente conmigo, para evitar que pueda cometer un error irreparable. Además, le puedo preparar un par de anillos con signos cabalísticos a los que la niña no podrá poner objeción. Sólo necesito conocer las fechas de nacimiento de los dos. ¿Podéis averiguármelos?

-Sí su merced, el mulato Tomás, que está al servicio del esposo de la interesada, me puede proporcionar el de la señorita. Yo averiguaré el de mi amo.

No pasó mucho tiempo sin que la mulata regresara. Traía una buena cantidad de doblones de buen oro «para hacer los anillos», y las fechas de ambos nacimientos.

-Bueno, -afirmó Sarmiento de Gamboa- ven en quince días más a buscarlos. Ahí te entregaré la tinta y los anillos.

Cuando el plazo se cumplió, la Payba vino a buscar los objetos, que Gamboa había preparado cuidadosamente. La tinta en un frasquito chato con tapa de vidrio, y los anillos atados con una cuerda de seda.

-Aquí tenéis vuestro encargo. Pero debéis mantenerme al tanto de los

avances del señor virrey, para evitarle algún peligro.

En una ocasión anterior, Sarmiento le había examinado las líneas de la mano y había descubierto signos de una muerte súbita y cercana, mas no se atrevió a advertirle y se limitó confidenciarse con sus amigos más íntimos.

Cuando la mulata Payba puso sobre el escritorio los encargos, el Conde de Nieva tembló de emoción. Ya podía rendir esa fortaleza que le traía cada vez más enfermo de amor. De inmediato se puso a redactarle una misiva encendida de pasión, rogándole que le permitiera el acceso a su habitación, cuando su esposo se ausentara de Lima.

Catalina de Segovia, así se llamaba la jovencita, admiraba secretamente al virrey. Veía en su porte, en sus maneras elegantes y conversación culta, al hombre de sus sueños. En particular, en esas largas noches de invierno, en que no podía conciliar el sueño y caminaba por corredores y habitaciones, sólo oía los espantosos ronquidos del añoso viejo que, además de poseer un genio de los mil demonios, no tenía nada de simpático. La niña no podía dejar de comparar la esbelta figura del virrey y sus miradas incendiarias, con este antañón de ojillos desconfiados que se limitaba a toser y gruñir.

Por eso, cuando recibió la misiva, no dudó de parte de quién venía. Y al leer sus líneas, se encendió de pasión, se caló el anillo que la acompañaba, y le respondió a su mucama que avisara al mensajero una pronta respuesta.

Al día siguiente, el virrey recibió de manos de la mulata Payba una hermosa llave cincelada, y el siguiente recado:

-«Esta noche, cuando veáis que la luz se enciende en mi alcoba que da al oriente, podéis entrar por una puertecilla que se encontrará abierta. Cruzadla y subid la escala. Mi alcoba está enfrente de ella.»

El mensaje era escueto, pero al virrey le bastaba. La alegría de sentirse aceptado, que implicaba un reconocimiento a rendir la fortaleza, era un mundo para él. Naturalmente ese día no despachó ningún asunto oficial, bajo el pretexto de una enfermedad que esa noche justificara su ausencia en las tertulias de la corte. Además, la emoción que sentía no le habría dejado concentrar su mente en otra cosa que no fuera la niña de sus afanes.

Cuando llegó la noche, salió del palacio virreinal una sombra embozada por una amplia capa negra. Los altos tacones del señor virrey resonaron sobre las losas que conformaban las aceras. No distaba mucho de la casa de doña Catalina y, al llegar, se mantuvo esperando la señal de la luz que se encendería. Bajo esa ventana, una pequeña poterna permitía el acceso a la escala que la niña había mencionado. Por eso, al brillar una vela junto a la ventana, el conde no dudó un instante y penetró resueltamente por la estrecha puerta. Subió silenciosamente las gradas de la escala, y se encontró en un vestíbulo saturado del perfume que usaba la dama. Con el corazón latiendo a golpes se dirigió resueltamente a la puerta frente a la escala. La abrió suavemente, sin el menor ruido, y se encontró en una habitación a oscuras. Esperó expectante, hasta que unos brazos delicados le rodearon suavemente el cuello y luego sus fornidos hombros. Sintió una boca exquisita que buscaba sus labios y se hundió en un maravilloso mar de delicias. No supo cuánto rato pasó. Sólo recuperó la conciencia, cuando

escuchó pasos apresurados en el vestíbulo exterior y la voz alarmada de una criada:

-¡Amita, amita, el amo regresa! ¡Me acaban de avisar y puede estar al llegar!

-Señor, descolgaos por las ramas junto a la ventana -sugirió doña Catalina.

El virrey, a medio vestir, comenzó a descender por las enredaderas que rodeaban el balconete; mas, justamente cuando su figura jacarandosa iba descendiendo, sintió en sus posaderas los pinchazos de acero con que el ultrajado marido le esperaba. No alcanzó a llegar a tierra y fue cruelmente traspasado, muriendo por enamorado y por perejil.

Entretanto, el vejete gritaba:

-¡Truhán, desvergonzado, cómo osáis hollar la honra de esta casa!

Allí quedó el cuerpo tendido, mientras el amo ordenaba traer velas. Pronto unos criados llegaron con luces. Al acercar una de ellas al rostro del muerto, el anciano de Castroverde descubrió que se trataba nada menos que del señor virrey:

-¡Santo cielo! ¡Lo he matado! -murmuró. Toda su furia se trocó en espanto. Pero rápidamente su mente reaccionó. Ninguno de sus empleados debía darse cuenta de quién era el muerto- ¡Alejaos, alejaos!

Dentro de su desesperación, comprendía que nadie podía saber que el virrey había muerto en una aventura amorosa. Habría que trasladarlo a su casa, a su cama, para después decir que había fallecido. Total, don Fernando de Castroverde era uno de los fijodalgos que estaban permanentemente junto al virrey. A nadie le llamaría la atención que muriera en su compañía. Así, lo principal, era llevarlo al palacio virreinal.

Llamó a unos ganapanes de su confianza, les explicó que el virrey había bebido demasiado, y les hizo jurar que debían olvidarse de todo lo que iban a hacer. Terminó ordenando:

-Tú, Mateo, engancha los caballos y trae la carroza grande.

Nada demoró Mateo en llegar con el coche, y don Fernando indicó a dos de los mocetones:

-Sentad a mi amigo en la carroza. Ha bebido algo más de la cuenta. Yo me sentaré a su lado. Ustedes, en el pescante de atrás con sus libreas puestas.

El coche recorrió la corta distancia y penetró resueltamente al patio del palacio. Ni la guardia ni los sirvientes pusieron obstáculos al ver a don Fernando. El caballero era demasiado amigo del virrey y muy importante. Al detenerse junto a las gradas, ordenó a sus hombres que lo ayudaran a bajarlo, y lo hicieron como quien lleva caminando a un borracho. Así llegaron hasta las habitaciones del virrey y le tendieron en la cama.

Finalmente, al quedar solo, don Fernando le cambió la camisa manchada de sangre por otra impecable. ¡Por fin ya estaba el conde muerto en su cama!

Luego se asomó al corredor:

-Mateo, déjame aquí y anda a buscar al arzobispo. ¡Pero no lo olvides, jamás debes hablar de esto! ¡Yo mismo me encargaría personalmente de eso!

Cuando llegó el arzobispo, don Fernando le contó toda la horrible verdad. Su Eminencia estuvo de acuerdo con lo que había hecho don Fernando para evitar que la noticia corriera por la ciudad, desprestigiando al virrey, y se prepararon para dar oficialmente la noticia sobre el fallecimiento de

Su Señoría. Y mientras la autoridad religiosa se encargaba de los asuntos oficiales, él corrió a su casa para cambiarse de ropa y hablar con su mujer.

Penetró hecho una tromba en la habitación de Catalina y le espetó:

-¡Mujer sinvergüenza y desleal! ¿Qué hacía ese hombre aquí en tu alcoba? La niña Catalina, que había entregado con mucha felicidad su virginidad al virrey, ya había preparado su cuento:

-Mi señor don Fernando, el Conde de Nieva vino a visitaros por un asunto urgente. Mas, al no encontraros y tratándose de algo de suma gravedad, le invité a pasar a mi alcoba ya que aún no me había acostado. ¡Pero él quiso propasarse! -gimoteó llorando- y cuando avisaron que vos acababais de llegar, se descolgó por la ventana. Pero estad seguro, mi honra no ha sido tocada. Todo sucedió tan rápido y parecía que el caballero hubiera bebido un hechizo, pues no era el señor tan gentil que he conocido en el palacio virreinal.

Estas razones tranquilizaron al anciano y se propuso contar todo al arzobispo cuando hubieran pasado las ceremonias oficiales.

Doña Catalina, en cambio, se hallaba disfrutando la maravillosa aventura que había vivido. Era la única vez que había conocido una situación tan deliciosa. Comprendía que su marido le había creído y que, por orgullo, jamás volvería a tocar el tema.

Cuando el arzobispo don Jerónimo de Loayza se enteró de lo sucedido, comprendió que debían estar metidas de por medio las tintas y los anillos del tan mentado Sarmiento de Gamboa, de quien todo el mundo hablaba maravillas. Hacía tiempo que quería echarle mano, pero no se había presentado la oportunidad. Esta vez no se le escaparía, pues creía que el virrey había sido víctima de algunos de los hechizos de este astrólogo, mago y cabalista.

El 2 de diciembre de 1564 lo llamó a su presencia en su calidad de Inquisidor Ordinario, para abrir una causa de fe. Después de la ceremonia habitual de toma de juramentos, le preguntó si era efectivo que en más de una ocasión había afirmado que poseía cierta tinta que, al escribir con ella a cierta mujer, aunque ésta lo quisiese mal, con eso lo querría a bien.

-Su Eminencia, en cierta ocasión hablando con una mulata llamada Payba de cosas necias y torpes de amor, ella me hizo la misma pregunta. Yo le respondí que en España había sabido de una tinta así, pero que no lo podía dar por cierto.

El Inquisidor le preguntó si había visto experimentar, o pensaba hacerlo personalmente, y si lo tenía por verdad o mentira.

-Esas cosas, Su Eminencia, son necedades que nunca faltan en las consejas de viejas. Pero un hombre ilustrado como yo no podría creerlas.

El interrogador no quedó muy satisfecho, pero la respuesta de Gamboa no se podía poner en duda, pues era conocido por su ilustración y enorme cantidad de conocimientos.

-Señor Sarmiento de Gamboa, también se habla de unos anillos que vos fabricáis, que llevan algunos signos cabalísticos.

-Esos signos que vos llamáis cabalísticos no son otra cosa que los signos del zodíaco, que se refieren a los movimientos de los astros en el firmamento, algo perfectamente natural creado por Dios, que no tiene nada

de malo.

-¿Acaso creéis en la astrología, esas cosas que estudian los paganos? Más adelante se citó al sujeto que había sido el secretario del conde de Nieva, Francisco de Lima, quien afirmó que conocía a Sarmiento de Gamboa desde unos seis o siete meses. Que éste le había mostrado una sortija con señales que traía en la faltriquera. Al preguntarle para qué era, Sarmiento le había respondido que se había hecho de acuerdo al arte de la astrología, y que había hecho otras dos que había obsequiado al conde de Nieva. Agregó que le había manifestado que «uno era para haber gracia con príncipes y otras personas principales y el otro para tratar con mujeres y haber gracia con ellas».

En la segunda ocasión, el Inquisidor le interrogó por los anillos:

-Cuando fabricasteis los anillos con el platero, ¿qué letras pusisteis en ellos? -preguntó con los ojillos entrecerrados- y cuando los hicieron, ¿interrumpían las martilladas, o hacían gestos o movimientos con las manos o con los ojos?

-Ni movimiento de ojos ni manos, Su Eminencia. Yo me limitaba a apurar al maestro Duarte para que terminara pronto. Las letras que pusimos en los anillos son ciertos caracteres astronómicos en lengua caldea. Y corresponden a nombres de santos que figuraban en el libro donde estaba la fábrica de estos anillos en España.

-Decidme que nombres eran, maese Sarmiento -insistió el Inquisidor.

-No recuerdo nombres ni caracteres, y al fabricar dichos anillos, sólo hacíamos interrupción en las martilladas cuando esperábamos la hora del planeta de dicho anillo.

-¿Los terminasteis el mismo día, o algunos después?

-La verdad, Su Eminencia, es que no lo recuerdo, porque no presté mayor atención a esas materias.

El arzobispo le mostró dos anillos de oro, preguntándole si eran los que había mandado a hacer al maestro Duarte. Sarmiento los reconoció afirmando que tenían los mismos signos y caracteres que aparecían en el libro que poseía.

-¡Ah!, así es que poseéis un libro con estos asuntos. Mostrádmelo, si sois servido.

Gamboa exhibió dos cuadernillos escritos en pergamino, uno de siete hojas y el otro de dos. Luego mostró un anillo de plata que afirmó pertenecer al planeta Marte. Finalmente entregó todos estos objetos al Inquisidor.

-¿No creéis que en todo esto exista algo de brujería?

-No, Su Eminencia. Me he confesado en varias oportunidades, últimamente con el padre Francisco de la Cruz en Lima, y me autorizó a poseer tales elementos, «a condición de que en ello no hubiese otra cosa sospechosa más que las reglas naturales por donde se hacen, según las matemáticas».

Días después se le interrogó sobre los cuadernillos, respondiendo que su confesor los había examinado y le había autorizado a mantenerlos «porque aquellas eran cosas naturales» en las que no había superstición.

Finalmente, después de todo el proceso, fray Francisco de la Cruz fue condenado y, entre otras penas, se le desterró para siempre de todas las Indias de S. M.

Sarmiento de Gamboa, a su vez, abjuró el 24 de mayo de 1567, condenándosele a reclusión y posterior destierro. No obstante, obtuvo del

arzobispo que le alzase la reclusión y le conmutase el destierro, dándole la ciudad por cárcel. Consiguió, además, licencia para ausentarse al Cuzco por el resto de ese año.

En noviembre de 1573 Sarmiento de Gamboa presentó de nuevo ante el Tribunal del Santo Oficio, un cuaderno de doce hojas, con el cual intentaba probar que ciertos anillos astronómicos que él hacía para diversos efectos, tenían virtud natural, y que no eran sospechosos ni supersticiosos, por lo que su autor no merecía castigos.

En enero de 1574 todavía se hacían cargos contra Sarmiento de Gamboa. Uno de ellos consistía en que mirando las manos de una mujer, le vaticinó que por su causa iban a morir dos personas de este reino. El otro, de que hablando con gente de letras, había afirmado que el Evangelio no estaba suficientemente predicado en el Perú, y finalmente el cuaderno misterioso que poseía. Sarmiento respondió que ni en España estaba suficientemente explicado el Evangelio y, respecto al cuaderno, sólo hablaba de las propiedades de algunas yerbas y piedras. Se consultó, entre otros, al doctor Cola María, por ser experto en astrología. Este informó que no había nada que temer, porque todo lo escrito era verdad.

Fue condenado por segunda vez, pero en ésta tanto el nuevo virrey como la Audiencia le encargaron, el 7 de agosto de 1579, que «por la experiencia que se sabe que tiene de la mar y de las navegaciones dellas, para que fuese a descubrir el Estrecho de Magallanes que acababan de surcar atrevidos piratas extranjeros, y verle y medirle y saber cómo corre y en qué grados está».1

Con esto se dio inicio a las más trágicas aventuras. Su principal misión era erigir en el Estrecho un par de ciudades para protegerlo de las navegaciones de los piratas. Así, fundó Nombre de Jesús, más cerca de la salida al Atlántico, y Rey don Felipe, próxima a lo que es hoy Fuerte Bulnes. Ambas villas tuvieron un pasar y un final extremadamente desgraciado, pues apenas terminó la creación de las nuevas villas, Sarmiento de Gamboa partió a España en 1586 a conseguir recursos, y jamás pudo volver.

Ambas fundaciones quedaron libradas a su suerte y fueron muriendo todos sus moradores de hambre y frío. Años después, cuando el corsario Cavendish pasó por Rey don Felipe, sólo quedaban 18 moradores viviendo sus últimos momentos. Les ofreció llevarlos al norte, pero recelaron y permanecieron en el lugar. El único que se embarcó fue Tomé Hernández que se salvó. Al ver tan gran desastre, Cavendish bautizó aquel lugar como Puerto del Hambre. Durante muchos años se creyó que había estado situado donde hoy está Fuerte Bulnes, pero un gallego, Vicecónsul de España en Punta Arenas, exploró durante largo tiempo hasta hallar los restos del funesto puerto.

Allí, donde se encontraron los esqueletos de sus moradores, se levantó una especie de altar de piedra, con forma de dolmen, que los recuerda. En una de sus caras hay una frase que hiela: «Tanto he sufrido, que merezco llamarme mártir». Y en otro de sus costados, una leyenda que demuestra el orgullo ancestral de estos seres anónimos: «ESPAÑA ESTUVO AQUI».

En su viaje a Europa para conseguir más recursos, Sarmiento de Gamboa fue hecho prisionero cerca de las islas Azores por los ingleses y conducido a Inglaterra. En octubre consiguió ser presentado a la reina Isabel, con quien habló más de una hora y media en latín, impresionándola en tal forma

que ella le otorgó la libertad y le encargó una misión confidencial para Felipe II. En diciembre de ese mismo año, cuando iba en viaje, fue hecho prisionero por unos hugonotes que obedecían al vizconde Bearne, y fue a parar a un calabozo inmundo, hediondo y lleno de ratas, donde permaneció cerca de cuatro años.

Cuando salió, en 1590, iba tullido, encanecido y sin dientes. Murió en julio de 1592, a los 60 años de edad.

El curaca Vitacura

Después que los conquistadores sentaron sus reales entre ambos brazos del Mapocho, en las tierras del cacique Huelen-Huara, procedieron a efectuar el reparto de tierras y la encomienda de los indios de todas las comarcas circunvecinas. Los caciques que gobernaban los pequeños poblados les recibieron, con reticencia algunos, y otros en abierta rebeldía. Sin embargo hubo uno que, por ser indio del Perú, les acogió con amplia hospitalidad: Butacura, o Vitacura como se mantuviera históricamente su nombre que, en lengua nativa, significa Piedra Grande. Tal denominación correspondía al cerrillo San Luis, en cuyos faldeos se levantaba la aldea de la tribu que se extendía por los alrededores. Estos eran mitimaes, o sea colonos del Inca, cuyo jefe llevaba el nombre de «curaca».

Vitacura era el encargado de recoger la producción de oro de la región y despacharla al Perú, tarea que suspendió a la llegada de Diego de Almagro, enterrando el tesoro en algún lugar de sus dominios. Bajo su gobierno la zona había logrado gran impulso, y una de sus mayores obras fue la construcción de un canal que, sacando aguas del Mapocho, se destinó a regar el valle de Conchalí. Este trabajo, realizado dificultosamente, cobró «la sangre de cinco mil indios», según el historiador Diego de Rosales.

Los primeros años de la Conquista no afectaron al pueblo de Vitacura, gracias a la amistad del curaca con los españoles. Mas, tiempo después fue asesinado y los indios de su tribu trasladados a Quillota, quedando el lugarejo despoblado. En 1546 aparecen como encomenderos en Vitacura, Gonzalo Gutiérrez de los Ríos, Diego de Oro, Juan de Vera, Alonso de Córdoba, Francisco de Riberos y Juan Almonacid.

Con este reparto de «chácaras» se reemplazó la pasividad indolente de los indígenas, por el empuje de los colonizadores que intensificaron cultivos, criaron animales, plantaron viñas, trazaron caminos y levantaron casas, bodegas e industrias. En un documento de 1591, se menciona la existencia de «chácaras e viñas e casa e heredad, bodega e lagar» en Vitacura. Y en otro, de 1579, se cita «la viña del muy ilustre señor Gobernador Rodrigo de Quiroga, ya difunto, con un vallado e tapias por cima del río».

En 1600 existían más de veinticinco dueños de tierras en Vitacura; pero la propiedad más importante, sobre la aldea originaria, era la de Jerónimo de Molina, la misma que en el siglo anterior había pertenecido a Rodrigo de Quiroga, el esposo de Inés Suárez. A la muerte de don Jerónimo, pasó a

manos de su hijo Hernando, quien vendió varios lotes dando origen a pequeñas fincas que más tarde se llamaron Lo Castillo, por don Agustín del Castillo que adquirió la mitad de la heredad; Lo Garcés, por don Juan Garcés de Marcilla; Lo Lillo, y El Golf de San Luis, terrenos, estos últimos, que pertenecieron a don Juan Miguel Riesco.

Tiempo después comenzó a figurar Lo Saldes, de los hermanos Pedro y Blas Saldes; Lo Matta, que en 1793 era propiedad de doña Mercedes Coó, esposa de don Antonio Martínez Matta; Lo Arcaya, de Ventura Arcaya en 1778.

En el aspecto religioso, sólo existía la parroquia de Ñuñoa, pero el aumento de pobladores obligó a crear vice-parroquias para atender sus necesidades espirituales. Así, en el siglo XVIII ya había una capilla en Lo Castillo donde se veneraba una hermosa imagen dorada y policromada de la Virgen del Rosario, proveniente del siglo anterior.

En la época republicana asoman nuevos propietarios: don Moisés Espoz de Lo Castillo; don Manuel Gallo Montt, de Lo Gallo; doña Benedicta Mujica, de Lo Mujica; don Miguel Comas de Lo Beltrán; Lo Cerda, de don Belisario Díaz; Lo Saravia de doña Isabel Saravia en 1861; Lo Lastra de don Ricardo Matte Pérez, dueño también de San Luis o El Golf.

Entre todo este progreso, la vida siguió apacible y lugareña con sabor típico de aldea. En un retazo de terreno, entre las chacras de Lo Beltrán y Lo Garcés, nació una chingana bulliciosa y desordenada a la que concurrían por igual señoritos y carreteros, maleantes y caballeros, arrieros y vagabundos.

En los años coloniales comenzaron a levantarse casonas que ostentaban lujo y comodidad, con arcadas, corredores y solanas, algunas de dos pisos hechas en cal y ladrillo, y otras de simples adobes. Se construyeron cercados y tapias de piedra o adobones que limitaban las propiedades. Y aunque los hacendados vivían en Santiago, había riqueza en su interior. Elegantes «cujas» o camas blanqueadas y doradas, colchón de choleta con lana y sábanas de Cambray. En vez del cortinaje que rodeaba los lechos de la ciudad, aquí se emplearon las «colgaduras de campo».

Los amoblados y decoraciones eran en todo similares a Santiago, pero adaptados a la vida rural; la destiladera para purificar el agua en el corredor, y aperos tales como el «lomillo» o silla de montar, el freno chapeado con hebillajes de plata, alforjas y enjalmas para las bestias de carga. Los caballeros, que normalmente usaban calzones de terciopelo, chupa de damasco, casaquetas de tela y capa o poncho holandés de color azul, sólo se calaban el sombrero de vicuña y las botas de paño de Castilla, con espuelas de plata, para montar los mejores potros criados en La Dehesa, llevando bajo las vestimentas la espada o el puñal en vaina de plata, o una gruesa escopeta bien a la vista.

Las señoras, en tanto, lucían sayas de brocato carmesí, mantillas forradas en terciopelo y joyas de oro, plata y concha de perla, con zarcillos, sortijas y otros adornos.

El progreso mundano invadió con feroz estruendo la apacible quietud de aquellos años; pero el viejo curaca Vitacura, cuyos huesos ya se han convertido en polvo, ríe calladamente en la cumbre del cerrillo San Luis, sabiendo que el secreto de su tesoro permanece a buen recaudo de la avaricia de los hombres.

La recoleta franciscana

En la ribera norte del río Mapocho, justo donde partía el camino de El Salto que hoy conocemos por Av. Recoleta, existía a comienzos de 1600 una pequeña capilla construida por don Ramón Aguayo en los terrenos que allí poseía. En esos años en que el turbulento río impedía el paso de los moradores de la Chimba hacia la ciudad, la rústica ermita prestaba valiosos servicios religiosos al sector, ya que el buen don Ramón se preocupaba siempre de tener un cura a mano, para que dijese misa todos los domingos.

Pasaron los años y un vecino, «capitán, maestre de campo y alférez», como le consignan los documentos, llamado don Nicolás García, adquirió la capilla de Aguayo y todo el predio circundante. Él y su mujer, doña María Ferreira, eran fervientes católicos, de avanzada edad y sin descendencia. Preocupados de que el pequeño santuario se hacía insuficiente para los cada vez más numerosos vecinos del sector que necesitaban ayuda espiritual, decidieron fundar un convento de rigurosa observancia de San Francisco, para lo cual sostuvieron una reunión con el superior de la orden, fray Francisco Rubio, en la que se acordó que en el terreno donado por el matrimonio, los franciscanos fundarían un convento de recoletos y además construirían una nueva iglesia y los claustros necesarios para albergar a los frailes que allí se dedicarían al recogimiento y meditación, a la vez que auxiliar religiosamente a los habitantes de la Chimba.

Concertado el acuerdo, el capitán García procedió a demoler la vieja capilla y las casas que él mismo habitaba, para dar paso a la nueva construcción que se inició alrededor de 1645, en tanto los franciscanos iniciaban la larga tramitación de rigor, para obtener del rey la autorización necesaria para la fundación. Por fin, el 30 de marzo de 1662, se expidió en Madrid la real concesión y, en cuanto llegó a Chile, el obispo Humanzoro se apresuró en otorgar su licencia para que los hijos de San Francisco procedieran a instalarse en el nuevo convento de la Chimba. De inmediato, los esposos García hicieron redactar el instrumento público de donación, que fue firmado sólo por don Nicolás, pues doña María declaró no saber hacerlo.

Esta primera iglesia parece haber tenido una sola nave de 60 varas de largo por 13 de ancho, y pronto adquirió gran popularidad en el barrio. Los recoletos, decididos a atraerse la protección celestial, decidieron traer a su iglesia la milagrosa imagen de la Virgen de la Cabeza, que se veneraba en España en un remoto santuario de la Sierra Morena, en la jurisdicción de Andújar, desde el año 1227. De qué medios se valieron los hermanos recoletos para conseguir la sagrada imagen, es cosa del misterio, pero no cabe duda de que la porfía y tenacidad franciscanas todo lo consiguen. La Virgen partió de España bien embalada y, tras cruzar el istmo de Panamá, llegó al Perú, desde donde continuó su viaje a Chile en un frágil barquichuelo.

Durante la travesía, un horroroso temporal arrastró la nave hasta las islas de Juan Fernández y, cuando estaba a punto de estrellarse contra el roquerío, el capitán subió a cubierta con la imagen entre los brazos. Ante su presencia, las olas se calmaron, cesó el viento y el barco continuó su viaje, venturosamente, hasta Valparaíso. Los agradecidos tripulantes escoltaron a la Virgen desde el puerto hasta Santiago, donde fue recibida por todo el pueblo y las autoridades militares y religiosas, que ya conocían el milagro.

A partir de aquel suceso, la iglesia de los recoletos fue de permanente atracción para los chimberos, que concurrían ciertas veces al año a hacer penitencia y, como no cabían todos en el templo, se daban azotes a sí mismos al aire libre, para castigar a la carne rebelde, en tanto las mujeres recitaban el Credo en alta voz y con los brazos levantados en cruz. Cuenta don Abel Rosales que, siendo aún muy pequeño, su madre lo llevaba a estas misiones penitentes; hasta que en cierta ocasión otro pecador, nada experto con el látigo, le atizó un rebencazo en la oreja que lo dejó bastante maltrecho.

La imposibilidad de cruzar el Mapocho en invierno, hizo que los moradores de Santiago acudieran a la iglesia de los recoletos sólo en primavera y verano, aprontando aperos y monturas como quien sale para el campo. El resto del tiempo era una odisea ver cruzar el río a algún jinete que llegaba a la otra orilla gracias a la enorme energía del potro que montaba, contando como una gracia: «vengo de la ciudad», al extremo de que todos lo festejaban. Sólo en 1681, gracias a la incansable laboriosidad del presidente Juan Henríquez, se levantó el primer puente sobre el Mapocho, frente a la Recoleta Franciscana, hecho de cal y ladrillo sobre basamentos de piedra. Esta obra de arte vino a solucionar el aislamiento de la Chimba y aumentó considerablemente la clientela de los buenísimos franciscanos, entre los que se contaba el «siervo de Dios», fray Pedro Bardesi, que tantos milagros hiciera en favor de los desamparados. Su celda, ubicada en el primer patio del convento, está señalada hoy por una modesta columna.

El terremoto de 1730 afectó seriamente el edificio, principalmente a la torre, y debieron atender rápidamente a las reparaciones. El verdadero transformador fue el hermano sacristán Francisco Vega quien hizo un excelente trabajo. Por aquellos años, los claustros formaban una construcción baja, rodeada de corredores, en los cuales había gran cantidad de cuadros de santos. La iglesia mantenía sus dimensiones originales, y el coro bajo poseía un órgano separado del altar mayor por una reja de madera torneada. En la sacristía, un cuadro de fray Bardesi, cuatro lienzos de Santa Pelagia y otro de San Francisco en el sepulcro. En 1748, una inundación del Mapocho echó por tierra el puente de cal y ladrillo que levantara el presidente Juan Henríquez, dejando nuevamente aislados a los recoletos y a todos los habitantes de la Chimba. El padre guardián inició en 1762 una larga tramitación para conseguir que se construyera otro, aunque fuera de madera. Finalmente, tras diversos estudios, se levantó uno aprovechando las ruinas del anterior, sobre las que se colocaron tablones, horconería y vigas de madera en bruto, que tomó el nombre de Puente de Palos de la Recoleta y que duró hasta comienzos del siglo siguiente, siendo reconstruido en 1829.

Tras un largo tiempo de beatífica tranquilidad, dedicada a sus labores religiosas, los acontecimientos de la Independencia vinieron a turbar la paz del convento. Después de la batalla de Chacabuco, no encontrando locales para alojar a los diferentes cuerpos del ejército de los Andes, se les repartió en varios conventos, tocando a la Recoleta Franciscana la artillería que combatió después en Cancha Rayada y en Maipo a las órdenes de Blanco Encalada, quien, tras esta última batalla, volvió a ocupar los claustros hasta 1820, en cuyo año los devolvió.

Pero los sacrificados recoletos no alcanzaron a vivir un año en su convento. En 1821, con motivo de los apuros que pasaba el erario para mantener la guerra en el sur, especialmente contra el montonero Benavides, el gobierno de O'Higgins decidió que las Monjitas de la Victoria entregasen su convento, ubicado en calle de las Monjitas esquina de 21 de Mayo, para que fuese vendido en lotes como una forma de sufragar los gastos. Tal decreto ordenaba el traslado de las religiosas a la Recoleta Franciscana, que los frailes debían desocupar mudándose a la Recoleta Domínica.

La orden gubernamental colmó la paciencia de los franciscanos que llevaban años sin poder dedicarse a su labor. En cuanto supieron que debían desocupar los claustros, arrojaron todo cuanto poseían a la calle y a la plazuela en acto de protesta, incluyendo una valiosa biblioteca de más de 5.000 volúmenes, entre los que se contaba una colección de manuscritos con la historia del convento. Los comedidos de siempre se robaron cuanto encontraron, dejando a los religiosos con los brazos cruzados. Finalmente, llevando el Sacramento bajo un palio, salieron en procesión hacia la Recoleta Domínica seguidos por gran gentío. Sólo en diciembre de 1837, cuando las monjas partieron a ocupar su nueva residencia, volvieron los franciscanos, al mando del padre Infante, a reocupar su convento.

En 1843, el padre Vicente Crespo inició los trabajos para reconstruir la iglesia. El gobierno aprobó los planos en 1845 y Antonio Vidal inició las obras empleando cal y ladrillo, o simplemente los ladrillos pegados con un barro muy ligador. La iglesia comprendía tres naves con 14 columnas y 13 altares, uno de los cuales continúa dedicado a San Antonio de los Pobres, imagen sumamente milagrosa que debe superar con creces los 200 años. Las influencias bávaras son claras en el altar de San José y en el hermoso púlpito. En el primer patio del convento se mantenía, desde la época de los primeros religiosos de la Recoleta, un hermoso lúcumo cuyo tronco medía más de un metro de diámetro, que estaba con fruto todo el año. Y eran tan deliciosas sus frutas, que todas las noches se oían las pisadas clandestinas de algunos frailes que iban a sacar fruta, algunos a pedradas, otros encaramándose con grave peligro, pues muchos de ellos terminaron en un soberbio porrazo.

Al poniente del convento, existía un terreno llamado «El Arenal», que se pobló de rancherías sucias y gente de mal vivir. Con el tiempo, ese sector pasaría a constituir lo que hoy es la Vega. La plazuela ubicada frente a la Recoleta, servía de descanso a quienes cruzaban el Puente de Palos en viaje al norte, y allí se reunían los fieles después de terminada la misa.

En la época en que los franciscanos recuperaron su convento, surgió la figura de fray Andrés Filomeno García, más comúnmente conocido como fray

Andresito, que recorría Santiago pidiendo limosnas para su convento y para los pobres. Son innumerables los hechos que justifican la petición de su beatificación, pero el menos conocido, es que fue compañero de Ramón Boza, uno de los conspiradores del motín que llevó a la muerte al ministro Portales. Este hombre, con su conciencia cargada por el peso de la culpa, recogió la cabeza de Vidaurre después de su ajusticiamiento y entró de lego a la Recoleta Franciscana, donde mantenía sobre la mesilla de noche la calavera del que fuera su amigo. Boza acompañó muchas veces a fray Andresito en sus recorridas repartiendo el bien, y durante las noches cargaba a su lado una cruz a cuestas para seguir el Vía Crucis alrededor de la iglesia en construcción.

Al terminar el siglo pasado, en 1868, el templo recibió algunas mejoras, como la construcción de la torre y el altar de Santa Filomena que son obras del arquitecto Fermín Vivaceta.

El Barrabás Meneses

Después de que el pueblo de Concepción depusiera al entonces gobernador don Antonio de Acuña y Cabrera, la Corona se vio en duros aprietos para designar un nuevo mandatario en esta lejana colonia que tantos gastos le significaba y tan poco le producía.

El primer reemplazante, nombrado por el Conde de Alba de Liste, virrey del Perú, fue el almirante don Pedro Porter Casanate, quien después de tratar de enfrentarse con el desastroso estado de la guerra de Arauco, falleció en Concepción el 27 de enero de 1662, dejando de nuevo el caos en el país.

Asumió entonces el maestro de campo Diego González Montero, quien había tenido una actuación sobresaliente en las acciones de Arauco, especialmente durante los ataques del Toqui Pelantaru. Poco estuvo en el cargo, sólo tres meses en forma interina, por una simple razón: ¡porque era criollo y no español venido de la península!

El nuevo virrey del Perú, don Diego de Benavides y de la Cueva, Conde de Santiesteban del Puerto, otorgó el nombramiento al general don Ángel de Peredo, mientras el Rey no dispusiera otra cosa, ya que en la corte se andaba buscando a un personaje maravilloso que pusiera fin a la guerra interminable de los araucanos.

La decisión pasó por varios nombres ilustres, pero unos se murieron, otros no aceptaron, hasta que finalmente designaron al general de artillería don Francisco Meneses y Brito, originario de nobles familias portuguesas, conocido ya en España por el mote de «El Barrabás».

Había servido en Milán, Flandes, Portugal y Cataluña, en numerosas batallas, pero siempre terminaba desobedeciendo a sus superiores, o batiéndose a duelo con alguno de sus compañeros, ocasiones en que demostraba la destreza escuderil de un espadachín de Castilla. Hombre aficionado a los perros y a los caballos, había adquirido gran reputación como excelente jinete y, más aún, como toreador de a caballo, actividad

reservada entonces a los nobles. Muchas veces había terminado herido o procesado, pero siempre encontraba un alto protector que lo amparase de la justicia militar.

Entre éstos, se encontraba don Juan de Austria, uno de los más acreditados generales de España por sus constantes victorias. Hijo natural del Rey, era el jefe del partido que combatía al príncipe heredero. Tenía tal influencia en la corte, que nada le costó conseguir la gobernación de Chile para su protegido don Francisco de Meneses.

No obstante, la guerra de Arauco era para España la simple pacificación de un territorio rebelado. Como no era una guerra declarada, no se le consideraba «guerra viva», y el personal que combatía en ella carecía de los privilegios y honores de un ejército en campaña. Meneses, al participar en las acciones bélicas en Europa, estaba bajo los privilegios y goces de todos los ascensos y remuneraciones extraordinarias. A fin de no perder estas prerrogativas, consiguió a través de su protector que el Rey reconociera la guerra en Chile como «guerra viva», con todos los honores y privilegios de que gozaban los combatientes de España, Italia y Flandes.

Finalmente, partió de Cádiz con una compañía de trescientos soldados veteranos que él mismo escogió entre sus antiguos combatientes. Para qué decir los altercados que tuvo en el viaje con el almirante que venía al mando de la flotilla, al igual los incidentes que promovieron sus hombres, hasta que al fin, después de muchas alternativas, emprendió la marcha por tierra desde Buenos Aires hasta la ciudad del Mapocho, donde inició de inmediato sus peleas haciéndole un horrendo desacato al obispo, fray Diego de Humanzoro, que debía darle la bienvenida con agua bendita e incienso. El mandatario venía rodeado de una aureola de hombre galante, soltero y enamorado aunque cargaba ya cincuenta años. Pero las niñas de la sociedad santiaguina se desvivían por conocerlo, a pesar de su fama, pues lo que son pecados para los hombres son virtudes para las damas.

En ese tiempo los presidentes llegaban por la actual calle del Puente, que se alfombraba desde la esquina con Santo Domingo hasta la entrada de la Catedral, donde era recibido por las autoridades religiosas y civiles. A su vez, las familias más empingorotadas levantaban estrados a lo largo de esta cuadra para no perderse detalle del acontecimiento. Y mientras más importante era el personaje, más cerca de la Plaza se instalaba.

Normalmente los nuevos mandatarios se apeaban del caballo en la esquina anterior, al comienzo de la alfombra, para caminar sobre ella hasta el encuentro con las autoridades en la Plaza. Barrabás comenzó por no detener el caballo, que fue quien puso las herraduras sobre la alfombra, y continuó acercándose a la plaza. Mientras lo hacía, su mirada comenzó a hurgar entre la muchedumbre, en busca de las niñas más hermosas, hasta que su mirada quedó clavada, como una saeta, en la hija de don Francisco Bravo de Saravia y Sotomayor, uno de los hombres más empingorotados de este apartado florón. La niña Catalina de Saravia, que recién salía de la pubertad, se puso roja como una grana, y luego lívida a punto de sufrir un desmayo.

Al llegar al estrado, don Francisco desmontó de un salto para los saludos de bienvenida, pero antes, se dio vuelta buscando el hermoso rostro que había encontrado, sintiendo que su aventurero y galante corazón, se había

flechado intensamente por la joven más hermosa que había contemplado en su vida. Y se mantuvo tanto rato mirándola, que además de cometer con ello una falta de respeto a su padre, hizo que el obispo se sintiera despreciado, diera media vuelta y se metiera al templo.

En otra ocasión contaremos este desaire. Cabe sólo recordar que al no encontrar al obispo, se fue a la iglesia de Santo Domingo, de donde salió profiriendo los más soeces y procaces epítetos que nunca nadie antes había escuchado contra la primera autoridad espiritual del Reino.

Luego, nuevamente trepado en el estrado, en vez de prestar su atención a los altos funcionarios que habían debido caminar a pie detrás de su caballo en la esquina de la recepción, comenzó a buscar de nuevo entre la multitud, hasta que sus ojos encontraron la faz angelical de la niña Catalina y, al no quitarle la vista de encima, toda la concurrencia comenzó a mirar para donde él miraba, siendo la jovencita el punto de convergencia de todos los ojos. El general Francisco Bravo de Saravia se puso rojo por la falta de prudencia y respeto del recién llegado gobernador, y estando a punto de decirle algunas franquezas, fue detenido por su cuñado Fray Pedro de Henestroza, que estaba sentado a su lado. Finalmente, con airosa gallardía el galante mandatario hinchó el pecho, arqueó el brazo y con elegante movimiento se quitó el emplumado sombrero e hizo la reverencia más rendida y elegante de un cortesano, que dejó a todos los santiaguinos boquiabiertos, pues jamás habían visto algo tan elegante.

Todos los caballeros se quitaron los chambergos, inclinándose hacia el suelo, para responder a tamaña solemnidad. La única que no contestó el saludo fue la niña Catalina que se desmayó en los brazos de su madre, incapaz de resistir tanta emoción.

Luego el gobernador ingresó al Palacio, para que todos concurrieran a «besarle las manos». Apenas terminada esta ceremonia, llamó al capitán de su guardia, José de Noriega, para hablarle de la niña. Al verlo tan desasosegado, Noriega pensó que el ánimo de su amo se debía al altercado con el obispo, mas Barrabás le detuvo y le confidenció que le había impresionado vivamente la niña Catalina, hija de uno de los más copetudos señores de la capital. Por último, le encargó que fuera a la casa del señor Bravo de Saravia, para presentarle sus respetos y anunciarle la visita que le haría al día siguiente. Noriega, que le conocía bien, selló sus labios y salió haciendo sonar sus espuelas sobre el enladrillado del Palacio.

Alrededor de las diez de la mañana del día siguiente, se organizó un lujoso cortejo en la acera norte de la Plaza. Adelante, dos trompetas que rompieron en marcial clarinada para dar inicio a la caravana. Más atrás, seis alabarderos de coraza, luego numerosos señores montados en caballos cubiertos por elegantes gualdrapas, seguidos por el Alférez Real que esta vez llevaba el pendón de Meneses en un alabarda ricamente aderezada. Seguía a continuación la calesa del gobernador tirada por tres parejas de mulas blancas con penachos rojos, que sacudían sin cesar sus pretales tapujados de campanillas. En el coche iba sentado don Francisco de Meneses con la mano sarmentosa aferrada a los gavilanes del espadín, y luciendo un traje de granada recamado de oro, sobre el que destacaba el albo del hábito de Santiago con su cruz roja a la altura del corazón.

A ambos lados de la carroza marchaban con señorial empaque diez lacayos llevando los escudos nobiliarios con las armas de los Meneses, que publicaban a los cuatro vientos los linajes del personaje. Atrás de la calesa caminaba el mayordomo del presidente y luego una compañía española de jinetes-lanzas con el capitán Noriega a la cabeza.

Tal boato, desplegado en la primera visita que hacía el nuevo gobernante a la casa de un elevado personaje, causó gran revuelo entre todos los moradores que se agolparon en la Plaza, y luego siguieron su marcha por la calle del Rey (Estado), donde el alma engolillada de la vieja España palpitaba en esa hilera de tapiales blanqueados a la cal. La comitiva se detuvo al llegar a la Cañada, en cuya esquina se alzaba la casona señorial de don Francisco Bravo de Saravia, que le esperaba en el zaguán, acompañado por toda su parentela alineada hasta la «cuadra», a lo largo del primer patio, donde la visión morisca recobraba expresiva luz sobre los naranjos y toronjos que manchaban con un verde sombrío los largos corredores. Allí se encontraban don Juan Rodulfo Lisperguer y Solórzano, don Pedro Prado de la Canal, don Gaspar de Ahumada, don Pedro de Torres, don Blas de los Reyes, don Manuel Muñoz de Cuéllar, don Ignacio de la Carrera y demás invitados.

Al bajar de la carroza, don Francisco le estiró la mano, y el presidente le echó los brazos de acuerdo al protocolo. Luego de numerosas dadas de mano, ingresaron a la «cuadra» sobre cuyo estrado se hallaba la señora de la casa, doña Marcela de Henestroza, y la niña Catalina que temblaba con el ansia angélica y perturbadora de su emoción.

Sí, de emoción porque ella también había quedado hechizada por la mirada penetrante de este hombre gallardo, ágil, elegante, airoso, rodeado por una nube de hablillas que lo hacían más atrayente. Desde que le vio apearse de un salto en la Plaza con la maestría de un atleta, le llamó la atención su figura de modales cortesanos. Era todo un caballero hijodalgo, de sangre y naturaleza, de casa infanzona y solariega, pendón y caldera. Además su mirada, que la penetró hasta sus más recónditos pensamientos de niña, había conseguido perturbar su imaginativo cerebro.

Ahora, en su casa junto a su madre, observó que el elegante personaje se inclinaba profundamente para besar la mano de su madre. Mas, cuando luego se dirigió a ella, el hombre dobló una rodilla y se hincó en tierra para coger su mano y besarla, reteniéndola más allá de lo acostumbrado junto a la boca. Esto colmó la admiración de la joven, quien nunca había sido tratada así.

No pasó mucho tiempo sin que la gente comenzara a hablar de él. Los de más copete, por su familiaridad con la gente humilde; otros, porque asistía a cuanta fiesta le convidaban, donde bailaba y zapateaba con las muchachas como si tuviera veinticinco años.

A poco de llegar se procuró perros y caballos que eran su principal afición, al igual que las toreaduras que se realizaban en la Plaza de Armas. Según cuenta don Francisco de Pineda y Bascuñán, en una de esas ocasiones un toro arrancó del lugar y Meneses «dando voces, dio tras él con pretal de cascabeles, corriendo por las calles entre los vaqueros con desjarretaderas, y algunos lisonjeros que le siguieron corriendo por las calles hasta el río, siguiendo el toro. Y ese día, queriendo hacer un lance a un toro que traía una soga arrastrando, lo tuvo tan descompuesto

fuera de la silla y los brazos sobre el cuello del animal, que a no ser tan manso, que después de mal herido no hizo movimiento alguno, lo postra por los suelos y pudiera sucederle algún mal caso, acciones todas que han causado grande risa, dando a entender muy poco juicio sin maduro acuerdo».

Y mientras se mantenía como un calavera y despreocupado, su corazón no conseguía la paz que había turbado la hermosura de esa jovencita que se llamaba Catalina. Se había apasionado de ella con toda su infanzona arrogancia. Desesperado, buscaba todos los medios para llegar hasta ella. Un día llamó al capitán de su guardia, José de Noriega, quien, al verlo tan desasosegado, pensó que el ánimo de su amo se debía a alguno de sus muchos altercados. Mas Barrabás le detuvo y le confidenció que se había enamorado como un chaval de la niña Catalina, agregando que no había encontrado el medio para tomar contacto con ella. El capitán, que lo conocía bien, le pidió que dejara eso en sus manos. Él hallaría la forma. Noriega, que le venía acompañando desde hacía tiempo, era hombre experto en ardidés y pronto descubrió que la joven tenía como chaperona a una negra vieja y gorda que habitualmente iba a hacer compras de alimentos a la calle de la Nevería. No le costó nada hacerse el encontradizo y dejar que la mujer divisara abundantes monedas de oro en su mano. Cuando se percató de que había concitado su atención, le preguntó:

-¿Sabéis la forma en que una criada como vos puede hacerse de muchas de estas monedas?

-¡No me lo puedo imaginar, Su Merced! -respondió la negra poniendo los ojos redondos al contemplar el oro.

-Tienes bajo tu cuidado a la hermosa niña Catalina, ¿no es cierto?

-¡Y vaya que la cuido como un tesoro!

-Sé de un caballero que sería muy generoso contigo, si sólo le hicieras llegar una misiva.

-¿Sólo eso, señor? -preguntó, incrédula.

-Nada más, pero en absoluto secreto. Nadie debe imponerse. Es un caballero muy principal, que está tan profundamente enamorado de la niña, que sufre mucho. Creo que si accedes a llevarle la carta, te regalará cuatro de estas monedas.

-¿Cuatro...?, señor. Decidle que prepare el papel. Yo estaré mañana a esta hora aquí mismo.

De más está decir que la criada llevó varias de las más románticas cartas, en ambos sentidos, que establecieron una expedita comunicación. La niña, retrechera al comienzo por temor a ser descubierta, aceptó por fin responder impulsada por la impresión que un caballero tan distinguido y cortesano había producido en ella.

Tres meses después, Catalina permitió que don Francisco se acercara a la casa cuando estuviera oscuro, para hablarle a través de la reja de su ventana.

Esa noche, dos negras sombras salieron del Palacio con el rebozo ocultándoles el rostro, y cruzaron la Plaza, unida de la benéfica paz de antaño, mientras el sereno gritaba la hora, y luego caminaron por la calle del Rey hasta la esquina de la Cañada, junto a la cual corría un cequión ancho y desparramado. Uno de ellos permaneció de guardia alcanzando a ver el portón del zaguán que daba para la calle del Rey, mientras el otro,

caminando a todo el largo de la pared de adobes, se detuvo frente a una ventana y dio unos discretos golpecitos con los nudillos. Pocos momentos después, se entreabrieron las hojas de los postigos y don Francisco distinguió en la oscuridad la silueta de la niña Catalina.

Largo rato permanecieron diciéndose ternezas a través de la reja, hablando alternadamente entre murmullos, mientras los labios masculinos no dejaban de besar la mano candorosa de la niña. Tan abstraídos estaban en su amor, que no escucharon los avisos del fantasmón que había quedado en la esquina. Finalmente, preocupado por su jefe, el capitán Noriega, que era la sombra, le gritó que había salido gente de la casa, y que huyera mientras él los contenía. Pero eso era lo peor que le podían decir a Barrabás Meneses, y mientras la joven se escondía cerrando rápidamente la ventana, don Francisco enfrentó a los que venían desenvainando la espada.

-¡Alto, si queréis conservar la vida! -gritó Meneses.

-¡No os mováis, pícaros! -se escuchó la voz de don Francisco Bravo de Saravia que avanzaba seguido por dos guardias.

Ambos grupos se enfrentaron, haciendo chocar los aceros que relucieron a la escasa luz de la noche. El ruido de las toledanas se mantuvo unos instantes, hasta que se abrió el postigo de la ventana y se escuchó la voz lastimera de la niña que les gritó que se detuvieran.

Los combatientes bajaron las armas, estupefactos unos y avergonzados los otros.

El gobernador se disculpó de inmediato, aseverando que todo era producto de la fatalidad. En cambio el señor de Saravia, ultrajado, le espetó:

-¡No os vayáis, gobernador, debéis pagar la ofensa que habéis inferido a mi casa! ¡Defendéos! -y largó un par de golpes a su adversario.

Pero éste no podía responderle. Sólo atinó a decir:

-¡Don Francisco, jamás he intentado ofenderos! ¡Oídme por favor y quedaréis satisfecho!

-¡No existe satisfacción que me podáis dar, salvo casaros de inmediato con mi hija!

-¡Invitadme a entrar en vuestra casa! ¡Este no es el lugar para pedirnos perdón!

Al ingresar al zaguán, el capitán Noriega le tiró de la capa, advirtiéndole:

-¡Huyamos, he visto allá adentro al padre Henestroza! ¡Os casarán ahora mismo!

-¡Deja, mequetrefe, eso es el cielo para mí!

El señor de Saravia lo condujo a la sala donde tenía su escritorio. Allí estaba el padre Henestroza y se agregaron doña Marcela y la joven Catalina.

-¿Deseáis a doña Catalina de Saravia y Henestroza por esposa...? -preguntó el padre Henestroza, y después del sí de Meneses, continuó diciendo:- y vos Catalina, ¿aceptáis por esposo a don Francisco de Meneses y Brito...?

Al poco rato, el cincuentón, mujeriego y galante gobernador de Chile, estaba desposado con la más hermosa de las muchachas que podía encontrar en el reino, y quizá en toda América. Mas, a una autoridad de su nivel le estaba prohibido contraer matrimonio sin permiso del Rey, y menos con una criolla, por lo que el buen padre Henestroza se encargó de extender la partida a nombre de Francisco Brito y de Catalina de Zárate.

Franciscanos versus franciscanos

Durante el período colonial, las elecciones de autoridades en los conventos religiosos se transformaban en grandes acontecimientos, ya que no sólo era de interés entre los miembros de la colectividad, sino además de la inmensa parentela que tenían afuera.

Ocurrió que en diciembre del año 1699, se celebró entre los franciscanos una elección de provincial, en la que resultó elegido el padre Agustín Briceño, hombre de reconocidos méritos y todos le dieron la obediencia sin mayores protestas. Pero el candidato perdedor, fray Tomás Moreno, no aceptó su derrota y envió a España a un religioso para que fuera a dar cuenta a las autoridades de la Orden y al Rey de las irregularidades que estaban sucediendo.

Quizá qué dijo el enviado, o Moreno tenía alta influencia en esas esferas, pero volvió con Letras Patentes y Cédulas Reales, que anulaban las elecciones realizadas, ordenaban efectuar unas nuevas, y nombraban a fray Moreno como Visitador Extraordinario, Juez en Comisión Especial y Presidente del capítulo que se iba a realizar.

En cuanto fray Moreno tuvo en sus manos estos pliegos, y aprovechando que el provincial elegido Briceño andaba visitando los conventos del sur, se fue directo donde el padre Guardián del Convento de la Cañada, fray Sebastián del Casso, que en esos momentos tenía la máxima autoridad en Santiago, y luego de notificarle de las disposiciones del Rey, le exigió que le reconociera como máxima autoridad franciscana en Chile.

El padre Guardián fue a visitar al gobernador del Reino don Tomás Marín de Poveda, y a los miembros de la Real Audiencia, quienes le aconsejaron que mientras no se aclarase el asunto, entregara el cargo. El padre Casso aceptó ser destituido, pero pidió a las autoridades que tanto a él como a su secretario fray Pedro de Mesa, fueran ubicados en un lugar donde no recibieran molestias del padre Moreno.

Al padre Briceño llegaron noticias de lo que estaba ocurriendo en Santiago, por lo que agarró su mula y partió hacia la capital, no sin antes avisar a todos los guardianes y superiores de los otros conventos de que se viniesen a Santiago, porque correspondía realizar un nuevo Capítulo.

Cuando estuvieron reunidos en el refectorio, Moreno ordenó que los frailes salieran al patio, en señal de que le reconocían como su autoridad. Todos lo hicieron, menos Briceño que se consideraba el provincial en ese momento. Al ver que los demás miembros de la orden habían obedecido a Moreno, no le quedó otra que dirigir un largo y extenso memorial a la Real Audiencia.

Esta corporación estudió el caso con mucha atención, toda vez que circulaban rumores que estaban llegando franciscanos de todo el país, y de que muchos que le habían dado obediencia a Moreno, ahora se la estaban negando. La Audiencia comprendía que se estaba incubando un encuentro que

podría provocar muchos escándalos y alborotos. También se supo que Moreno, a su vez, había «hecho venir más de diez frailes del Convento de San Francisco del Monte, religiosos, mozos y coristas, los que hacía dormir en su celda para guarda de su reverencia».

No debe extrañarse de que estas cosas ocurrieran en esos años del Chile indiano. Los religiosos de esos tiempos eran todos españoles y, como tales, de carácter recio y tozudos. Muchos habían estado en Arauco, por lo que las más de las veces estaban dispuestos a arreglar un asunto a palos, antes de ceder posiciones.

Finalmente, se tomó la decisión de efectuar una reunión con el obispo de Santiago, don Juan de la Puebla y González, que tenía enorme ascendiente sobre los religiosos, a la que deberían asistir el gobernador, los oidores y los dos frailes contendientes. Briceño y Moreno defendieron firmemente sus posiciones, y no se llegó a otro acuerdo que mientras se consultaba al Comisario General de la Orden en el Perú, el padre Mora, los partidarios de Briceño se recluirían en la Recoleta Franciscana y los de Moreno en el convento de la Cañada.

Después de este acuerdo, fray Briceño partió a Lima para alegar sus derechos ante el Comisario General; por su parte, Moreno envió a fray Buenaventura de Zárate, para que lo representara.

Mientras esto sucedía, los dos grupos iniciaron una serie de actividades dirigidas a ganarse la voluntad de la población, y en más de alguna ocasión se encontraron, echándose bulliciosas interjecciones y produciéndose ásperas discusiones que hicieron intervenir a los alguaciles para evitar que llegaran a las manos. Fue tanto lo que esta situación afectó a los vecinos, atentos con guarda y respeto a lo que ocurría, que muchos decidieron alejarse de la capital para no verse envueltos en el conflicto, a tal extremo, que el gobernador Marín de Poveda tuvo que publicar un bando en que se prohibía ausentarse de la ciudad so pena de 500 pesos.

Ya se había producido un rebato y reencuentro entre los de la Recoleta que fueron a buscarle camorra a los de la Alameda, demostrando una vez más que los bravos franciscanos sabían manejar tan bien los puños como el misal. Pero frailes, moradores y guardias que intervinieron, salieron llenos de chichones y moretones, mientras los ojos de los mulatos atisbaban desde los tejados vecinos.

En otra ocasión, los de la Alameda fueron a atacar a los de la Recoleta, acompañados por la fuerza pública que iba armada con lanzas y bayonetas. Mas los porfiados briceñistas les hicieron frente con palos y puños con tanta energía, en una batahola de gritos y carreras, que les impidieron entrar al convento situado en los andurriales.

Desesperados por tamaña tozudez, los morenistas sitiaron la Recoleta para reducirlos por hambre. Una manada de corderos destinada a los sitiados fue cogida por los atacantes y llevada a la Casa Grande con gran alegría.

Entretanto, como el proceso se alargaba demasiado y el hambre comenzó a apretar, los briceñistas, no embargante tanto despliegue, decidieron romper el cerco pese al mayor número de enemigos que les esperaba en el exterior.

Esta vez participaron los vecinos de ambos bandos y la toletole fue sensacional. Palos, puñetes y piedrazos les mantuvieron entretenidos

durante largo rato, hasta que la superioridad numérica de los asaltantes decidió la victoria, obligando a los briceñistas a replegarse al convento. Las escaramuzas duraron varios meses, y no faltaba noche en que algunos «mochos», tras comerse una enjundiosa cazuela para afirmar mejor los puños, fueran a buscarle camorra a los legos del otro convento.

Después de tres meses, el comisario de Lima decidió enviar a Chile al padre Pedro Guerrero con el carácter de Comisario Provincial, y con la suficiente autoridad para imponerse personalmente de los hechos y para tomar la autoridad absoluta en Chile.

Al presentar sus credenciales al padre Moreno, éste las rechazó porque lo desposeían del mando, alegando que sus documentos estaban por encima de los del padre Guerrero, pues provenían del Rey y del Superior de toda la orden franciscana. A su vez, los franciscanos de la Recoleta no cabían en sí de contentos.

El padre Guerrero, desobedecido por esta parte de la orden que se declaraba en rebeldía, sentía perder los estribos de la paciencia dando manotazos a trasmano y recorriendo los corredores del convento a grandes trancos, hasta que decidió acudir a la Real Audiencia para que ésta proporcionara los medios para entrar en posesión de su cargo. El tribunal se impuso de los documentos y ordenó al alguacil mayor y a un escribano, para que fueran a notificar al padre Moreno. Éste oyó la notificación a través de la puerta de su celda cerrada, y manifestó que en esos momentos no podía alegar, pues se encontraba enfermo.

Ahora fue la Audiencia la que se indignó. Los señores oidores redactaron, con toda solemnidad, el siguiente documento: «mandamos que ninguna persona de este reino, de cualquier condición que sea, acuda con socorro, limosna ni emolumento alguno temporal a los religiosos del Convento Grande de San Francisco; que los deudores de censo o de cualquier otra obligación no sean osados de pagar, ni misas ni funerales, sino al Comisario Padre Guerrero; que los molineros, panaderos y panaderas no muelan trigo ni den pan a los dichos frailes, ni carnes ni bastimento alguno, so pena de doscientos pesos si fueren personas de calidad y principales, y de doscientos azotes si fueren de baja esfera».

Además, con el fin de poder sitiarse por hambre al convento, encargaron al oidor don Diego de Zúñiga y Tobar, para que con el auxilio de la fuerza pública, impidiera la entrada de comidas al convento. Pero los morenistas se rieron largamente, pues tenían bien provistas sus bodegas con el acopio diario de las chacarillas del convento.

Indignada, la Real Audiencia dio orden de extrañamiento, o sea debería salir del país rumbo a Lima, el padre Moreno y otros de sus seguidores, los padres José y Vicente de Quero y Hernando de Alvarado.

El oidor Zúñiga fue con un escribano a notificar al padre Moreno, el que se negó a escucharles. Así y todo, el escribano leyó el documento y el oidor le advirtió que si no salía por su propia voluntad, lo sacaría con la fuerza pública. Al salir el oidor, los frailes que estaban encaramados en la torre comenzaron a lanzar piedras. Pero parece que estos proyectiles iban dirigidos contra los franciscanos de la Recoleta, que estaban a punto de entrar en el Convento Grande. Se les ordenó retirarse, pero cuando el oidor ordenó a los guardias que fueran a echar abajo una tapia de la huerta del convento, fueron pocos los pobladores que ayudaron, por lo que

el señor oidor pidió el concurso de los de la Recoleta que aparecieron como sopladados por las mil chispas del brasero. Sin embargo, era tanta la nube de piedras que hubieron de suspender el trabajo. Mas el señor oidor no podía aceptar ser detenido a pedradas, por lo que mandó traer barretas y otras herramientas, hasta que abrieron un forado en la muralla. Pero a medida que iban entrando, arreciaron las piedras, pedazos de tejas y palos. Además, a medida que iban entrando por el hoyo de la pared, los frailes les iban aturdiendo con sendos palos en la cabeza, hasta que el tropel de asaltantes les superó en número y se armó un campo de Agramante en que sables, bayonetas, picas, lanzas y palos formaban tal enjambre, que nadie sabía a quien le pegaba. Los franciscanos, que trabajaban personalmente el campo que rodeaba el convento de la Alameda, estaban en excelentes condiciones físicas y comenzaron a expulsar a los invasores. En esos momentos una turba de beatas armadas con lo que pillaron a mano, atacaron a los soldados con una lluvia de golpes enardecidos. Los pobres se defendieron con las culatas y lograron rechazarlas, mientras los de afuera consiguieron perforar la tapia de la huerta para ampliar el boquete. El oidor Zúñiga, con voz de calvatuerno, reunió sus tropas y lanzó un organizado ataque contra los sitiados que les esperaron en fila compacta. El choque fue arrollador, y pese a que algunos legos esgrimían ya candelabros y reclinatorios, hubieron de replegarse hasta la puerta que comunicaba la huerta con el convento, que los frailes habían tapiado con adobes, en tanto otros se colgaron de las campanas llamando a todos sus feligreses a defenderlos. Nuevamente hubo que emplear las herramientas para demoler el obstáculo, hasta que penetró al convento un tropel de gente armada y los religiosos recoletos en una hilera de oscuros entrecejos. Algo más tarde, una vez detenidos los responsables de este alboroto, ingresó el padre Guerrero y tomó posesión solemnemente de su cargo, con lo que se logró la tranquilidad habitual. Al día siguiente, zarparon a Lima el padre Moreno y sus seguidores más recalcitrantes, en el galeón San Fermín, para ser puestos a disposición del Comisario General Franciscano del Perú, cumpliéndose aquello de «váyase el muerto a su sepultura y el vivo a la hogaza».

Fray Bardesi

Don Francisco Bardesi, vasco nacido en Orduña, Vizcaya, el 2 de agosto de 1637, había viajado a América con sus dos hermanos en busca de fortuna, quedándose en 1659 en el puerto de Veracruz en Méjico. Juan, el mayor, y Francisco, siguieron la carrera de marinos mercantes en la nave Nuestra Señora de la Encarnación, de otro vasco, don Juan de Urdanegui. Después de trabajar cuatro años como simples tripulantes y otros dos como pilotos, alcanzaron el grado de capitán. Más adelante se les unió el hermano menor, Pedro, que había comenzado dedicándose al comercio del tabaco, pasó a

desempeñarse como secretario y terminó también de capitán.

Comenzaron traficando entre Panamá y Callao, pero pronto extendieron su comercio hasta Valparaíso, y finalmente se establecieron en Santiago, donde don Francisco abrió una tienda en la calle del Rey, en la que vendía mercaderías importadas. Su éxito económico, le llevó a comprar una buena cantidad de terreno que partía desde La Cañada frente al cerro Santa Lucía y se extendía hacia el sur y el oriente. Más tarde loteó gran parte de estas tierras, manteniendo una quinta con las casas patronales en plena Cañada, esquina de una calle que se abrió por el costado de su propiedad y que pasó a llamarse del Carmen.

Su hermano menor, Pedro, probó suerte en variadas profesiones: mercader, escribiente y ensayador de metales en Potosí, y finalmente viajó a Chile para cumplir un voto que había hecho de entrar como lego franciscano en la Recoleta.

Cuando fray Juan de la Concepción tronaba sermones contra los herejes que habían profanado los vasos sagrados e incendiado las iglesias en la Serena, daba como única solución al desagravio la erección de un convento carmelita. Don Francisco Bardesi y su mujer doña Bernabela Hermúa de la Cerda, que no tenían hijos, se sintieron tocados y mutuamente acordaron ofrecer para el convento, las casas que ellos tenían frente al cerro Santa Lucía.

Cuenta la tradición que al capitán le habían sucedido ciertos hechos inexplicables. Cada tarde, al regresar a su casa, veía en el pajar una luz encendida. Alarmado de que algún fuego pudiese propagarse, se acercaba con rapidez; pero, al entrar, la luz desaparecía misteriosamente. Pronto germinó en su mente la idea de que Dios tenía destinado aquel lugar a otro fin.

Cuando las monjitas llegaron a Chile, el capitán Bardesi «ya tenía la casa con nueve celdas, un coro con tres escaños y dos campanillas colgadas de una ventana; rejas para la capilla y al lado derecho un comulgatorio; una portería con su torno; un locutorio con sus respectivas rejas y una sala capitular; la cocina con hornos adecuados para cocer el pan, y otras oficinas más o menos bien dispuestas»² El pajar se había convertido en capilla, y en el exacto punto donde se aparecía la misteriosa luz, quedó instalado el sagrario.

Hemos visto que el hermano menor del capitán Bardesi, Pedro, ingresó de lego a la Recoleta Franciscana y con toda humildad se dedicó a limosnero. Al poco tiempo la gente comenzó a hablar maravillas de él. Se comprobó que el fraile tenía el don de la bilocación, o sea, que estando en algún lugar, se aparecía en otro para evitar que alguien cometiera un pecado. Muy comentado fue el caso de un señor que envenenó cierta cantidad de rapé, para ofrecerla a un sujeto a quien quería matar. Se le apareció fray Bardesi y le pidió que le entregara la cajita que llevaba en el bolsillo. Como el hombre se negara, el fraile le dijo saber que él pensaba matar al otro, que por eso le pedía el rapé, para evitar que cometiera tal pecado. También se supo el caso de una mujer que, agobiada porque no podía pagar el arriendo de su casa, pensaba entregarse a cierto individuo que le daría el dinero necesario. Cuando iba en camino, se encontró con fray Bardesi quien le pasó la cantidad que la mujer necesitaba, pidiéndole que no cayera en el pecado.

Cierto día en que almorzaban juntos, fray Pedro quedose de repente dormido, totalmente inmóvil. Su hermano, creyéndole en sueños, no quiso interrumpirlo; mas, al cabo de un rato fray Pedro abrió los ojos y dijo: «Nuestra madre acaba de morir en España, he asistido a su muerte». Algún tiempo después, ambos hermanos recibieron cartas de parientes de España, en que le contaban el deceso de la señora, coincidiendo fechas y horas, y el hecho de haber visto a fray Pedro al lado de su cama al momento de expirar.

Este santo varón era limosnero, y parte de las limosnas que obtenía, las compartía con las monjas carmelitas.

Fray Bardesi murió el 12 de septiembre de 1700, a las cuatro de la mañana, a la edad de 59 años. Lo mantuvieron expuesto al público durante tres días, lapso en que se mantuvo «flexible, con un aspecto de persona viva y de una blancura singular». 3

Fue enterrado en el presbiterio de la iglesia de San Francisco en la Alameda; mas, cuando en 1863 se quiso hacer una exhumación, no se encontraron vestigios de sus restos. Sin embargo, cosa curiosa, en El Arca de Tres Llaves, que son las crónicas del convento del Carmen Alto, las monjitas reconocen poseer la calavera del venerable franciscano desde fines del siglo XVIII. ¿Cómo fue a dar allí sin que se abriera su tumba hasta mucho después?

El corregidor Zañartu

¿Sabía usted que 176 años después de su muerte, el corregidor don Luis Manuel de Zañartu volvió a cruzar el Mapocho y se paseó por la ciudad de Santiago? Efectivamente, en 1958 las monjas carmelitas trasladaron sus restos y los de su esposa, desde el convento de San Rafael que él fundara en Av. Independencia, al nuevo monasterio de calle Vicente Pérez Rosales en La Reina.

Este atrabiliario personaje colonial había nacido en 1723 en la villa de Oñate, provincia de Guipúzcoa en España, y llegado a Chile aún siendo niño. Forzado a dedicarse a los negocios a temprana edad a causa de la muerte de sus padres, sus carácter se formó tenaz, duro y enérgico. Comenzó dedicándose a la compraventa de frutos del país; mas pronto su actividad incansable lo llevó a traer fierro desde España y maderas del sur chileno. Se transformó, así, en un importador y exportador de importancia, y a poco andar consiguió reunir una de las fortunas más sólidas de la época.

El prestigio de que gozaba y su personalidad avasalladora, le llevaron a ser nombrado Corregidor y Justicia Mayor de Santiago. La capital era, en 1750, un poblachón chato y polvoriento, sin grandes construcciones. Zañartu soñaba con dotarlo de obras grandiosas al estilo de las capitales europeas. Y por eso se empeñó en un proyecto que desde hacía tiempo dormía a la espera de los fondos necesarios: la construcción de un puente que uniera la ciudad con el barrio de La Chimba (actual Independencia).

Ante los ojos atónitos del populacho, comenzó a reunir los materiales en un trajinar agotador. Carretas y mulas acarreaban piedras desde los cerros Blanco y San Cristóbal. En diversos puntos de la ciudad montó hornos para fabricar los 600.000 ladrillos que hacían falta, en tanto empezaba a trasladar y quemar 10.000 fanegas de la cal que se producía en La Calera del Rey. Ni las gallinas se libraron del genio implacable del corregidor. De ahí en adelante deberían poner, a lo menos, unos 300 huevos diarios hasta completar los 500.000 que se emplearían en el mortero para pegar los ladrillos.

Su tozudez vasca le permitió iniciar las faenas en 1767. Pero como las arcas reales estaban vacías y los «voluntarios» escaseaban, decidió construir una especie de presidio provisional en la ribera norte del río, para instalar a los reos que trabajarían, encadenados de a dos, en la obra del puente. Las faenas comenzaban al amanecer y los golpes de escodas y martillos se confundían con el ruido de las cadenas y los chasquidos de los latigazos que caían sobre los lomos de los más remolones. Allí trabajaron, esclavizados, negros, mulatos, mestizos, españoles, portugueses y 28 araucanos. Estos últimos, haciendo gala del temperamento de su raza, se sublevaron a pesar de las cadenas, y sólo a garrotazos consiguieron calmarlos.

El irascible corregidor se impacientaba porque las obras no avanzaban con la suficiente celeridad. Y para aumentar la cantidad de presos, penetraba en las tabernas y chinchales de los barrios bajos y arrastraba a rufianes, pendencieros y jugadores. Al corto tiempo las cantinas se hallaban vacías; pero los domingos en la noche la recogida de borrachos era suculenta y conseguía mantener, en forma casi permanente, hasta 200 trabajadores diarios.

Pero Zañartu no sólo era fiero y valiente, sino también orgulloso y arrogante. ¿Podría creer usted que siendo tan buen negociante haya gastado \$ 20.000 para no pagar \$ 6 de impuesto que le cobraron por las propiedades que poseía en España?. Su indignación le llevó a viajar a la península y, tras un costoso proceso, logró probar que era noble. Por lo tanto, estaba exento de esa obligación. ¡Todo un vasco, al fin!

Su casa señorial se levantaba en la esquina de las actuales calles Mac Iver y Merced. Allí vivía con su esposa doña María del Carmen Errázuriz y Madariaga, quien le dio dos hijas: Teresita y María de los Dolores. Cuando éstas eran adolescentes, quedó viudo y, sin más ni más, decidió que ambas deberían tomar el hábito de las monjas carmelitas. Y para ello, nada mejor que construir un nuevo monasterio. Una vez conseguidos los permisos, después de engorrosos trámites, inició las obras que incluyeron templo y convento, en un terreno ubicado frente a su casona de campo en plena Cañadilla (Av. Independencia). Como todo lo que él hacía, las construcciones fueron grandiosas y resistentes y perduran hasta el día de hoy.

En 1783 el Mapocho creció inusitadamente y se salió de su cauce. Las aguas subieron a más de un metro de altura en las casas, arrastrando piedras y lodo. Las monjitas debieron refugiarse en el coro hasta ser salvadas a lazo por sus parientes y por los frailes dominicos.

Era tan mala la comida que le daban a los presos que pronto se hizo vox populi. El Presidente Benavides le invitó a una cena en el Palacio de

Gobierno. Concurrieron, también, algunos oidores y miembros del Cabildo que se habían confabulado para gastarle una cruel broma. Zañartu se presentó elegantemente vestido con una casaca de espléndido paño rojo. Cuando le preguntaron qué comían los presos, respondió que pan y charqui, y más de alguna vez un buen valdiviano. Le advirtieron que la cena se había preparado con los mismos ingredientes. Trajeron a la mesa una olla con un caldo color chocolate y, al destaparla, todos vieron cómo nadaban ahí los gusanos.

¡Horror! ¡Qué repugnancia! Todos gritaban, unos a favor y otros en contra de Zañartu. Fue tanta la indignación de don Luis Manuel que casi le dio una apoplejía, y se retiró sin hablar.

A los pocos días murió de un ataque al corazón. Era el 15 de abril de 1782. Hacía un mes que se había terminado el puente de Cal y Canto. Su imagen quedó impresa en la mente de los santiaguinos. Cuentan las leyendas que cuando el Mapocho inundó la ciudad, se vio a su calesa recorriendo las calles. ¿Imaginación o fantasía? Lo cierto es que cuando se exhumaron sus restos para efectuar unos arreglos en el templo de San Rafael, encontraron su cabeza y brazo derecho incorruptos.

Magallanes descubre Chile

-¿Por qué habéis cambiado el rumbo sin consultar con los capitanes de las naves? -pregunta, de mal modo, Juan de Cartagena que comanda el galeón San Antonio, y agrega:

-El Rey me ha nombrado Persona Conjunta y debéis actuar en forma coordinada conmigo.

-No reconozco a ninguna Persona Conjunta. Yo tengo el mando superior de la Escuadra y no tengo que dar cuenta de mis decisiones a nadie -responde secamente Hernando de Magallanes.

-¡Tenemos la misma jerarquía, señor capitán!

-¡Cuando os dirijáis a mí, debéis tratarme de capitán general!

-¡No lo haré! -grita Cartagena, en el paroxismo de su enojo.

Magallanes se acerca y lo coge fuertemente del pecho. Su mano nervuda y poderosa aprieta fuertemente. Sus labios se abren sólo para decir:

-¡Daos preso! -y ordena al alguacil que lo ponga en el calabozo. Es tan grande la impresión de los capitanes y pilotos, que no atinan a reaccionar. Cartagena pide ayuda, mas la presencia del almirante es imponente y nadie osa mover un dedo. Sus ojos penetrantes van de uno a otro, desafiantes, taladrando sus cerebros, helando sus voluntades.

El rebelde es conducido al cepo. El capitán Luis de Mendoza suplica que no se le engrille en atención a su rango de noble español. Magallanes accede y lo deja en arresto bajo su cuidado.

Estos hechos suceden cuando la escuadra se encuentra aún en las costas de África. Desde que partieron de Sevilla, los capitanes españoles han demostrado su molestia de ser mandados por un portugués. Pero es Magallanes quien ha firmado las capitulaciones con Carlos V y no dejará

que le arrebatan la autoridad. Demasiado esfuerzo le ha costado montar esta empresa en la que nadie cree.

Rechazado por el rey del Portugal, ha ido a España a ofrecer sus servicios a Carlos V. En una época en que todos creen que América se extiende de polo a polo, Magallanes afirma que conoce un paso que comunica el Atlántico con el Pacífico, por donde se puede viajar hasta las islas de las especias navegando hacia el oeste que es dominio español. Cuando el rey lo recibe, debe exponer el Consejo de la Corona, del cual es miembro el cardenal Juan Rodríguez de Fonseca, que ha sido enemigo declarado de los viajes de Colón, Balboa y Cortés.

Magallanes hace tal disertación, que despierta el interés del Consejo con sus conocimientos y experiencia. Al final, hace entrar en la sala a su esclavo malayo y a una muchacha de Sumatra que les habla en lengua cantarina.

-Pero, ¿cómo cruzar América que llega hasta el Polo? -le preguntan.

-Conozco el paso -es la seca respuesta. La verdad es que sus estudios lo han llevado a la conclusión de que existe.

El terrible obispo Fonseca apoya el proyecto de Magallanes y el rey también. Los demás deben sumarse a la aprobación y el 22 de marzo de 1518 se firman las Capitulaciones Reales. El rey Manuel de Portugal comprende la oportunidad que ha perdido al rechazar a Magallanes, y envía a España a Álvaro da Costa. Este lleva por misión soplar en todos los oídos importantes, con el objeto de hacer fracasar la empresa. Como no obtiene éxito, es enviado un nuevo espía, Sebastián Álvarez, que constantemente crea problemas a Magallanes. Pero la voluntad de este marino es indomable, y a pesar de los inconvenientes logra montar una flota compuesta por cinco naves, que zarpa de Sevilla el 10 de agosto de 1519.

Después del conato de sublevación de Luis de Cartagena frente a las costas de África, cruzan el Atlántico y recalán en Río de Janeiro donde los indios les reciben cariñosamente y los proveen de alimentos. Magallanes advierte que está en territorio portugués y continúa al sur. Cuando llegan a la boca del Río de la Plata, no caben en sí de felicidad. Creen que es el paso que tanto han ansiado. Pierden mucho tiempo explorando antes de convencerse de que sólo es un río.

Continúan viaje y arriban a San Julián, una bahía en la que permanecen cinco meses capeando el invierno. Pero la estada allí no va a ser tranquila, pues pronto estalla un motín. El mismo Juan de Cartagena que protagonizó el incidente anterior, se une con los capitanes Gaspar de Quesada y Luis de Mendoza, y se apoderan de tres naves durante la noche. Magallanes comprende que está en terrible desventaja, al advertir que sobre las cubiertas enemigas se hallan preparados los cañones y arcabuces. Pero este hombre es excepcional, justamente porque se agranda en el peligro. Cuando cualquiera habría capitulado, Magallanes se domina, piensa, calcula serenamente. Si sólo pudiera hacerse de una de las naves rebeladas, cambiaría las condiciones. Los otros han dado el golpe de noche, al amparo de la oscuridad y mientras todos dormían. Pues bien, él lo dará a plena luz del día y cuando menos lo esperen. Mediante un zarpazo certero ejecutado por su hombre de confianza, el alguacil Gonzalo Gómez, logra apoderarse de la nave de Luis de Mendoza y cambia la situación. Luego una andanada de arcabucería termina con la sublevación y Magallanes

aplica severa justicia. Gaspar de Ahumada es decapitado y Juan de Cartagena junto al capellán Pedro Sánchez de Reina son condenados a quedar abandonados en la playa con una ración de alimentos.

Zarpan hacia el sur y el 21 de octubre divisan una larga lengua de tierra que se interna en el mar. Los barcos se aproximan, exploran y recorren su perfil. Finalmente dan la vuelta y comprenden que es un cabo. Lo bautizan con el santo del día: Cabo de Vírgenes. ¡Magallanes ha descubierto tierra chilena!

Más allá se abre una enorme bahía. Es tan grande que puede ser la entrada del estrecho que buscan. Pero no. Son ya demasiados los fracasos para hacerse falsas ilusiones; que dos naves se adelanten a reconocer el interior. Pasan cuatro días y no regresan. Deben haber naufragado. Cuando ya han perdido las esperanzas, el quinto día aparecen las velas de los exploradores. ¡Es el Estrecho!... ¡Es el Estrecho!... En ese alarido, que cunde de nave en nave, arrojan todas sus tensiones. Así sueltan sus temores, las incertidumbres y doce meses de congojas. Es el bramido que transforma el miedo en alegría y la duda en seguridad.

Después de permanecer cinco semanas en el interior del estrecho, salen al Pacífico y navegan al noroeste. Pero desaparecen los vientos y los barcos no avanzan. Los alimentos disminuyen y el agua está hedionda y podrida en los toneles. Cunde la debilidad y los marineros se arrastran desfallecidos y moribundos.

Cuando están a punto de morir, llegan a las islas Marianas donde consiguen alimentos. Prosiguen la travesía hasta que arriban a la isla Samar en Las Filipinas, y luego se traslada a Zebú, cuyo rey es civilizado y acepta someterse a la corona española. Para apoyarlo, Magallanes las emprende contra los que mandan en las islas vecinas. En una de esas acciones muere Hernando de Magallanes el 27 de abril de 1521, a los 41 años de edad. Tras muchas alternativas, el resto de la expedición regresa en una sola nave a Sevilla, al mando de Juan Sebastián de Elcano.

¡Han dado la vuelta al mundo en tres años!

La Compañía de Jesús en la colonia

La víspera de la llegada del nuevo año de 1765, estuvo marcada por una curiosidad expectante de toda la población santiaguina. Caballeros y damas de copete, funcionarios secundones, criados negros con libreas verdes, tropeles de chiquillos, gran cantidad de «rotos» y muchos huasos venidos desde el campo, todos esperaban anhelantes las doce de la noche, hora en que el recién instalado reloj en la iglesia de la Compañía, marcaría el término del año que se iba y el inicio del que llegaba.

A medida que el momento se acercaba, aumentaba el nerviosismo. Hasta la fecha, los santiaguinos calculaban las horas por el sol o por los campanazos de la torre de Santo Domingo, en cuya sacristía los padres habían instalado un pequeño reloj. A su servicio estaba un «mocho» que era el encargado de tocar las campanas justo a cada hora.

Esto de un reloj inmenso colocado en lo alto de la torre, con horarios y minutereros que cualquiera podía consultar desde lejos, y con un mecanismo mágico que le hacía dar las horas por sí solo, era un acontecimiento que no todos se acertaban a explicar. Por eso, cuando justo a las doce se escuchó la primera campanada, algunas señoras se desmayaron, las beatas se santiguaron, los negros se pusieron blancos y hasta los chiquillos y perros callaron. Los doce toques parecieron larguísimos y más de alguno pensó que podía venir un nuevo terremoto.

El grandioso instrumento de 2,50 mts. de diámetro era obra del hermano relojero Pedro Roetz, coadjutor de la Compañía de Jesús, que había demorado trece años en fabricarlo. Dos enormes pesas colgaban de sendas cadenas: una daba movimiento a la maquinaria del reloj, y la otra a la combinación de campanas con que tocaba las horas, las medias y los cuartos. La esquila de las horas se llamaba «la Angélica» y pesaba diez quintales; la de los cuartos, «la Dolores» que llegaba a siete. Las cuatro esferas dominaban Santiago.

Fue tan cuidadosa su fabricación, que jamás se descompuso durante los setenta y seis años que marcó las horas con admirable precisión. Sólo dejó de funcionar cuando las llamas del incendio de 1841 lo derrumbaron desde su alto sitio. Y fue tan noble, que tocó hasta antes de caer.

En 1722 arribó a Chile un brillante jesuita alemán, que en su anterior vida laica había sido Herr Karl von Haymhausen, hijo segundo de los condes de Flainhausen, de Baviera, emparentados con la casa real de Austria. De meteórica carrera en Europa, no valieron los ruegos de sus condiscípulos ni las influencias de su familia, para hacerle desistir de su propósito de venir a Chile. Aquí fue un talentoso orador y ejerció la cátedra de Teología Dogmática. Al poco tiempo fue designado Procurador General de la Compañía, y en esa calidad debió trasladarse a Roma en un viaje que le tomó cerca de siete años. Su principal tarea era traer a Chile los elementos que estimara necesarios para el progreso de la Orden.

Los procuradores que anteriormente habían ido a Europa con el mismo encargo, se habían dedicado a reunir eminentes sabios, humanistas y teólogos. Pero el padre Haymhausen quería traer ahora artesanos, los mejores que encontrara, pues opinaba que en Chile había exceso de sabios y faltaban buenos artífices.

Recorriendo diferentes países reunió cuarenta «hermanos coadjutores», entre los que venían tres plateros, cuatro fundidores, dos relojeros, siete pintores, dos escultores, cinco ebanistas, seis carpinteros, tres boticarios, cinco tejedores y tres bataneros, todos ellos artistas consumados, que iniciarían una nueva era en el arte y la industria nacionales. Los tesoros que ellos dejaron, aún pueden admirarse en la Catedral de Santiago y otros lugares.

El reloj de la Compañía no fue la única obra del padre Roetz. Mientras trabajaba en él, profundizó sus estudios matemáticos para construir dos relojes más, gemelos, que aparte de dar las horas y los cuartos, indicaban las fases de la luna, la elíptica del sol y el movimiento de todos los satélites de nuestro sistema planetario.

Francisco de Aguirre, rumbo para el Tucumán

Ocupado estaba Francisco de Aguirre en La Serena realizando sus faenas de colonizador, cuando recibió un correo del gobernador Pedro de Valdivia que lo llamaba con urgencia a Concepción. Y pese a que contaba ya con 51 años de edad, nada demoró don Francisco en montar su caballo para iniciar ese viaje de 1.200 kilómetros hacia la ciudad penquista.

Valdivia se hallaba preocupado por graves acontecimientos que ocurrían en la región de Tucumán, zona norte de lo que más tarde sería la República de Argentina, territorio que caía dentro de la gobernación que le había sido conferida a él.

El licenciado La Gasca, gobernador del Perú, había comisionado a Juan Núñez de Prado para conquistar y gobernar la región del Tucumán. Prado había marchado a su destino y echado las bases de un pueblo con el nombre de Barco, donde había establecido su residencia. Mas, al pasar por sus alrededores una columna de 200 españoles que traía Francisco de Villagra de refuerzo a Chile, Núñez de Prado la había atacado, desconociendo así la autoridad de Valdivia. El gobernador de Chile, celoso de su jurisdicción, decidió apoderarse definitivamente del Tucumán, enviando allí a un gobernador nombrado por él mismo. Sólo le faltaba el hombre preciso, y echó el ojo a su infatigable conquistador Francisco de Aguirre, quien con temple de acero había domeñado el norte de Chile, que comenzaba a dar muestras de una extraordinaria prosperidad. Por eso lo había llamado a Concepción.

El 8 de octubre de 1551 le extendió el nombramiento de gobernador del Tucumán. Y con el documento en la mano, don Francisco reemprendió la fatigosa jornada hacia La Serena, desde donde iniciaría la conquista del territorio que se le había encomendado. Finalizaba ya el año de 1551 y para realizar el cruce de la cordillera había que aprovechar los meses de verano. Tuvo que retardar la expedición un año más, pues Valdivia no pudo proporcionarle los soldados necesarios. Además Aguirre debía dejar organizadas las cosas en La Serena y en Copiapó mientras durara su ausencia. Había, también, que esperar la próxima cosecha para reunir los víveres y demás elementos de civilización.

Sólo al llegar la primavera de 1552, Aguirre tuvo acopiado en La Serena todo lo que necesitaba para emprender la larga y difícil jornada hasta el Barco.

Echando mano a sesenta mil pesos de su propio peculio, Aguirre logró montar un escuadrón de unos sesenta soldados, entre los que se contaban algunos capitanes distinguidos, un buen número de parientes y numerosos indios auxiliares que cargaban los bultos. Llevaba caballos, pólvora, fierro, arcabuces, armas diversas, semillas, plantas frutales y herramientas de labranza.

No bastaba con conquistar un territorio. Había que hacerlo rendir para que procurara la alimentación de los nuevos colonos que allí se instalarían.

No eran muchos los soldados que le acompañaban, pero el carácter indomable de Francisco de Aguirre y la confianza absoluta que tenía en su valor, se comunicaban a los que le rodeaban. A mediados de noviembre de 1552 inició

el cruce de la cordillera de los Andes, que realizó sin mayores problemas. Pero al llegar a la región donde hoy se halla la ciudad de Salta, fue atacado por los calchaquíes y diaguitas, aborígenes que defendían valientemente su suelo. Aguirre actuó con su acostumbrada energía y logró dominarlos cuando hizo prisionero al cacique que los comandaba. La fama de invencible del férreo conquistador ya había llegado a esos lugares. Entretanto, Núñez de Prado había mudado varias veces de lugar a la ciudad, provocando un inmenso malestar entre los colonos que habían debido abandonar las casas y campos que trabajosamente labraban. Prado era cruel, apasionado e inconstante, y los pobladores comenzaban ya a odiar a este gobernador que no les daba reposo. Cuando Francisco de Aguirre entró en la ciudad de Barco, provocó tal sorpresa y pánico, que se apoderó de ella sin disparar un tiro. Apresó a Núñez de Prado y lo envió a Pedro de Valdivia acompañado de una buena escolta. Asimismo, desterró a varios españoles que eran afectos al destituido gobernador y formó un nuevo Cabildo. El deplorable estado en que encontró la colonia de Tucumán, le decidió a emprender un nuevo viaje a La Serena en busca de mayores recursos, cosa que hizo antes de la llegada del invierno. A su regreso, trasladó la ciudad un cuarto de legua más al sur y cambió su nombre de Barco por Santiago del Estero del Nuevo Maestrazgo. Santiago del Estero es la ciudad más antigua de la República Argentina y tuvo por fundador a Francisco de Aguirre, uno de los más importantes y valerosos conquistadores de Chile.

Los agustinos en Valparaíso

Tan pobre era la población de Valparaíso por el año de 1627, que cuando los padres agustinos solicitaron licencia para fundar allí un convento, el obispo Salcedo la denegó diciendo que no era necesaria otra iglesia, aparte de la parroquial, «por no haber más gente en el puerto que el cura y un hombre casado».

Sin embargo, los religiosos tomaron posesión el 27 de enero de un terreno que les donaron el capitán Juan Rodrigo de Guzmán y su mujer doña María Hernández, juntamente con los vecinos Nicolás Octavio y Diego de Ulloa, para que fundaran su convento bajo el nombre de Nuestra Señora de la Regla y San Nicolás de Tolentino del Puerto.

El padre Alonso de Aillón Bela se instaló en Valparaíso en compañía de otro religioso, para desarrollar su labor cristiana; y lo hizo con tanto celo, que poco después, el 23 de octubre de 1727, el capitán Domingo García y Corvalán, escribano de Su Majestad, les cedió toda una quebrada que poseía en el puerto, con casas y demás pertenencias. Poco antes, el 21 de julio, el gobernador de Chile don Luis Fernández de Córdoba y Arce, había concedido la licencia para la fundación. Esto provocó una airada reacción del obispo Salcedo, enemigo acérrimo de las órdenes religiosas, quien escribió al Rey pidiendo se diese cumplimiento a una Bula de Paulo

V, en el sentido de que debían ser demolidos todos los conventos que no contaran con un mínimo de ocho religiosos. Los agustinos se defendieron aduciendo razones de peso; mas el Rey ordenó la demolición de sus casas. Sin embargo, los años pasaron durante el pleito y la muerte del obispo Salcedo, acaecida en 1634, acabó con esta serie de querellas y litigios. La orden agustina, que desde su llegada a Chile había encontrado la más violenta oposición de franciscanos, dominicos y, finalmente del obispo Salcedo, sacó más fuerzas de esta lucha. Así, el 31 de enero de 1638 celebró su Cuarto Capítulo para elegir al Prior Provincial, justamente en el convento de Valparaíso, en cuya quebrada de San Agustín podrían sustraerse a las influencias de los oidores y otros nobles caballeros. En aquella ocasión resultó elegido el padre maestro Pedro de Hinostroza, miembro de la más rancia nobleza de la Colonia y dotado de grandes merecimientos.

Años más tarde, el fundador del convento de Valparaíso, padre Aillón Bela, erigió en esta ciudad una Casa de Recolección que encargó al padre Diego Ramírez, para que en ella se recogiesen aquellos religiosos dotados de un espíritu de rígida observancia.

Un siglo después, en 1786, el padre Juan de Dios Contador emprendió la restauración completa del convento, edificando un ángulo entero de celdas y corredores y dorando el altar mayor y el púlpito. En 1803, el padre prior Nicolás Castillo dotó a la orden con un nuevo templo.

Llegaron los tiempos de la Independencia y nació la República. Los caudillos de nuestra liberación, que miraban con desconfianza toda relación con España y cualquier dependencia de Roma, comenzaron la reforma de los Regulares en Chile. El 6 de septiembre de 1824, Freire decretó una serie de medidas destinadas a recluir a los frailes en sus conventos y a privarles de sus propiedades, que pasaron a pertenecer al Gobierno. Muchos conventos fueron cerrados y otros quedaron a cargo de un clérigo o de un capellán.

La orden de los agustinos se vio reducida a la más triste condición. El convento de Valparaíso fue regentado por capellanes que lo tuvieron en tal descuido, que al hacerse cargo nuevamente la orden en 1831, el padre Francisco Silva dejó constancia en los Libros de su Oficio que había gastado más de \$ 600 en refacciones, por haber pasado seis años sin que nadie mirase por su cuidado.

Pero no duró mucho tiempo el convento en manos de los religiosos. Por aquellos años se levantaba el edificio de la Aduana, y el gobierno pidió a los agustinos que le vendiesen iglesia y claustro para dar cabida a aquellas construcciones. No pudiendo negarse, el provincial José de Lara firmó la venta el 3 de mayo de 1836 por la suma de \$ 30.129 y cuatro reales. Viéndose sin casa, el prior Francisco de Borja Pérez instaló una modestísima capilla en una pieza de otra parte de la ciudad, a cuya puerta decía misa los días de guardar.

Sólo en 1841, bajo el provincialato del padre Nicolás Castillo y Meneses, hombre que pese a sus 76 años poseía una energía incansable, se logró adquirir otro terreno para construir el nuevo convento e iglesia, frente a la Plaza de la Victoria, la más importante del primer puerto del Pacífico.

A ello se aplicó el prior Francisco de Borja Pérez, pero como el convento

de Valparaíso estaba destinado a sufrir todos los infortunios de la orden, fue imposible reunir las limosnas necesarias para completar la edificación, y el provincial Francisco Díaz se vio obligado a decretar la suspensión de las obras. El padre Pérez, que por tantas había pasado, acudió a la Corte de Apelaciones, y siéndole adverso el fallo, se presentó al Consejo de Estado consiguiendo el mayor de los éxitos: no sólo lo repusieron en su puesto, sino le devolvieron además la existencia al suprimido convento.

Casi tres décadas después, en 1871, el arzobispo Valdivieso solicitó a la Santa Sede la supresión del convento de Valparaíso, aduciendo que sólo disponía de un sacerdote y de un lego. El Vaticano accedió a la petición; mas el arzobispo, temiendo que los frailes recurrieran al gobierno civil como en otras ocasiones, logró que el presidente de la República, sobrino suyo, escribiera al Papa solicitando el convento agustino de Valparaíso para erigirlo en parroquia. Una vez conseguido esto, vino un largo pleito por el pago de la propiedad, que terminó por adjudicar a la orden una cantidad tan pequeña, que no le alcanzaba siquiera para construir los muros de una nueva iglesia.

Y ésta fue otra estación más del largo vía crucis que debieron vivir los hermanos de San Agustín desde su llegada a Chile.

José Antonio Manso de Velasco

El fundador de ciudades

Este gobernador de Chile, que ejerció su mando entre los años 1733 y 1745, dedicó gran parte de su gestión a la fundación de ciudades.

En los primeros días de agosto de 1740 se instala en el convento de Curimón y escucha los alegatos en favor de tierras a uno y otro lado del río Aconcagua. El cura Gabriel Soto elogia los campos de Curimón que desde el tiempo de los incas ha sido un pueblo donde se cruzan cuatro caminos. Fray José de Rojas y Ovalle defiende los terrenos que don Andrés de Toro Mazote ha ofrecido al otro lado del río. Estos cumplen, una a una, las disposiciones de Carlos V sobre fundación de ciudades. El gobernador, de rostro distinguido, amplia frente y ojos escrutadores, recorre personalmente ambas comarcas, y decide levantar la ciudad en las tierras de Toro Mazote. El 4 de agosto de 1740 se lee el acta que funda San Felipe, el Real, y da las instrucciones para que se proceda al trazado de la villa que cumplirá más tarde adelantadas normas de urbanismo.

En febrero de 1742 funda Santa María de Los Angeles en la isla de La Laja. Pocos días después da vida a Nuestra Señora de las Mercedes de Tutubén, más conocida como Cauquenes. Dos meses más tarde traslada el pueblo de Talca a un terreno donado por los agustinos y lo bautiza como San Agustín

de Talca. En mayo establece San Fernando de Tinguiririca en honor al príncipe de Asturias.

El año siguiente erige en Rancagua Santa Cruz de Triana en terrenos donados por el cacique Tomás Guaglén, y ordena que la plaza de este pueblo se trace en forma de Cruz. En 1744 crea San José de Buena Vista en Curicó y ordena fundar una villa en Copiapó, donde sus habitantes viven diseminados, con el nombre de San Francisco de la Selva.

Progreso colonial en Chile

La exportación de sebo y de trigo al Perú, el contrabando desde Buenos Aires y el establecimiento de los buques de registro, da gran vida al comercio. Y al crecer la riqueza de los pobladores, aumenta el número de consumidores de mercaderías europeas.

Al ritmo de este comercio los pequeños traficantes que venden por los campos a lomo de mula, se convierten en importadores y comienzan a gozar de la opulencia y del respeto. Es el nacimiento de las fortunas y linajes vascos.

Los comerciantes de Chile piden a Manso de Velasco que se cree un Tribunal del Consulado que atienda la administración de justicia en los asuntos mercantiles. El virrey del Perú autoriza que los mercaderes de Santiago formen el nuevo organismo, y que elijan anualmente de entre ellos a un diputado que sustancie causas y pronuncie sentencias.

Reforma del Ejército

Manso de Velasco, que tiene gran experiencia como hombre de armas, piensa que una fuerza militar menos numerosa, pero de mayor calidad y disciplina, puede imponer respeto a los araucanos. Tras un serio estudio de la organización castrense, eleva al monarca un proyecto de reducción del ejército, con mejoramiento de sueldos, armas y vestuarios. El estudio llama la atención de Fernando VI, quien le ordena redactar los reglamentos para llevarlo a cabo.

El ejército de la frontera queda compuesto por 750 plazas distribuidas en 10 compañías de infantería y 6 de caballería. Y los uniformes que se establecen en Chile se extienden a toda América y a España. Por aquellos llegan, también, los primeros fusiles.

Virrey del Perú

A fines de 1744 es nombrado virrey del Perú. Dos años después un terremoto destruye Lima y Manso de Velasco se aplica a su reconstrucción. Su gobierno dura dieciséis años y es uno de los más útiles en el Perú. En 1748 es agraciado con el título de Conde de Superunda por sus servicios.

Regreso a España

EL Rey autoriza su petición de regresar a la patria. Cuando se halla en La Habana en espera de la escuadra que lo ha de llevar a España, se conoce la declaración de guerra entre ésta e Inglaterra. Pronto llega la noticia de que en las islas vecinas se reúne una flota formidable para atacar Cuba. El mariscal Juan de Prado Portocarrero, capitán general de la isla, organiza una junta consultiva de guerra y nombra presidente de ella a Manso de Velasco, que ya tiene 74 años de edad y nada sabe de las defensas de Cuba.

La isla es atacada y tras 67 días de asedio debe rendirse. Velasco es hecho prisionero por los ingleses y lo trasladan a Cádiz. Allí es sometido a un consejo de guerra junto a los oficiales que han participado en la derrota.

Carlos III dicta sentencia en 1765. Manso de Velasco es suspendido por 100 años de sus empleos militares y por el mismo lapso debe vivir desterrado a 40 leguas de la corte. A los 77 años de edad don José Antonio Manso de Velasco es confinado a la ciudad de Granada, donde debe llevar una vida modesta y oscura.

Dos años después, triste y abandonado, fallece el gran gobernador de Chile.

Casa de huérfanos

Don Juan Nicolás de Aguirre fue uno de los hombres acaudalados del Chile colonial en el siglo XVIII. Hijo de don Pedro Ignacio de Aguirre, un vasco natural de San Sebastián que hizo su fortuna como todos sus compatriotas en el comercio, y de la niña de igual origen, doña Juana de Barrenechea y Díaz Pimienta.

Al morir, dejó un caudal considerable para repartirse entre sus diez hijos, que estaba constituido, aparte del dinero en efectivo que se mantenía en talegas de cueros de chivato, por la casa que poseía en las esquinas norponiente de las calles Puente y Catedral, justo en un rincón de

la Plaza de Armas, y la chacra conocida en aquel tiempo como Chacra Manquehue, hoy Lo Gallo. En su testamento dejó establecido que la chacra mencionada fuese entregada a su primogénito.

En esta forma, don Juan Nicolás de Aguirre, hombre de avanzadas luces, pasó a ser el propietario de esas feraces tierras al oriente de Santiago. Continuó con la actividad comercial de su padre e incrementó enormemente su peculio personal. Fue Juez Diputado de Comercio, y al año siguiente Alcalde de Santiago. Más tarde alcanzó al cargo de Corregidor de la ciudad.

A menor edad que la acostumbrada en ese tiempo, contrajo matrimonio con doña Ignacia Díaz y Aséndegui, también guipuzcoana, con la que hubo numerosa descendencia. Cuando tuvieron bien cimentados sus bienes, decidieron fundar un mayorazgo que incluía tres propiedades: la casa que habían comprado en la calle Compañía, que permaneció durante 170 años entre sus descendientes, donde más tarde se instaló el diario El Mercurio; la estancia en Pudahuel, que compró a don Pedro Prado al inicio del camino a Valparaíso; y la chacra Manquehue. Junto a esta última propiedad, poseía una pequeña chacra que más tarde fue conocida por el nombre de Los Castaños, que no incluyó en el mayorazgo, para dejársela a su hijo jesuita, Juan Crisóstomo, que se hallaba desterrado en Bolonia.

Pero como todos los hombres acaudalados de ese siglo, a don Juan Nicolás no le bastaba su fortuna ni haber fundado un mayorazgo. Aspiraba a un título nobiliario y consiguió que el Rey le concediera, el 8 de febrero de 1755, el marquesado de Montepío, previo pago de la suma de \$ 20.000. El asesor del gobernador Amat, don José Perfecto Salas, dejó notas sobre los personajes importantes de su tiempo en breves pinceladas. Sobre don Juan Nicolás dijo: «Hombre bueno, de consejo, capacidad, juicio y virtud. No es amigo de desperdiciar lo que le ha costado su sudor y por eso tiene malquerientes, algunos sin razón».

Sin embargo, don Juan Nicolás era hombre de mucha caridad. En una propiedad suya que abarcaba toda una manzana entre las calles Huérfanos, Agustinas, San Martín y Manuel Rodríguez, levantó una construcción que comprendía dos casas, una para inválidos y otra para «madres vergonzantes» y niños expósitos. La casa tenía su acceso a la calle de la Moneda Vieja, que se llamaba así por la fábrica de moneda que había instalado don Francisco García Huidobro, y que más tarde Toesca construiría por orden del Rey en una nueva ubicación.

Con el tiempo, esta vía tomó el nombre de la institución formada por don Juan Nicolás, y comenzó a llamarse calle de los Huérfanos. Pero el marqués de Montepío no se conformó con fundar este establecimiento, sino lo dotó además de 10 telares, para el trabajo de las mujeres, de todo el alhajamiento y le asignó una suma de dinero para su mantención.

La casa quedó terminada en los últimos días de diciembre de 1758. Por eso la Real Audiencia fue a practicar una inspección que en esos tiempos se llamaba «vista de ojos» el 3 de enero del año siguiente. Once años después, el Rey le otorgó una renta de mil pesos, suma que quedó avergonzada cuando la ilustre benefactora, doña Matilde Salamanca les legó su hacienda de Choapa.

¡Cómo haría falta esta obra en Santiago, que el mismo día de su fundación, mujeres desconocidas abandonaron en su puerta a más de 25 recién nacidos!

La obra continuó por largo tiempo, y en tiempos republicanos, durante el gobierno del presidente Montt, se puso a cargo de las monjas canadienses de la congregación de la Divina Providencia recién llegadas a Chile, a quienes la Beneficencia les donó, para el desarrollo de su cometido, la chacra de 67 cuadras que había sido de don Pedro Chacón Morales, tío del héroe Arturo Prat Chacón. Esta propiedad se ubicaba en el camino a Las Condes, y con la presencia de las monjitas tomó el nombre de Avenida de la Providencia.

Antes de la llegada de las monjas de la Divina Providencia, y a causa de las escaseces de la Casa de Huérfanos, se optaba por entregar algunos niños a personas que los tomaban a su cuidado. Pero esto pasó a ser una forma fácil de conseguirse sirvientes a cambio sólo de la comida y la ropa. Cuando los monjitas se instalaron en la Chacra de la Providencia, continuaron llegando damas empingorotadas y caballeros importantes en busca de algún «huachito», para aumentar gratuitamente su servidumbre. Pero las religiosas se opusieron tenazmente a esta situación, lo que les significó el desprecio y la falta de ayuda económica de algunas de estas opulentas damas.

La obra alcanzó a tener en 1896 a 1280 huérfanos a quienes se enseñaba un oficio. De ahí salieron numerosos sastres, modistas, carpinteros y muchas otras actividades para ganarse el sustento.

Bibliografía

El Chileno Instruido en la Historia de su País. Rvdo. Fray José Javier Guzmán. Imprenta Nacional. Santiago. 1834.

La Chimba. Carlos Lavín. Editorial Zig Zag. Santiago. 1947.

La Chimba antigua. Justo Abel Rosales. Editorial Difusión. Santiago. 1948.

Personajes de la Colonia. Domingo Amunátegui Solar. Imprenta y Litografía Balcells. Santiago. 1925.

Una Crónica Conventual. El Monasterio de las Agustinas de Santiago. Carlos Peña Otaegui. Taller del «Imparcial». Santiago. 1952.

Cosas de la Colonia. J. Toribio Medina. Fondo Histórico. Santiago. 1952.

Médicos de Antaño. B. Vicuña Mackenna. Editorial Difusión. Santiago. 1947.

Antiguos Hospitales y Boticas. Ernesto Greve.

El Puente de Calicanto. Justo Abel Rosales. Editorial Difusión. Santiago. 1947.

La Sombra del Corregidor. Sady Zañartu. Editorial Nascimento. Santiago. 1927.

Archivo de la Real Audiencia. 4 tomos. Imprenta Barcelona. Santiago. 1898.

Los Conquistadores de Chile. Tomás Thayer Ojeda. Imprenta Cervantes.

Santiago. 1908.

Francisco de Aguirre. Luis Silva Lezaeta. Fondo Medina. Santiago. 1953.

La Reconquista Española. Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Imprenta Chilena. Santiago. 1851.

Viajeros en Chile. Samuel Haigh y Alejandro Caldeugh. Editorial del Pacífico. Santiago. 1955.

Imágenes de Chile. Mariano Picón y Guillermo Feliú Cruz. Editorial Nascimento. Santiago. 1972.

Recuerdos de 30 años. José Zapiola. Editorial Zig Zag. Santiago. 1945.

Manuel Rodríguez. Ricardo A. Latcham. Editorial Nascimento. Santiago. 1932.

Historia de Chile. F. A. Encina. 20 tomos. Editorial Nascimento. Santiago. 1952.

Crónicas de La Serena. Manuel Concha. Imprenta de la Reforma. Santiago. 1871.

Historia de Santiago. B. Vicuña Mackenna. Editorial Nascimento. Santiago. 1924.

Historia de Valparaíso. B. Vicuña Mackenna. Imprenta Albión de Cox. Santiago. 1869.

Diego Portales. B. Vicuña Mackenna. Imprenta y Librería del Mercurio de Santos Tornero. Santiago. 1863.

El Cabildo de Santiago. Miguel Luis Amunátegui. Imprenta Nacional. Santiago. 1890.

Relaciones Históricas. B. Vicuña Mackenna. 2 tomos. Rafael Jover, Editor. Santiago. 1877.

Publicaciones y Archivo Franciscano. Varios autores. 4 tomos. Santiago. 1992.

Actas del Cabildo de Santiago. 15 tomos. Imprenta Elzeviriana. Santiago. 1898.

Santiago a Comienzos del Siglo XIX. Guillermo Feliú Cruz. Editorial Andrés Bello. Santiago. 1970.

Revoluciones de Chile. M. A. Talavera. Fondo Histórico. Santiago. 1937.

Estampas del Nuevo Extremo. Editorial Nascimento. Santiago. 1941.

Pedro de Valdivia. Crescente Errázuriz. Imprenta Cervantes. Santiago. 1911.

La Inquisición en Chile. J. Toribio Medina. Fondo Histórico. Santiago. 1952.

Santiago de Siglo en Siglo. Carlos Peña Otaegui. Editorial Zig Zag. Santiago. 1944.

Los Agustinos en Chile. Padre Víctor Maturana. 2 tomos. Imprenta Valparaíso. Santiago. 1904.

Historia General del Reyno de Chile. R.P. Diego de Rosales. 3 tomos. Imprenta del Mercurio. Valparaíso. 1878.

Documentos Inéditos. J. Toribio Medina. 6 tomos. Fondo Histórico. Santiago. 1963.

Magallanes. Diego Barros Arana. Editorial Futuro. Buenos Aires. 1945.

Magallanes. Sefan Zweig. Editorial Claridad. Buenos Aires. 1937.

El Conde de la Conquista. Jaime Eyzaguirre. Editorial Andrés Bello. Santiago. 1966.

Relatos del Santiago de Entonces. Juan Luis Espejo. Editorial Andrés

Bello. Santiago. 1981.
Estampas Sanfelipeñas del Pasado. Carlos Ruiz Zaldívar. Imprenta Alfa. Santiago. 1957.
Leyendas y Episodios Chilenos. Aurelio Díaz Meza. 15 tomos. Editorial Antártica. Santiago.
Viejas Imágenes. Jaime Eyzaguirre. Editorial Difusión. Santiago. 1947.
Historia de la Compañía de Jesús. Walter Hanich Espíndola. S. J. Editorial Francisco de Aguirre. Santiago. 1974.
La Mujer en el Reyno de Chile. Sor Imelda Cano Roldán. Editorial Gabriela Mistral. Santiago. 1981.
Lord Cochrane. Enrique Bunster. Editorial Zig Zag. Santiago. 1942.
El Traje a Través de los Tiempos. E. Kepper. Editorial Gustavo Gili. Barcelona. 1971.
Historias Olvidadas del Norte de Chile. Alfredo Wormald Cruz. Editorial Universidad Católica. Arica. 1972.
Las Condes. Carlos J. Larraín. Editorial Nascimento. 1952.
Memorias. Lord Thomas Cochrane. Editorial del Pacífico. Santiago. 1954.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo